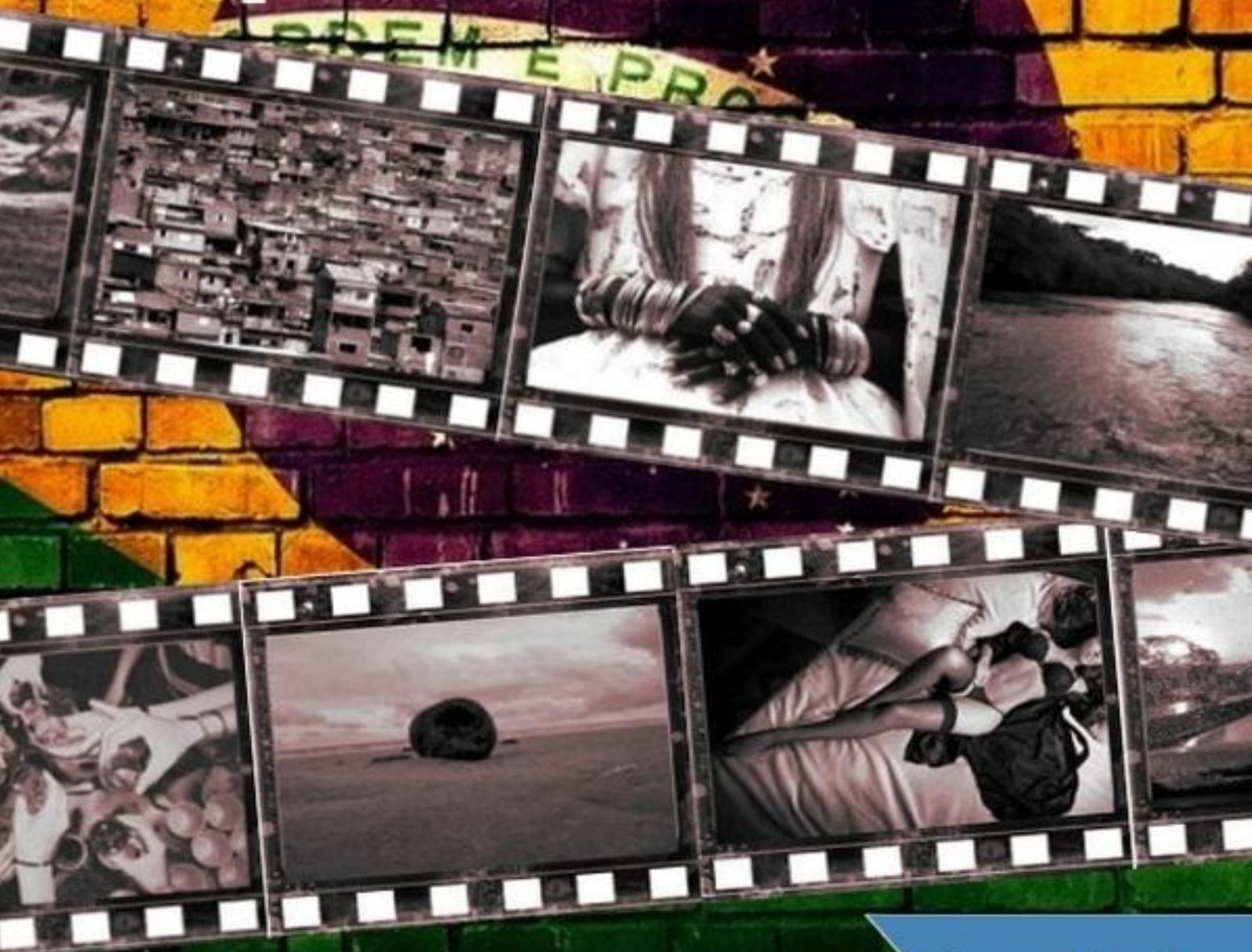


Iván Bethencourt

El

fotógrafo

imprescindible



Lectulandia

Diez años más tarde el protagonista recibe el inesperado convite de un antiguo amigo para regresar a Brasil, país donde pasó buena parte de una difícil juventud arrastrado por un padre cuyos intentos siempre estuvieron abocados al fracaso. Su pasión un tanto obsesiva por la fotografía se alía a un intenso deseo por reencontrarse con los viejos compañeros de la escuela nocturna y revivir con ellos los inolvidables momentos que compartieron juntos entonces, cuando la frustración por un mundo sin oportunidades espoleaba la rebeldía de sus jóvenes corazones y una voluntad irrefrenable de disfrutar la vida al máximo.

Pero la búsqueda por rescatar una parte de su pasado pronto se transforma en una aventura que le llevará a conocer los más insólitos personajes y situaciones y a hallar muchas más cosas de las que creyó haber dejado atrás. Algunas de las ellas, muy a su pesar, serán ya irrecuperables.

Lectulandia

Iván Bethencourt

El fotógrafo imprescindible

ePub r1.0

ivisdrek 07.03.16

Título original: *El fotógrafo imprescindible*

Iván Bethencourt, 2011

Diseño de cubierta: ivisdrek

Editor digital: ivisdrek

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Lucia, el verdadero amor de mi vida.

Uno

El momento vino a mí como quien está en el centro del universo a modo de un enorme agujero negro alrededor de cual circundan y se absorben inexorablemente la materia y los acontecimientos de un horizonte indeterminado de sucesos. Yo estaba inmóvil, como todo sujeto de percepción y del cual escapa a toda velocidad el paisaje desde la ventanilla subjetivamente estática de un tren, con la diferencia de que yo iba en taxi y casi se podía decir que flotando en la irrealidad de las vivencias que se precipitan con demasiada rapidez, como el paisaje en movimiento que huye de una ventanilla subjetivamente estática. Mi mente ardía en efervescencia, intentaba defenderse con un exceso de actividad cerebral del esfuerzo que suponía asimilar que estuviéramos en Río de Janeiro en las más extrañas e inusuales circunstancias a mis escasos doce años de edad. El momento vino a mí como si algo hubiera estallado en mi cabeza, sin previo aviso: inapelable, contundente. «Pare el taxi», ordené al chófer con una autoridad de la que fui el primer sorprendido. Mi padre se volvió desde el asiento delantero y me examinó con perplejidad, buscaba indicios de que me hubiera sucedido algo. El chófer, sin embargo —y extrañamente—, obedeció. Me apeé con urgencia, lo había visto, no sabía explicar el cómo ni el por qué, era un encuadre perfecto. Le pedí la máquina fotográfica a mi padre, nunca la había usado antes, ni siquiera se me ocurrió pensar que no quisiera prestármela. La extrajo del bolsillo con renuencia, una Fujifilm compacta con la que solía fardar ante sus conocidos, la trataba como si fuera un pequeño tesoro, era algo más grande que una chocolatina. Mi padre sonreía con sorpresa, como preguntándose qué bicho me habría picado. Cargó el carrete y me indicó el botón que debía pulsar una vez realizara el enfoque. Allí estaba, en la distancia, el Cristo Redentor, enmarcado por las ramas frondosas de los árboles que cerraban el techo de la serpenteante carretera que lleva al Corcovado a través de una floresta espesa por entre los singulares morros que circundan la bahía de Guanabara. La luz se filtraba titilante entre las hojas del tupido follaje, algunas nubes la dispersaban, además, en penachos luminosos. Era perfecto. Algunos meses más tarde, cuando revelamos el carrete, aquella foto sobresaldría sobre todas las demás, daba la impresión de ser una auténtica postal: un momento de pura inspiración del que llegaría a sentirme muy orgulloso. Había nacido en mí la pasión por la fotografía, y ese episodio, sumido en la tremenda vorágine de acontecimientos que nos condujeron a Brasil, constituyó mi bautismo de fuego.

No tuve muchas oportunidades para ejercitar mi recién descubierta pasión después de aquella experiencia. Las cosas en Brasil, pese a las grandes esperanzas depositadas en un futuro esplendoroso en el seno de una no menos esplendorosa tierra, no iban a salirnos demasiado bien, a decir verdad, nunca pudieron salir ni medianamente bien. Nos establecimos en Curitiba y mi padre se empeñaría en los siguientes años en llevar a cabo iniciativas poco realistas que solo acarrearían terribles frustraciones a todos. Tenía que esperar a una de esas raras ocasiones en que

salíamos de paseo a lugares poco frecuentes o cuando éramos invitados a acontecimientos especiales, tales como el cumpleaños de uno de sus pintorescos socios o la boda de algunos de sus hijos o hijas, para tener ocasión de hurtar, mediante ruegos y con mucho tacto, la cámara a mi padre. Entonces, resoplando mucho y con evidente malhumor, me permitía sacar una foto, a lo sumo dos, más por deshacerse de mí que por otra cosa. Lo peor era dejar pasar las semanas hasta revelarlas y apreciar el resultado. Había en dicha tardanza una actitud de dejadez que a mí me resultaba incomprensible, pero casi siempre se trataba de que carecíamos de recursos suficientes como para permitirnos determinados lujos —revelar un carrete de fotos era todo un acontecimiento—, excepto cuando se trataba de las seis cajetillas de cigarros que mi padre se fuma al día, claro. Era exasperante. Pese a todo, rara vez conseguía materializar mis aspiraciones de fotógrafo, casi siempre tenía que conformarme con una irremisible decepción. Mis esfuerzos eran todavía demasiado desmañados y toscos y no hacían sino confirmar lo mucho que aún me faltaba por aprender.

Llevábamos una vida de locos, huyendo de la justicia desde el principio, como ilegales que éramos, siempre con miedo de que nos atraparan, desconfiábamos hasta de nuestra propia sombra. La gracia era que ya vinimos huyendo de las autoridades españolas a causa de unas estafas que mi padre había urdido en compañía de un socio. Mi padre siempre conseguía un socio con el que meterse en líos, Brasil no fue una excepción. De modo que las cosas nunca pudieron irnos bien en aquel país, nunca pudieron irnos bien en cualquier parte, a decir verdad. Ahora empezaba a darme cuenta, algo se despertaba dentro de mí, ¿estaba quizá haciéndome un hombre?, me preguntaba pese a constatar con angustia que solo era un niño. Pero ya empezaba a darme cuenta, las cosas nunca pudieron salir bien en ninguna parte. Me sentía confuso, observaba el mundo y no sabía qué esperar de él, siquiera si debía esperar algo, pero de vez en cuando se presentaba una de esas ocasiones mágicas en que un acontecimiento reclamaba con urgencia ser retratado, como si el Cristo del Corcovado volviera a iluminarme con sus brazos abiertos e inconmensurables. Sin embargo, una cámara fotográfica para mi uso particular era algo con lo que ni me atrevía a soñar. Descubrí que si fijaba el encuadre que había seleccionado con la vista desnuda —un paisaje, una escena cotidiana— y luego cerraba rápidamente los ojos la imagen se quedaba grabada en mi mente durante unos segundos, a veces durante minutos enteros. Fotografiar el mundo con mi mente se convirtió en un pasatiempo habitual. A mí, en mi inocencia, me parecía que era como poseer uno de esos superpoderes de los superhéroes del cómic, era como si tuviera la facultad de congelar la realidad, aprehenderla y hacerla mía, como si pudiera guardarla en cubitos de hielo, se me ocurría pensar con cierta ironía. Cualquiera podría llegar a la conclusión de que se trataba de un pasatiempo inútil, de un inocente subterfugio para huir de la realidad, en parte lo era. Pero aún hoy puedo recordar con nitidez algunas de esas fotos imaginarias. Es una pena que no pueda revelarlas, nadie sino yo puede

contemplarlas.

Recuerdo una en particular. Estaba en el coche de mi padre, me había dicho que esperara, iba a un supermercado a comprar algo. Yo sabía muy bien lo que eso significaba. Mi padre solía distraerse con cualquier cosa, se ponía a hablar sin motivo con la gente y cosas por el estilo, en definitiva siempre tardaba horrores. Era por la tarde. Empecé por fotografiar mentalmente a un perro. Estaba sentado al borde de la calle de tierra esperando a que su amo saliera de una panadería. Me cautivó su mirada, parecía un animal inteligente. Luego saqué otra *instantánea* de un hombre que pasó en bicicleta. Me preguntaba si conseguiría congelar en mi mente el movimiento de las llantas de tal manera que pudiera contar los radios. Este problema me intrigó durante un buen rato y me dediqué a sacarle *fotos* a todas las bicicletas que veía pasar. Al final me di por vencido, pese a todos mis esfuerzos tuve que admitir que conseguir cierto nivel de detalle por medio de mis capacidades mentales, por decirlo así, al desnudo, era más bien tarea para quien hubiera perdido el juicio. Mi padre como siempre se demoraba. A saber qué estaría haciendo. Cuando me di cuenta ya empezaba a oscurecer. Una luz dorada se derramaba lánguida por las fachadas de las casas, muchas eran de madera, al estilo colonial centroeuropeo, con sus tejados partidos, un agua proyectándose por encima de la otra y luego una que salía en perpendicular para cubrir un pequeño porche. Esas casas siempre me habían fascinado, pese a que nosotros también vivíamos en una casa de madera, aunque se trataba de un rectángulo aburrido y sin propósitos estéticos. Me dije a mí mismo que la foto que me disponía a sacar a continuación se me quedaría grabada de tal manera que no la olvidaría nunca. Aspiré el aire tranquilo de la tarde, algunas nubes de polvo parecían relucir como si tuvieran luz propia, los colores estaban teñidos de ese tono especial que derrama el crepúsculo. Intenté acaparar el mayor número de detalles, de sonidos y olores. Cerré mis ojos y retuve la imagen todo lo que pude. Estuve así más de quince minutos, era increíble, podía disfrutar de la imagen impresa en mi mente tan bien como si la estuviera contemplando en directo. Aún hoy puedo recordar esa instantánea y saborear muchas de sus sensaciones. Es curioso lo que uno puede llegar a recordar. Yo suelo recordar lo más intrascendente, las cosas importantes siempre se me olvidan. Es una extraña maldición.

Cuando vino mi padre me encontró con los ojos cerrados, pensaría que estaba durmiendo, o quizá embarcado en una de mis excentricidades, como cuando me pasaba las madrugadas jugando con las sombras de las manos gracias a la luz de una farola que se filtraba por la persiana de mi cuarto. Escuchaba mis risas lleno de asombro y comentaba al día siguiente que «este niño está como una cabra». El motivo de su demora fue que encontró un insecticida nuevo para combatir una plaga de hormigas que había invadido la casa; eran unas hormigas enormes, negras, con una coraza muy dura. Dijo que se había ido a un descampado cercano a probarlo contra los insectos y vino fascinado: mataba a las avispa con solo espolvorear una pequeña dosis. Por lo visto se había pasado cerca de tres horas persiguiendo bichos de todo

tipo. Hervía de entusiasmo, creo que me quedé dormido en el camino a casa.

Por lo demás nunca desperdiciaba la oportunidad de hacerme con la cámara de alguien —además de la de mi padre—, siempre que podía aprovechaba para sacar una de mis fotos. La gente llegó rápidamente a la conclusión de que me faltaba un tornillo; en el intento de conseguir el ángulo perfecto, de añadir un elemento nuevo, de aprovechar ciertas singularidades de la luz, me tiraba por el suelo, me subía a los muros, a los árboles, me acurrucaba detrás de las plantas para que salieran en primer plano algunas de sus hojas, pisaba los charcos, salía en plena lluvia, para desesperación del dueño de la cámara, me metía por los sitios más inverosímiles. Cuando alguien desconocido llegaba cerca de mí con una máquina los demás inmediatamente advertían a su dueño que se lo pensara dos veces antes de prestármela. Lo malo era que no siempre podía ver el fruto de mi trabajo; cuando me enteraba que mi padre iba de visita a casa de alguien que me había prestado su cámara, hacía lo imposible para ir con él. En el transcurso de la visita intentaba a toda costa encontrar la oportunidad para preguntar si habían revelado las fotos que yo había sacado y si podían enseñármelas, pero no siempre encontraba el momento adecuado para introducirme en la conversación, a menudo muy ajena a esos intereses, y mi padre, por lo común, me ayudaba muy poco en ese propósito. Hablaba sin pausa, se diría incluso que ni para tomar aliento, y no paraba hasta que se iba, parecía disfrutar del sonido de su propia voz. Era una frustración enorme, sentado en una silla con los nervios carcomiéndome por dentro, mordiéndome las uñas y consumido por la impaciencia. Lo único que deseaba eran cinco minutos de atención para poder ver mis fotos.

Dos

Transcurrieron más de ocho años hasta que por fin pude hacerme con una cámara. Las cosas seguían sin ir demasiado bien, pero ahora al menos había regresado a Canarias y conseguido dotar mi vida de cierta estabilidad, lo cual no era poca cosa después de haber luchado infructuosamente en Brasil desempeñando todo tipo de trabajos en negro muy mal remunerados. Pero adquirir una cámara no resultó tan fácil como yo esperaba, existían muchas más marcas, modelos y tipos de lo que en un principio había imaginado y decidirme por una se presentaba hartamente complicado. Además, tampoco disponía de demasiado presupuesto. Me sentía desvalido: estaba a punto de cumplir un antiguo sueño y no tenía ni la más remota idea de por dónde comenzar. ¿Por qué las cosas son tan complicadas?, me preguntaba con desconsuelo. A todo esto había que añadir que el mundo de la fotografía se encontraba en plena efervescencia por la irrupción de la tecnología digital. De una hora para otra todo el mundo parecía querer deshacerse de sus viejas cámaras de carrete y adquirir una dotada de esta nueva tecnología. La cosa se convirtió en una auténtica fiebre, parecía que no eras nadie si no tenías una cámara digital, que te gustara la fotografía no venía ni al caso. Decidí acudir a un gran centro comercial a echar un vistazo. Había un pasillo entero dedicado a las cámaras digitales, con carteles enormes de promoción y un montón de gente analizando y manipulando cuantas estaban expuestas. Me vino a la cabeza mis tiempos de estudiante, cuando nos enseñaban que las reacciones químicas, como el fuego, podían extinguirse tanto por inanición como por saturación de alguno de sus elementos desencadenantes. Pues bien, a mí claramente me estaba saturando, y en consecuencia ahogando, la gran cantidad de información que se ofrecían a mis sentidos. Me quedé idiotizado contemplando todo aquel espectáculo, era incapaz de tomar una decisión, siquiera de pensar con claridad. La gente me empujaba, me desplazaba, me zarandeaba, seguramente preguntándose qué rayos hacía parado en medio del pasillo estorbando a los que querían acercarse a los expositores.

En esto me dio por mirar a un lado y me encontré con que un señor de mediana edad —no sé, podría tener unos cincuenta años— estaba junto a mí observando como yo el tumulto de gente que abarrotaba aquel pasillo y los intentos frenéticos de algunos por abrirse paso, casi a mamporros, hasta la primera línea de los últimos lanzamientos. No ostentaba una expresión de pánico como la mía sino más bien una sonrisa abierta que, a mi parecer, rezumaba cierto cinismo. «Mírales», dijo dando por sentado que entre ambos había surgido una especie de complicidad, «¿no te dan pena?». Le miré perplejo, ¿darme pena?, ¿de qué demonios estaba hablando? Sin esperar a que yo respondiera, señaló al grupo de gente que formaba el corrillo más concurrido. «¿Ves aquello?, es el último lanzamiento de Nikon. Ahora fíjate bien en ese individuo que la está sujetando», rio divertido. «No tiene ni puta idea, no sabe ni cómo acoplar los dedos, a lo mejor piensa que va a morderle; es lo suficientemente

imbécil como para llevársela... desde luego, mira, está hablando con el vendedor... se la lleva, ¡menudo comemierda!». Yo le escuchaba un tanto abochornado por el tono de voz tan cercano que se había permitido utilizar conmigo, entonces me atreví a comentarle: «Pero se está llevando lo mejor, ¿no?». «Sí, desde luego», me contestó clavándome una mirada de indignación, «pero es como si tú pretendieras comprar un fórmula uno para ir de aquí a tu casa, ¿no te parece un desperdicio? Lo más seguro es que ese pobre ignorante utilice esa gran cámara en el modo automático, porque es evidente que no se entera lo más mínimo de los ajustes necesarios para sacar una buena foto, a lo mejor para retratar a sus niños haciendo gilipolleces en casa, bah, para lo cual podría valerle hasta la gama más baja, por ejemplo esa», y señaló una cámara de bolsillo en un lugar apartado de las estanterías, «un modelo de lo más barato y desfasado, aunque suficiente para unas expectativas tan mediocres...». Hizo una pequeña pausa, pero a continuación el señor de mediana edad ponía cara de auténtico asco: «Y encima va a ocupar una cantidad de memoria increíble en su ordenador almacenando archivos en RAW a dieciséis o dieciocho megapíxel... una burrada». La expresión de mi rostro debió transmitirle sin ambages que cuanto acababa de exponer me sonaba más bien a chino, de modo que puntualizó: «¿Sabes cuántos megapíxel son esos? ¡Rediós, una bestialidad! Pero si para una foto de tamaño normal bastan dos o como máximo tres megapíxel... ¿Te das cuenta? La gente se ha vuelto loca. ¿Y qué me dices de su velocidad de obturación? ¡1/8000 segundos! ¿Sabes lo que es eso? Ya veo que no... Pues bien, la velocidad de obturación está relacionada con la captura de objetos en movimiento, ¿capisci? ¡Pero es que con 1/8000 de velocidad puedes congelar la trayectoria de una bala! ¿Y me vas a decir a mí qué demonios va a fotografiar ese memo que se mueva a semejantes velocidades? A lo mejor sus propios dientes después de que alguien le arree una buena hostia. Joder, es para vomitar... Sí, y seguro que también va a bajar a las catacumbas de Egipto o al mismísimo centro de la Tierra para hacer valer su ISO de 26.600, vaya huevos... Tampoco sabes lo que es la ISO, ¿verdad? Está relacionada con la capacidad del sensor para captar la luz... Ah, que tampoco sabes lo que es un sensor... Bueno, da igual». Y así siguió durante un rato, escarneciendo sin piedad a cuantos se presentaban a sus ojos. «Mira a ese, fíjate en su entusiasmo con esa cámara de treinta y cinco aumentos... Hay que ser gilipollas, ¡como si con tantos aumentos el objetivo no perdiera capacidad de apertura! Sí, la apertura... ¿Tampoco sabes lo que es? Pues el diafragma, cuando se abre con un objetivo tan desplegado... Bah, da igual... ¿Y qué me dices de aquel...?». Luego me miró muy fijamente y me explicó que no es que se dedicara a ir por ahí criticando a la gente sin motivo; era fotógrafo de profesión y tenía una pequeña tienda de fotografía y a veces acudía a las grandes superficies para echar un vistazo a los precios de las cámaras fotográficas y hacer comparaciones con lo que él ofertaba. Lo de las críticas por lo visto le salía de forma natural, le parecía increíble que la gente se lanzara a comprar cosas sin tener ni la más remota idea, simplemente para ir por ahí fardando de tener lo último.

Aproveché la ocasión para manifestarle mi intención de comprarme una cámara digital y mi desconcierto a la hora de decidirme por una. Su mirada se iluminó de pronto y esbozó una sincera sonrisa de satisfacción; se sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y me dijo que estaría encantado en ayudarme y ofrecerme toda la información que necesitara y que no perdiera el tiempo comprando en aquel centro comercial de mierda, en el cual empleaban a mocosos por tres perras que no tenían ni puñetera idea de nada, como no fuera hacerse pajas y recitar como autómatas las mismas tres frases que le soltaban a todos los clientes.

Aquello resultó todo un alivio para mí, estaba convencido de haber encontrado el camino para realizar la compra que mejor se adaptara a mis necesidades y a mi presupuesto. A los pocos días me acerqué a la pequeña tienda de fotografía de aquel señor; estaba bien situada, en el centro de la ciudad y, cosa rara, a pesar de dedicarse a artículos electrónicos, fotografía digital en este caso, no se trataba de un comercio hindú. Me reconoció enseguida, me pidió que esperara unos minutos mientras terminaba de atender a otro cliente. Luego se volvió hacia mí con el rostro radiante y empezó a hablarme de todas las cámaras de fotos que tenía. Demostraba un profundo conocimiento de cada una. A continuación pasó al delicado asunto de los precios, y comoquiera que mi rostro empezó a ensombrecerse cada vez más carraspeó un poco y me preguntó en tono discreto que de cuánto disponía. Se me encendieron los colores de vergüenza cuando le confesé la ridícula cantidad que pretendía gastarme. El señor de mediana edad, que más tarde se presentaría como Jacob, emitió una sonora carcajada, parecía realmente divertido, pese a que para mí era una situación muy embarazosa. «Vamos, no tienes de qué preocuparte», dijo, «¿ves todas estas cámaras que te acabo de enseñar? ¿Por qué suponer que sus antecesoras han dejado de tener algo que ofrecernos? Ven, acompáñame». Me llevó a una esquina de la tienda y me explicó que también se dedicaba a vender cámaras descatalogadas y de segunda mano. «Fíjate en esta, una cámara excelente, muy buena de verdad, una Nikon D40, una réflex muy básica, para aficionados que desean iniciarse en este mundillo algo exclusivo de los objetivos intercambiables. En su día fue un fracaso de ventas, ¿y sabes por qué? Porque solo viene con... ¡seis megapíxel! Ay, ay, la gente no tiene ni idea, seis megapíxel son más que suficientes para un principiante, alguien inteligente no saca fotos a más de tres, salvo que esté pensando en hacer una ampliación gigantesca; es una ganga. Ahora mira esta otra, una Fujifilm compacta, muy buena para interiores, una lente con gran sensibilidad; ahora todo el mundo busca modelos supuestamente superiores, pero no ofrecen mucho más, salvo que ahora vienen más finas... ¡y con más megapíxel! Dios, dale un chute de megapíxel a la gente y desembolsarán lo que sea, somos así de estúpidos. Sin embargo te voy a recomendar esta, una Pentax, también compacta, saca unas fotos estupendas, por mucho que algunos insistan en hacer bombo y platillo de otras marcas más de moda. Te va a sorprender, ya lo verás». No sé porqué, me enamoré inmediatamente de la cámara. Sin pensarlo saqué el dinero del bolsillo y lo puse sobre el mostrador, no podía

esperar más tiempo. Me sentía bendecido por los dioses: mi primera cámara. Por fin. Ahora podía sacar cuantas fotos quisiera y hacer todos los experimentos que me vinieran a la cabeza sin que a nadie le pareciera mal (si acaso me exponía a hacer el ridículo, pero eso no me preocupaba). Jacob parecía compartir mi felicidad, me expresó el convencimiento de que algún día volvería a su tienda para adquirir una cámara de mejores prestaciones, estaba seguro de mi talento y de que en poco tiempo mi compacta se me quedaría pequeña.

El gusto por caminar y la fotografía son dos aficiones que parecen hechas la una para la otra, sobre todo si discurrimos por parajes rodeados de naturaleza. Bueno, es un punto de vista bastante particular, luego resulta que si alguien va contigo lo normal es que no tenga paciencia para hacer los altos en el camino que la actividad demanda. En la práctica, seamos sinceros, me convertí en un incordio para el grupo de amigos con que todas las semanas salía a hacer senderismo, siempre tenían que estar esperándome, ocupado a cada dos pasos en sacar una foto (siempre se presentaba una excusa, es un vicio irremediable). Cuando juraba que iba a guardar mi cámara e intentar ir al ritmo de los demás, de pronto aparecía un rayo de sol que se posaba sobre una flor silvestre o una neblina que cubría misteriosamente el fondo de algún barranco o un paisaje deslumbrante o una situación entre mis compañeros que se prestaba incontinentemente a ser retratada; no podía resistirme a quebrar mi promesa una y otra vez. No me quedó más remedio que acostumbrarme a recuperar el terreno perdido hasta mis compañeros a base de correr como una cabra montesa entre los caminos y las piedras, como es lógico, llegó un punto en que ellos ya no estaban dispuestos a esperarme. Cuando me paraba para sacar una instantánea siempre decía «tranquilos, no tardo nada, ya les alcanzo», pero siempre tardaba más de lo esperado y me tocaba acortar distancia a base de piernas, por lo común llegaba sudando como un pato. Todos estaban de acuerdo en que era un caso perdido. No obstante, días después cuando veían las fotos, se encontraban con que las pequeñas molestias que les había ocasionado se veían enormemente recompensadas. No solo tenían oportunidad de admirar paisajes en los que no se habían fijado de lleno o que aparecían desde una perspectiva distinta, quizá más artística, sino que además podían rememorar muchas anécdotas de la caminata que yo, desde una posición discreta, me había encargado de retratar; muchos primeros planos, algún accidente, incluso una que otra discusión quedaron indeleblemente registrados. Las fotos pasaron a dar pie a muchos asuntos y bromas cuando nos juntábamos, así es que no transcurrió mucho tiempo hasta que mi presencia en las caminatas empezó a valorarse como un elemento positivo a tener en cuenta, mis compañeros empezaron a aceptarme como una especie de reportero de guerra que estaba algo desajustado de la cabeza.

Lo cierto era que, para asombro de muchos, hacía maravillas con mi pequeña cámara de bolsillo. Ah, y lo más importante: aprendí que las fotos siempre intentan contar una historia.

Tres

Jacob tenía razón, después de dos años con mi Pentax compacta había llegado el momento de adquirir una cámara con mejores prestaciones, después de que ya contara con más experiencia, no mucha aún, y algún que otro conocimiento, lo cual no ocultaba el hecho de lo mucho que me quedaba por aprender —casi todo—. La duda volvía a asaltarme, no obstante el presupuesto con que contaba en esta ocasión no fuera precisamente una nimiedad, pero es que ciertos refinamientos dentro del mundo de la fotografía, desde el punto de vista pecuniario, no están al alcance de cualquiera; para hacerse con algo cercano a lo profesional hay que rascar mucho el bolsillo. Jacob era de la opinión que debía irme directamente a una réflex, a una usada; me enseñó algunas que se ajustaban a mis posibilidades, entre ellas una Olympus muy tentadora, me dijo que sabiendo exprimir sus cualidades técnicas era factible llegar a cotas muy altas, en ocasiones a fotos tan buenas como las más profesionales. El problema, sin embargo, radicaba en que una cámara réflex sin un buen kit de ópticas representaba una buena forma de tirar el dinero por la borda, y una óptica decente, de una gama media, podía llegar a costar tanto o más que la propia cámara. De modo que, muy a mi pesar, descarté la Olympus. «Está bien, está bien», se dio por vencido Jacob, «entonces deberías plantearte una puente». Por supuesto, yo no tenía ni la más remota idea de qué diablos significaba ese término. «Una cámara puente, o *bridge*», empezó a explicarme Jacob con su paciencia habitual, «una cámara que está uno o dos escalones por debajo de la réflex, no viene con objetivos intercambiables, sin embargo están dotadas de un objetivo muy polivalente, con gran definición y un zoom muy respetable, te vale tanto para un roto como para un descosido, pero siempre preservando un alto nivel de calidad, aparte de que son muy portables. La mejor que hay ahora mismo en el mercado es esta», sacó una Panasonic Lumix.

—Digo la mejor —continuó—, aunque algún listillo no lo firmaría, ahora mismo existen otros modelos en el mercado por el mismo precio que vienen con más zoom, ya sabes, lo de siempre, la gente te dirá que necesitas más zoom o más esto o de lo otro, pero lo cierto es que de nada te vale tener más zoom si cuando despliegas el objetivo en tres cuartas partes se pierde por completo la calidad...

Era deslumbrante. Me dejó probarla durante algunos minutos y me sorprendió su simplicidad y fácil manejo, era muy intuitiva, el corazón me palpitaba. Lo malo era el precio. Nunca en mi vida había adquirido un producto tan caro, y eso me imponía un poco de respeto, acostumbrado como estaba a pasar penurias. Jacob sonreía muy seguro de sí mismo, sabía que iba a comprarla a pesar de mis reticencias, era un vendedor avezado, conocía a la gente. Cuando le pagué la cantidad estipulada me temblaba el pulso.

Una vez llegado a casa fui incapaz de separarme de la cámara, la cargaba a todos lados, incluso me iba a la cama con ella en las manos, investigando el menú y todas

las opciones que traía, sacando alguna foto al techo o a cualquier cosa, un mosquito que fuera, todo valía. Ahora nada podía detenerme, se abría ante mí un universo plagado de nuevas posibilidades. Mi Lumix y yo nos convertimos en un solo ser, en poco tiempo nadie era capaz de imaginarme sin la cámara colgada al hombro o al cuello, disparando a todo lo que se moviera o no —bastaba con que simplemente estuviera allí—, a cualquier cosa o ser viviente, como si pretendiera aprehender la realidad entera desde el objetivo. Era lo más parecido a la felicidad que podía concebir, siempre había algo que fotografiar, la belleza del mundo era inagotable.

Fueron varios quienes por aquella época me advirtieron de que si no estaría llevando mi afición demasiado lejos, hasta límites obsesivos, dado que a lo único que dedicaba mi tiempo libre era a la fotografía, de forma integral y sin excepciones, incluso hurtando horas al sueño cuando hacía falta, no tenía novia, me relacionaba más bien poco y parecía no tener otro tema de conversación. Claro que sí, respondía yo con una carcajada, tenía obsesión por vivir las experiencias en plenitud, por sacar todo el jugo a la vida, lo cual significaba para mí realizar al máximo las posibilidades de la fotografía, descubrir una nueva realidad o, si cabe, apreciarla desde una perspectiva más real que ella misma, en definitiva, hacer efectiva la magia, la magia que trasciende lo cotidiano y nos abre perspectivas insospechadas. ¿Y qué había de malo en la magia? «Debes mantener los pies en el suelo», me insistían, «da la impresión de que tu cámara te ha absorbido el poco seso que tienes, no pareces una persona normal». ¿Normal? ¿Qué demonios significaba eso? ¿Asumir las vidas mediocres que llevaba la inmensa mayoría? Yo quería más. Sí, por supuesto, era consciente de que me estaba trastornando un poco, pero no me importaba lo más mínimo, para mí era un trastorno sano, una sana locura, los tiempos difíciles habían quedado definitivamente superados —ahora ganaba un sueldo razonable en una multinacional de la alimentación— y yo me sentía como si hubiera vuelto a nacer, ya había perdido demasiado tiempo en el pasado.

En las caminatas con mis amigos empecé a asumir nuevos y apasionantes riesgos, reptaba como una lagartija por piedras y acantilados con la única intención de hallar el ángulo perfecto para mis fotos, la posición ideal respecto a la luz, el contraste, la forma, la ocasión. Mi cámara se balanceaba peligrosamente en mi cuello mientras buscaba equilibrarme entre los salientes, se cubría de polvo y de polen, se enredaba en la maleza, su cuerpo se llenaba del sudor que me escurría del rostro. Todos se asombraban de mi falta de cuidado para con un dispositivo tan caro. Alguno de ellos tenían cámaras incluso mejores que la mía, pero no las traían por miedo a que se les estropearan. Yo me burlaba cruelmente, me parecía inconcebible la idea de desperdiciar la oportunidad de hacer algo único solo por temor a una simple pérdida material, por muy cara que pudiera costar, por Dios, solo se trataba de una cámara al fin y al cabo. Si uno compraba algo, argumentaba apasionadamente, era para disfrutarlo y sacarle el máximo partido, el riesgo está incluido en el paquete, la vida misma es un riesgo, así es que ¿por qué no nos quedábamos todos en casa viendo la

tele y así nos asegurábamos de que nadie se torcía un pie o algo por el estilo? A veces me parecía que la gente se había aburguesado en exceso, el miedo las paralizaba, querían estar siempre seguras de todo antes de dar un paso, como si la esencia de las cosas, su poesía, no residiera en la incertidumbre, en un ejercicio creativo de la consciencia que interpreta al tiempo que construye el propio universo que percibe... En algunas ocasiones me ponía tan furioso con esta especie de cobardía que, por reacción —supongo que por intentar demostrar algo—, decidía exponerme a las situaciones de mayor peligro. Una vez estuve a punto de despeñarme desde una gran roca que se proyectaba hacia un profundo precipicio, «este se va a matar», oí comentar, pero tuve suerte y encontré asidero justo a tiempo. Estuvo cerca, pero no me arredré ni incluso entonces di mi brazo a torcer: reuní el valor suficiente, o la cantidad justa de temeridad, como para descolgar la cámara y enfocar hacia abajo, hacia unas formaciones volcánicas con unos tonos sulfurosos que nunca había visto. La foto quedó estupenda. Fui consciente de que no me habría importado perder la vida en aquel momento, y confieso que casi me gustó la idea. No es que deseara la muerte, pero por lo menos hubiera tenido algún sentido, en vez de dedicarme a esperarla pasivamente.

Por aquel entonces, una o dos personas me comentaron con preocupación: «has cambiado, hay algo diferente en tu mirada». Es posible que así fuera. No me importaba lo más mínimo.

Cuatro

Poco tiempo después me sucedió algo inesperado. Nunca he estado dispuesto a admitir que las nuevas tecnologías, en particular Internet, tengan tanto poder como se les atribuye, al punto de cambiar en lo esencial nuestras vidas. La naturaleza del ser humano se ha mantenido en los mismos parámetros desde hace decenas de miles de años, y el hecho de que llevemos colgando un móvil o un artilugio similar —incluso una cámara— no nos convierte de la noche a la mañana en seres diferentes, siempre me ha parecido que es un modo muy superficial de abordar la cuestión y que la naturaleza humana más bien se desplaza en el tiempo al ritmo de las edades geológicas. Sin embargo, un día se me ocurrió abrir una cuenta en Facebook —la gente siempre está dispuesta a presionarte para que hagas ese tipo de cosas—, di de alta a mis amigos habituales y casi me estaba arrepintiendo de la experiencia, que para mí no aportaba nada novedoso, más allá de lo ya acostumbrado con mi correo electrónico (que tampoco lo usaba mucho), cuando recibí un mensaje de mi amigo Julival, al que conocía de mi época de Brasil. Habíamos coincidido en Curitiba como compañeros en las clases nocturnas y se alegró mucho de encontrarme, me dijo que a menudo se preguntaba qué habría sido de mí. Le conté por encima mis peripecias por la vida y él me contó las suyas, en poco tiempo habíamos entablado una correspondencia fluida y nos dedicábamos a recordar nuestras aventuras y desventuras pasadas, habíamos sido unos locos inconsecuentes. Nuestras correrías, después de salir de clase o cuando nos daba por fugarnos —de cualquier modo a nadie le importaba—, era una forma de evadirnos de nuestra dura existencia, abocados a trabajar durante el día por una miseria y a fingir que aprendíamos algo por la noche con la esperanza de que un título escolar nos abriera mejores perspectivas laborales. Al final todo era una farsa, y el desencanto se mezclaba con nuestra rebeldía juvenil y esa inocencia que tanto nos costó abandonar. Quizá eso era lo que más echábamos de menos, esa especie de paraíso perdido que todos dejamos atrás.

Nos poníamos siempre muy nostálgicos. De vez en cuando dejaba caer lo mucho que echaba de menos Brasil, Curitiba en particular, hasta que Julival puso el dedo en la llaga y me dijo que si de verdad sentía tantas *saudades* lo que debía hacer era ir a visitarle, habían pasado demasiados años, «¿cómo no se me había ocurrido volver alguna vez?», me preguntaba mi amigo con cierto enfado. Yo objetaba que el billete salía muy caro y que necesitaba reunir dinero para dar entrada a un piso. Julival, no obstante, no se dio por vencido; me tomó por la palabra y puso en tela de juicio todos aquellos discursos que yo solía hacer con frecuencia, lo de vivir la vida sin tantas restricciones, sin oponer tantos escrúpulos, etc. Aquello me hizo mucha gracia, mi amigo me daba de mi propia medicina, y al fin no me quedó más remedio que claudicar y admitir que tenía razón, además, como ya me había dicho, ahora residía en São Paulo, en la gran Sampa, aquella misma de la célebre bossa nova que tanto me gustaba y que tantas veces, seguramente que por algún sentimiento romántico de los

míos —he sido siempre un sentimental incorregible—, había manifestado querer conocer con fervor. Me contó también que desde hacía casi un año había estado postergando un viaje a la finca de su madre en el interior del estado, cerca de la ciudad de Jaú, y que si finalmente me decidía a ir podríamos viajar juntos y conocer lugares vírgenes, naturaleza, ríos... Además, me dejó caer que podíamos ir hasta Curitiba para holgazanear un poco y recordar los viejos tiempos, «no sé tú, pero yo aún tengo ganas de juerga». La sentencia final vino cuando mencionó mi pasión adquirida por la fotografía, «te vas a hinchar a sacar fotos», me dijo, «vas a ver tanta belleza que ni te lo vas a creer; además, la *ruiva*^[1] y yo estaríamos encantados de tenerte con nosotros».

La *ruiva* hacía referencia a Marlí, a quien yo conocía también de las clases nocturnas y con la que alenté algún tipo de flirteo que nunca, por un motivo u otro, había llegado a cuajar en algo más serio, pese a que había llegado a existir algo especial entre nosotros, o eso me permití pensar en algún momento, pero eso hacía parte del pasado. Por lo visto los dos se encontraron por casualidad años más tarde, empezaron a salir y, casi sin pretenderlo, terminaron viviendo juntos. «Si en nuestros tiempos me hubieran dicho que iba a terminar emparejado con Marlí no me lo habría creído, ¡a mí ni siquiera me gustaban las pelirrojas!», se burlaba Julival, «además, todos pensábamos que serían ustedes dos quienes acabarían juntos, ya ves la de vueltas que da la vida». «Sí, sí», respondía yo un poco avergonzado, «pero ahora solo somos buenos amigos». Julival se desternillaba de risa, le encantaba forzarme hacia situaciones incómodas, era un bromista empedernido.

Todo lo demás se precipitó muy rápido. Nos encontrábamos ya en diciembre y dicho mes me había sorprendido como siempre: de malhumor. Odio las Navidades y todo eso que se ha dado llamar el espíritu navideño, esa orgía de consumo sin sentido y decadente, pero fue cuestión de hablar con mis jefes y en seguida nos pusimos de acuerdo en que cogería mis vacaciones en enero. Por supuesto, estuvieron encantados de concedérmelas en esas fechas, dado que lo normal era entrar en acérrimas disputas con los demás compañeros en torno a la Semana Santa, julio y agosto o las propias Navidades; uno menos de quien preocuparse, debieron pensar. Además, enero es un mes ideal para viajar a Brasil; es verano, han pasado las abominables Navidades y aún está lo suficientemente lejos de la locura de los carnavales. Y lo mejor de todo: coincide con las vacaciones de verano de la mayor parte de la gente —es un mes muerto—, incluidos Julival y Marlí. Era perfecto.

Tres semanas más tarde desembarcaba en el aeropuerto de Guarulhos, en São Paulo. Me esperaba una sonriente Marlí, tan encantadora y esbelta como la recordaba, parecía que para ella no había pasado el tiempo. Me alegré mucho de verla, era como si hubiera recuperado algo del baúl de los recuerdos, se me saltaron las lágrimas, lo que casi nunca, mi corazón latía con fuerza, sentía algo inexplicable. Ella, a su vez, me dijo que también yo parecía el mismo, lo cual no era cierto, sabía que intentaba ser amable conmigo. Nos quedamos varios segundos mirándonos sin saber qué decir,

risueños, medio atontados. Finalmente me contó que Julival estaba intentando llegar con su ranchera para recogernos. Pensé que el tráfico debió complicarse ese día, pero luego descubrí que eso era el pan nuestro de cada día en la gran Sampa: todos los días eran pésimos para circular en coche.

Cuando atravesamos la puerta corrediza que daba acceso al exterior me llevé un *shock* tremendo, fue como entrar en una nueva dimensión, la gigantesca urbe me descargó a bocajarro su poderoso y descomunal aliento: una cruda vaharada de gente que corría frenética, bocinas, autobuses, taxis, voces gritando, vendedores ambulantes, policías, personal del aeropuerto de un lado a otro, un caos indescriptible. Me quedé paralizado. «Bienvenido a São Paulo», dijo Marlí en tono de burla, alzando su voz para que pudiera escucharla. Reaccioné de inmediato, no podía esperar más, saqué mi cámara y me puse a hacer los ajustes necesarios. Se me ocurrió que el blanco y negro transmitiría un aire de reportero a la antigua usanza; bajé la velocidad de obturación a 1/15 segundos y cerré un poco el diafragma con la ISO al mínimo para compensar. Con eso conseguía que los objetos y las personas que estaban estáticas salieran bien definidas, mientras que todo lo demás que estaba en movimiento se difuminara ligeramente en una estela de velocidad. Cuando visualicé las instantáneas en la pantalla me pareció que había conseguido captar en alguna medida el espíritu convulso de la gran São Paulo —seguramente se trata de una pretensión de aficionado, pero me quedé muy satisfecho con el resultado—. Todavía tuvimos que esperar casi media hora hasta que Julival por fin pudo aparcar delante de nosotros con su gran ranchera de doble cabina. Subimos a toda prisa, no había manera de detenerse, nos saludamos como pudimos mientras nos poníamos en marcha y soportábamos los bocinazos de los demás conductores y los apremios de las autoridades. Nos parecía increíble estar juntos de nuevo «como en los viejos tiempos», decía Julival riendo animadamente. Nos pasamos todo el camino recordando las hazañas de nuestra época de estudiantes, las perrerías que le hacíamos a los profesores y a otros compañeros. Julival recordó cuando fingía estar enamorado de la pudorosa profesora de inglés y le hacía llegar cartas de amor, la pobre mujer se sonrojaba de pies a cabeza y se mostraba muy preocupada, «y eras tú», me recriminaba, «quien me las escribía, sinvergüenza, menudo peligro tienes», nos tronchábamos de risa.

Hacía un bochorno insoportable, se estaban acumulando nubarrones de lluvia. La echaba de menos, en Canarias apenas podíamos disfrutar de ella, nada me apetecía más que se desatara una tormenta tropical con todo su impresionante aparato de truenos y relámpagos. Era un espectáculo que me llenaba el alma. Mientras tanto circulábamos por el margen del pestilente Tieté, un río que se había convertido en una gigantesca cloaca a cielo abierto, sus fétidas emanaciones nos provocaban náuseas, nos teníamos que tapar la nariz. El tráfico era algo de locos: guaguas de todo tipo serpenteaban entre los coches sin respetar la preferencia y las más mínimas normas de educación vial, tenías que estar con los cinco sentidos bien puestos si no querías

que te arrollaran. Lo de las motos era un caso aparte: pasaban a toda velocidad zigzagueando peligrosamente entre los vehículos, tocaban la bocina a modo de aviso (como si los que debieran tener cuidado no fueran ellos, los más expuestos a sufrir daños) y se metían por las buenas en tu carril forzándote a frenar o a esquivarlos, estaba seguro de que iba a presenciar un accidente en directo. Saqué de nuevo la cámara. Una moto se acercaba rápidamente bocinando desde atrás, el motorista, en una fracción de segundo, percibió que estaba enfocándole y me miró al mismo tiempo que se contoneaba temerariamente entre un estrecho hueco dejado por la ranchera de Julival y una guagua, había conseguida capturar su mirada. Era increíble, parecían haber perdido el juicio, no temerle a la muerte. Julival aprovechó para comentar que a diario decenas de motoristas se dejaban la piel, y los sesos (raramente llevaban casco), en el asfalto. Yo, en cambio, una vez más, había conseguido una buena instantánea. Estaba satisfecho, me sentía feliz.

Nuestro destino final era un suburbio llamado Villa Santa Ângela. Habíamos rodado varias horas hasta llegar allí, lo cual daba cuenta del tamaño de la gigantesca metrópoli. Julival, sin embargo, dedicó cierto interés en aclararme que aquel no era ni mucho menos el barrio más periférico; lo hacía, supuse, tanto para proporcionarme una idea correcta de la verdadera dimensión de São Paulo como para darme a entender que, a pesar de residir en un barrio humilde, no se trataba del que ostentaba peor condición, al parecer aún había otros dos extensos barrios de por medio hasta llegar al linde municipal. Comprendí al momento las reservas de mi amigo, pero, por supuesto, yo no había venido con intención de juzgar a nadie.

Su casa, en efecto, era muy humilde, aunque arreglada con esmero, sin lugar a dudas ofrecía un ambiente de lo más acogedor. Estaba incrustada en una calle estrecha e irregular, apiñada en un pequeño espacio, como todas las demás viviendas colindantes, cada una en una encarnizada lucha por ocupar hasta el último centímetro disponible; las dos aceras que recorrían la calle habían quedado en un intento que como mucho cubrían dos palmos cada una, no había para más. En su día, me contaba Julival, el emplazamiento había sido invadido por una multitud tan descomunal de «sin tierras» que, primero, al ayuntamiento no le quedó más remedio que claudicar ante tan arrolladora vía de hecho y, segundo, cada familia tuvo que conformarse con una porción diminuta de terreno. Pero no hubo problema, las poblaciones con pocos recursos son expertas en desarrollar sobre la marcha soluciones creativas para las situaciones más adversas; de modo que las casas se apilaban en varios pisos hacia arriba, hasta tres o cuatro, todos en un estilo improvisado, informe y caótico, tanto como la tela de araña de cables que conformaba el tendido eléctrico y la selva de antenas y parabólicas que inundaban y filtraban la visión del cielo.

Todavía no había soltado mi maleta en el estrecho recibidor cuando Julival apareció desde la cocina con varias cervezas en la mano, en Brasil no se puede sostener una buena conversación sin una cerveza de por medio. Me dijo que le acompañara al tercer piso de la casa, que estaba inacabado aún, y de un rincón sacó

una vieja barbacoa plegable. Marlí apareció enseguida con una gran bandeja de carne y salchichas y en poco tiempo ya habíamos encendido las brasas y puesto las viandas a asar. De pronto Julival me miró y me dijo: «ve hasta tu equipaje y coge la cámara, te voy a llevar a la azotea a que veas una cosa». Cuando regresé, subimos por una angosta y oxidada escalera de caracol. No estaba preparado para la visión que se desplegó ante mis ojos, me sentía maravillado, sobrecogido: desde la azotea se divisaba una inmensa ciudad de favelas que se extendía hasta los confines del horizonte en un tupido tapiz de indescriptibles y precarias formas de todos colores y hechuras, trepando y deslizándose como una gigantesca enredadera de chatarra, hojalata, madera, bloques y ladrillos desconjuntados, por las diversas irregularidades del paisaje. Era el rostro descarnado de la miseria, de los excluidos, de los olvidados. Había empezado a caer la tarde, el cielo se había despejado y la luz caía con un fulgor suave y dorado. Levanté mi cámara embargado por la emoción, aquella escena, pese a lo trágico y dantesco, poseía una belleza intrínseca para la que no encontraba palabras. Estuve disparando el objetivo hasta que me lo impidió la oscuridad.

Cuando regresamos, Marlí había terminado de asar la carne, nos dimos el gran festín, estaba deliciosa. Además, Marlí nos había preparado varios dulces y postres, mandioca (yuca) frita, flocos de millo con beicon y otras fruslerías. Intenté complacer todo lo que pude probando un poco de cada cosa, pero era evidente que me había acostumbrado a otro tipo de dieta —en Brasil y Sudamérica en general se come muchísimo, no tienen en cuenta ni los veranos más tórridos—, principalmente a esa hora del día, y no tardé en percatarme de que había forzado mi estómago más allá de lo razonable. La consecuencia no podía ser otra: durante la noche no tuve más remedio que levantarme e ir al baño a vomitarlo todo, lo hice de la manera más discreta posible, no quería que mis amigos se enteraran y se sintieran ofendidos.

Cuando intentaba dormirme, no sé qué hora sería, escuché la puerta de la calle y unos pasos en la escalera. Me alarmé. Luego, aguzando el oído, reconocí los pasos de Julival; llegaba de la calle, ¿habría pasado algo? Le escuché ir al baño y entrar a su habitación, la voz de Marlí sonaba apagada, susurraba para que yo no la escuchara, pero era obvio que le dirigía duros reproches, Julival se defendía fingiendo indignación, aunque a veces soltaba aquella risa irónica tan típicamente suya, me lo podía imaginar sin dificultad inventándose las excusas más inverosímiles. Mi buen amigo no había sido capaz de abandonar aún su afición por las juergas a pesar de compartir una vida en común con Marlí; había esperado a que nos durmiéramos para realizar una escapadita. Julival era un buen tipo, admiraba su gran generosidad, pero las malas compañías y la bebida lo echaban a perder. Por desgracia, al menos en ese aspecto, las cosas no habían cambiado tanto desde la última vez que lo vi.

Lo último que escuché antes de volver a dormirme fue la respiración entrecortada de Marlí intentando ahogar su llanto.

Cinco

No pude evitar despertarme al día siguiente con cierta sensación de malestar, intuía que la pelea de la noche anterior entre mis amigos no se trataba de un hecho aislado, no podía evitar la incómoda sensación de estar entrometiéndome en la intimidad de la pareja. Aproveché que estaba desayunando a solas con Julival —Marlí había salido a hacer unas compras— para preguntarle si todo iba bien y si, a lo mejor, no sería más conveniente que me buscara por mi cuenta un sitio para alojarme. Julival se quedó bastante sorprendido con la cuestión que le planteaba, por momentos parecía no tener ni idea sobre qué estaba hablando, pero luego cayó en la cuenta e irrumpió en una sonora carcajada, «ja, ja, no te preocupes, no hay ningún problema, ninguno en absoluto, solo que a veces... como te lo digo... ya sabes cómo son las mujeres, no hay quien las entienda, ya puestos, ni ellas mismas...».

—No, no, olvídalo —continuó—, eres nuestro invitado, lo de anoche no tiene ninguna importancia, son cosas que pasan...

—Julival, dime la verdad, te fuiste de putas ¿no es cierto?

—Pero, hombre, qué te pasa, ¿también tú me vas a dar la vara? Me fui con unos amigos aquí cerca, tenía unos asuntos pendientes, eso es todo —yo le miraba con escepticismo—. Bueno, vale, al final terminé liándome un poco más de lo que tenía planeado... pero venga, son cosas sin importancia, no hacen mal a nadie...

—Yo diría que Marlí no es de esa opinión.

—Oye, ¿te has propuesto aguar-me el desayuno? Mira, nadie es perfecto, ¿sabes?, a veces se me va la olla, tú deberías saberlo mejor que nadie, son cosas sin importancia... Marlí está un poco enfadada, pero ya se le pasará, las mujeres son así. Si les haces mucho caso te vuelven loco. Venga, termina de desayunar que hoy tenemos un día intenso, tú relájate y deja que de Marlí ya me ocupo yo.

En fin, no me quedó más remedio que aceptar esas explicaciones tan peregrinas, Julival era un caso sin solución. Decidí aguardar acontecimientos, sea lo que fuere que estuviera sucediendo entre ellos no era asunto mío, aunque no dejaba de pensar que el enfado de Marlí estaba plenamente justificado. Por lo demás, ella regresó de sus compras y debió pensar que yo era ajeno a la discusión que había mantenido con Julival, después de todo se había esforzado todo lo posible para que no la escuchara, se mostraba un poco hostil en su tono de voz, pero poco a poco fue recuperando la jovialidad habitual y al poco rato hablaba con los dos como si no hubiera pasado nada, lo cual me causó cierto impacto, era evidente que le había perdonado, o que lo había olvidado o querido olvidar. ¿Lo hacía por amor? ¿Albergaba en su interior tan pocas esperanzas que prefería instalarse en una negación constante de la realidad? El sinvergüenza de Julival me guiñaba el ojo a escondidas como dándome a entender que ya estaba todo arreglado entre ellos, yo negaba con la cabeza en silencio.

Habíamos planeado dedicar ese día a pasear por el centro de São Paulo. La idea me gustaba particularmente. Convenimos que lo mejor era ir en guagua, ya que

aparcar en el corazón de la urbe se presentaba muy problemático, y además estaba la cuestión del tráfico, peor si cabe cuanto más próximo a la zona centro. Siempre me ha gustado el transporte público —quizá por eso no me había sacado el carné de conducir hasta hacía apenas unos años—, no existe mejor manera de conocer una ciudad. Estaba entusiasmado, nos embarcamos en una vieja guagua articulada y fuimos dando tumbos mientras Julival nos iba comentando todo lo que sabía de los lugares más emblemáticos por los que pasábamos, barrios, monumentos, las direcciones que tomaban las infinitas avenidas que se abrían a nuestros ojos. Julival era un gran conocedor de la ciudad, trabajaba para una empresa que ofrecía servicios de portería a las comunidades de edificios, y había trabajado en muchos, en varias zonas distintas; a veces, aprovechando que nos señalaba un edificio en el que había trabajado, nos contaba suculentas anécdotas sobre alguno de sus inquilinos, nos desternillábamos de risa. Julival era un tío muy divertido. Mientras hablaba yo no desperdiciaba la oportunidad de retratar discretamente a algún pasajero que consideraba con algún rasgo interesante, en eso me ayudaba mucho el potente zoom de la cámara, una verdadera bendición.

Una vez en el centro São Paulo prácticamente nos absorbió en su torbellino infernal, todo bullía en una furiosidad desbordante. Paseamos por el gran parque del Ibirapuera, la plaza de la Sé, donde se encontraba la catedral y la estatua del apóstol Pablo, de quien toma el nombre la ciudad, recorrimos los comercios y algunas calles y avenidas emblemáticas; todo me parecía enorme y descomunal, como si alguien hubiera diseñado la ciudad para ser habitada por una raza de gigantes. No obstante Julival también había planteado el paseo con un propósito práctico, se trataba de que Marlí llevara tiempo queriendo montar una tienda de moda y quería aprovechar para acercarse a un comercio con una aureola casi legendaria: el Comercial Pagé, famoso en casi todo el país por la gran variedad de productos a precios tan bajos que rozaba lo inverosímil. Se encontraba en uno de los barrios antiguos, una zona en la que tanto Julival como Marlí se habían adentrado pocas veces, según me contaban porque hacía parte de lo que popularmente se conoce como bajos fondos, uno de los lugares más peligrosos y de mayor incidencia criminal de la ciudad. Aunque, por algún motivo, nos había invadido un repentino afán aventurero; decidimos correr algún riesgo y darle rienda suelta a nuestra curiosidad adentrándonos sin mucho reparo por las calles que íbamos encontrando, dejándonos impregnar de todo el ambiente, vibrante de una multitud que desprendía un palpito festivo, una alegría contenida pero contagiosa. Decidí aceptar el desafío con todas las consecuencias y me reafirmé en el propósito de mantener mi cámara colgada del cuello pasara lo que pasara. Nos embargaba la emoción, el corazón se aceleraba en nuestro pecho.

Nos abríamos paso con el mismo espíritu de quien desbroza un mundo nuevo, desconocido pero fascinante. Los edificios y las calles estaban sucios y descuidados, las aceras, atestadas de vendedores ambulantes y transeúntes, una verdadera marea humana. Se vendía de todo: bisutería, juguetes, ropa, electrónica, agua fresca para

aplacar el calor, dulces, pinchos de carne asada *in situ* en barbacoas improvisadas y precarias... Las voces de los vendedores se entremezclaban con el fragor del tráfico y el gentío, la formidable actividad y confusión adquirían proporciones bíblicas. Yo sacaba fotos a diestro y siniestro, cada enfoque era una instantánea única; la gente miraba mi cámara con avidez, sin duda se trataba de un botín apetecible, había que tener cuidado, no obstante, dondequiera que pusieras la vista había una nutrida presencia policial y eso me daba algo de confianza. Deambulamos por los alrededores sin tener muy claro adónde nos dirigíamos, preguntamos a la policía en varias ocasiones, hasta que finalmente dimos con el Comercial Pagé. Nos quedamos clavados contemplándolo, boquiabiertos, sobrecogidos. Se trataba de un edificio de unas ocho plantas, más alto que cualquier otro de los alrededores, pero inconfundible, cada piso estaba pintado de un color distinto, vivo, chillón, incluso insultante, una especie de Meca en medio de un desierto urbanístico monocromático y decadente.

De repente nos dimos cuenta de nuestro error; habíamos estado todo el tiempo luchando contra una verdadera marea humana, teniendo la sensación de que nos arrastraba hacia todos los lugares menos al que pretendíamos llegar. Pero se trataba justamente de lo contrario: los flujos que gobernaban a aquella inmensa marabunta de gente convergían en la estrecha entrada del Comercial Pagé, que actuaba como una boca gigantesca con poder suficiente como para absorber todo a su alrededor de forma implacable; si nos hubiéramos dejado conducir por la inercia inconsciente de la multitud, habríamos ido a parar sin esfuerzo justo adonde habíamos llegado ahora.

Por primera vez nos sentimos intimidados, empequeñecidos, vulnerables, sobrepasados por la experiencia. Finalmente nos armamos de valor y decidimos entrar, tuvimos que hacerlo entre empujones, no había lugar para cortesías o remilgos, aquello parecía reproducir lo que sucede cuando alguien le arrea una patada a un hormiguero gigante, nos asfixiábamos en medio de tanta gente. La planta baja se resumía en una sucesión de estrechos pasillos, entre los que era muy fácil perderse, poblados de minúsculos puestos tan rebosantes de mercancías que casi se solapaban unos con otros, casi se confundían, casi eran una misma cosa. Mientras nos abríamos paso como podíamos y curioseábamos algunos artículos que nos interesaban, Julival me iba contando algo de la historia de tan insólito lugar. El edificio databa de los años sesenta, pero había sido abandonado décadas después, cuando la actividad comercial empezó a concentrarse en otras zonas de la ciudad. Paulatinamente empezó a ser ocupado ilegalmente por maleantes que mercadeaban con objetos robados y procedentes del tráfico hasta convertirse en un inmenso foco de delincuencia que superaba la capacidad de actuación de la propia policía, coadyuvante y cómplice a su vez, completamente corrompida. Con posterioridad, quedó claro que los intereses de la clase política local estaban de tal modo entrelazados con los de las redes criminales que el ayuntamiento, ya sin disimulo, tomó la dudosa decisión de legalizar la actividad que se desarrollaba en el edificio mediante la compra del inmueble al tiempo que otorgaba a los criminales el estatus eufemístico de pequeños empresarios,

pragmatismo y cinismo unidos en un solo acto. Las vías de hecho de la pobreza y la marginación habían impregnado hasta el tuétano de los poderes públicos y trasvasaban impunemente las fronteras de la moralidad para dejar paso a los instintos más básicos y depredadores.

Las entrañas del edificio parecían un organismo vivo; de repente me representaba las angostas escaleras que llevaban a los pisos superiores como arterias que absorbían y escupían ríos caóticos de seres humanos; si se tratase de un ser vivo, pensé, debía estar agonizando con sus carnes abiertas y todos los fluidos corporales supurando a un mismo tiempo. Aquello reclamaba a gritos ser retratado sin dilación. Encendí la cámara y empecé a buscar un enfoque, pero Julival me agarró del brazo y me apremió a que le siguiera y la guardara de inmediato. Me señaló con la mirada a un par de tipos que hacían gestos en nuestra dirección, se habían fijado en mi cámara y no nos quitaban ojo de encima. Seguimos a Marlí, había decidido subir las escaleras hasta el primer piso. La multitud nos engulló vorazmente y en cierto sentido nos sentimos protegidos. Cuando llegamos advertimos de inmediato que el ambiente era más opresivo; el techo inusualmente bajo, no había ventanas que contactaran con el exterior, el aire era viciado y espeso, todo parecía más sucio y decadente, incluidos los puestos de venta. Marlí curioseó y preguntó precios en alguno de ellos, pero no encontró las ofertas que esperaba. Decidimos seguir subiendo. A medida que íbamos haciéndolo los precios eran cada vez mejores, pero el aspecto de los vendedores y del ambiente en general empeoraba en la misma proporción. Nos detuvimos en el sexto piso, la suciedad y la porquería campaban a sus anchas. Ya prácticamente no se veían puestos, las mercancías se exponían en cajas de cartón esparcidas por el suelo, las miradas de los vendedores rezumaban desconfianza, cuando no abierta hostilidad. Decidimos que ya era suficiente. Llegamos a la conclusión de que probablemente se podían encontrar precios muy baratos, pero entendimos que unos desconocidos como nosotros no tenían ninguna oportunidad sin una recomendación adecuada, sin ningún contacto que avalara que éramos de «confianza». No era lugar para nosotros, decidimos largarnos cuanto antes. Julival me miró a los ojos, había adivinado mi intención de no marcharme sin sacar al menos una foto. «Ni se te ocurra», me dijo temblándole la voz, adoptando una expresión explícita de temor. Yo no podía aceptar aquello, me dolía dejar escapar una oportunidad como aquella, pero comprendí que no tenía derecho a poner en peligro a mis amigos. Sentí, sin embargo, una enorme decepción.

Había fracasado como fotógrafo.

Seis

Al día siguiente partimos en la ranchera de Julival en dirección a Jaú, en el interior de São Paulo, a unas cinco horas y media de viaje. La región de Jaú es famosa por sus enormes extensiones dedicadas al cultivo de la caña de azúcar. Cuando nos aproximábamos empezamos a divisar dichas plantaciones a ambos lados de la carretera, se perdían en el horizonte, kilómetros y kilómetros que cubrían a lo largo y ancho las descomunales llanuras. Mal se podía dar crédito a lo que veíamos. El tiempo era inestable, habíamos alternado en el trayecto con periodos de lluvia y de sol y, a veces, con una mezcla de ambos, lo que otorgaba al paisaje un cierto aire sobrenatural. Columnas de luz destellaban reflectándose en las plantaciones mojadas como en una miríada de espejos, filtrándose fantasmagóricamente por entre algún claro disperso en el cielo al tiempo que se cernían sobre nuestras cabezas el aspecto lóbrego de opresivos nubarrones violáceos, y aquí y allá, en lontananza, haces brumosos se desprendían como desgarrados desde las alturas en lo que eran chaparrones aislados de lluvia. No pude resistirme, le dije a Julival que parara inmediatamente. Este ya empezaba a acostumbrarse a mis excentricidades de fotógrafo aficionado y accedió con una sonrisa burlona. Lo que no le hizo tanta gracia fue que me encaramara al techo de la ranchera, empezó a recriminarme por la ventanilla, se tiraba de los pelos asegurando que le iba a aboyar la chapa. Mi respuesta, como es lógico, no le satisfizo en absoluto, le dije que necesitaba de una perspectiva más amplia y que por desgracia el techo de la ranchera era lo más alto a lo que podía aspirar en varios kilómetros a la redonda. Julival emitió un gruñido de impotencia, yo le dije medio en broma que me debía una por haberme impedido sacar fotos en el Comercial Pagé. Lo cierto es que me daba todo igual, la belleza singular de aquel paisaje era de quitar el aliento, no existían palabras humanas que pudieran hacerle justicia; ante tamaña magnificencia cualquier cosa merecía ser rendida y sacrificada. Empecé a disparar mi cámara como un loco, hacía todos los ajustes y activaba todos los efectos que se me ocurrían; iba a toda prisa, la situación inestable de las nubes hacía con que las circunstancias de luz fueran muy cambiantes y difíciles de controlar; el horizonte aplastado por nubes inconmensurables, la carretera mojada y resplandeciente que se perdía en la distancia, relámpagos lejanos que de repente arrojaban una luz fantasmal, una racha de viento que peinaba las infinitas plantaciones de caña de azúcar haciendo parecer olas en un mar de verdes e interminables contrastes, todo me cautivaba y llenaba de maravilla. Podía estar sacando fotos horas y horas hasta perder el sentido, pero Julival y Marlí no tenían tanta paciencia, no tenían porqué, de modo que me vi obligado a bajar del techo de la ranchera a toda prisa cuando sentí que esta se ponía en marcha y empezaba a moverse, el mensaje de mis amigos era inapelable. Por desgracia no tuve mucha destreza y rodé por el suelo con cámara y todo; en un acto reflejo cubrí la lente con la mano, aun a riesgo de partirme el codo. Me puse perdido de barro y maleza, Julival y

MarlÍ se partían de risa. Me hice algùn rasguño, pero nada grave. Yo les miraba con expresión hostil, pero finalmente también acabé riéndome con ellos, me habían dado mi merecido. «Eso, por estropearme el techo», dijo Julival muy satisfecho de sí mismo. Estábamos en paz.

O más bien no. No pude evitar salirme con la mía, a fuerza de muchos ruegos, y aún tener oportunidad de sacar algunas buenas fotos más aprovechando la luz crepuscular del atardecer; las ascuas de un sol moribundo habían conseguido desembarazarse del manto de nubes y era empañado ahora por espesas volutas de humo negro procedentes de las *queimadas* que encontramos más adelante, hogueras gigantescas que los plantadores de caña prendían para limpiar el suelo de los muchos rastrojos que quedaban atrás después de la cosecha y prepararlo para una nueva siembra. El calor del fuego distorsionaba la imagen del sol, que aparecía como filtrado por una seda volátil y cambiante de humo negro. La escena era sobrecogedora, apocalíptica. Creo que las mejores fotos de esta serie fueron las que saqué incrementando la saturación de los colores con una leve corrección hacia el rojo.

Cuando llegamos a la finca de la madre de Julival ya era noche cerrada. Habíamos tenido que meternos por kilométricos caminos de tierra y cruzar dos o tres puentes de madera de aspecto, a mi parecer, bastante precarios. Doña Marilha, la anciana madre de mi amigo, nos esperaba en la puerta de su humilde casa con el resto de la familia; vivían con ella sus dos hijos mayores: Darcí, en compañía de su esposa Josemara, y Elaine, que había sido abandonada por su marido junto a su hijo Milton. Se mostraban muy preocupados a causa de que nos habíamos retrasado bastante sobre el horario previsto, pensaban que nos había ocurrido algo. Julival me señaló con sorna y empezó a narrar mis peripecias como fotógrafo, lo cual causó cierta conmoción, porque, para aquellas personas acostumbradas a la sencillez del campo, ¿qué se puede esperar de alguien que sale por ahí sacando fotos sin motivo y hace esperar a los demás sin ninguna consideración? Me miraban como si fuera un bicho raro, y quizá estuvieran en lo cierto.

Después de las presentaciones y de entregar algùn detalle que les traje de regalo, Milton vino con un ordenador portátil todo destartado, comprado de segunda mano, según contó —una reliquia, en verdad—, y me pidió que descargara en él las fotos que había sacado para que pudieran visionarlas. La ocasión no parecía muy propicia; Darcí empezaba a servir una copiosa cantidad de carne asada —ternera, gallina de corral, cerdo y cordero— y tanto doña Marilha como Elaine disponían orgullosas diversas fuentes con sus especialidades culinarias, muchas de las cuales de influencia polaca y ucraniana, de donde procedían sus antepasados. Miré a mi alrededor desconcertado, tal cantidad de comida solo se justificaba si fueran a venir otras diez personas. Julival se me acercó discretamente y me susurró que toda aquella parafernalia se estaba montando por mi causa. Su mirada era casi suplicante, yo sabía que no podía defraudarles. Milton, entretanto, no cejaba en su intento de que le

mostrara las fotos, de modo que tuve que ceder. Todo fue muy confuso, conecté la cámara al portátil y empecé a pasar las fotos al mismo tiempo que me iban sirviendo. Intercalaba, entre bocado y bocado, explicaciones de lo que iba apareciendo en pantalla; todos se mostraban favorablemente impresionados con las imágenes, pero estaban muy pendientes mientras tanto de que probara religiosamente cada una de las exquisiteces que me habían preparado. Esbozaba la mejor sonrisa de que era capaz en semejantes circunstancias y daba las gracias a todos con efusividad, la verdad es que estaba todo muy bueno, pero sentía mi barriga a punto de estallar y aún quedaban muchos platos por probar. Empecé a sudar, Julival me miraba con preocupación. Darcí apareció con una caipiriña y me sirvió un vaso generoso, doña Marilha puso al lado una jarra con cerveza casera, Josemara trajo un zumo delicioso de limón y Elaine, que manifestó ser especialista en infusiones, se dispuso enseguida a hacerme un té casi al mismo tiempo en que Marlí sacó la conversación de lo mucho que me gustaban.

Cuando finalizó aquella orgía de comida, no podía moverme. Me sentía mareado. Sin embargo la exhibición de las fotos había sido un éxito, todos coincidieron en que tenía talento; enseguida me animaron para que los retratara, no había tiempo que perder, dijeron. Fotos de toda la familia, de uno con el otro, de una con la otra, de uno con una y luego con la otra, luego cambio de pareja, de escenario, de poses, yo con unos y con otros, en fin, unas cincuenta o sesenta fotos. Aquello parecía no terminarse nunca. Doña Marilha se mostró tan animada que manifestó no poder contener su impaciencia a la espera de que llegara el día siguiente para ver las fotos que iba a sacar por la finca. Empezó a enumerarme todos los puntos y zonas que consideraba de interés, es más, nombró a Josemara para que saliera conmigo y recorriera ciertos caminos, no podía dejar de retratar este o aquel paisaje, era absolutamente necesario, me decía, el bosque de eucaliptos, la reciente plantación de maíz, una yegua preñada... Yo no salía de mi asombro, de repente estaba entre la espada y la pared, yo, cuya mayor aspiración había consistido en coger mi cámara y perderme por los lugares más recónditos sin que nadie me molestara, al parecer me había convertido en una especie de rehén de las voluntades ajenas, nadie me preguntó si me apetecía hacer todo aquello. Julival intentaba contener la risa, cuando todos se retiraron me dijo que me lo tomara con paciencia, «no lo hacen por mal, es la forma que tienen de demostrarte afecto, les has caído bien».

La verdad, sin embargo, era que me sentía abrumado por tanta hospitalidad, me habían reservado la mejor habitación, la de doña Marilha, y separado las mejores sábanas y edredones. A Julival y Marlí también les dejaron una habitación para ellos solos, mientras que la anciana y los demás miembros de la familia se apelotonaron en la habitación restante, la de Darcí y Josemara; Milton dormía en la sala con un colchón viejo extendido en el suelo. Yo, a pesar del cansancio acumulado del viaje, no podía dormir; sentía un enorme peso en el estómago, era como si tuviera encima un yunque. Se pasaban las horas y no podía conciliar el sueño, hasta que empecé a

sudar frío y a tener náuseas. Me levanté tambaleándome y me dirigí al baño, me tropecé con Milton, casi me caigo encima de él, por suerte no se despertó. Fui tanteando en la oscuridad hasta que di con la puerta del baño y luego con la vasija. Lo eché todo fuera, me invadió tal debilidad que casi me caigo al suelo; empecé a tiritar de forma compulsiva, temí desmayarme y que me encontraran allí tirado al día siguiente, ya me estaba imaginando la vergüenza (¿cómo me iba a excusar de semejante percance?). Fui hasta la cocina y tomé un poco de agua, encontré un resto del té que había preparado Elaine. Me sentó bien, eso me tranquilizó. Por fin, regresé a la cama; antes de dormirme estuve largo rato concentrado en los ruidos nocturnos de la finca: los perros que ladraban y eran contestados por otros ladridos lejanos, casi inaudibles, el insistente canto de los insectos —miles de melodías distintas— y, de fondo, el cadencioso rumor del río que cortaba mansamente el fondo del valle. Algo me hacía querer ir hasta sus aguas, creí escuchar en su murmullo una voz dulce que me llamaba.

Ese deseo misterioso me arrulló plácidamente y caí en un sueño profundo.

Siete

Mi instinto de fotógrafo activó algo en mi cerebro cuando, aún de madrugada, escuché ruidos en la cocina. Me levanté y miré por la ventana. En el horizonte empezaba a refulgir un tenue resplandor azul-violáceo, el cielo estaba limpio como un cristal recién pulido. Era magnífico. Me vestí rápidamente y cogí la cámara. En la cocina estaban sentados Darcí y doña Marcilha al lado del fogón de leña repartiéndose un cuenco de agua caliente con el que tomaban mate. Darcí llenó la cuya (el recipiente, generalmente de calabaza seca, donde se deposita la hierba) y me la pasó. El sabor amargo del mate me trajo muchos recuerdos. Ni siquiera me gustaba mucho, pero sorber mate en compañía para entrar en calor era una forma muy especial de intimar con la gente del campo y hacer con que la conversación fluyera de forma natural. Me preguntaron si me sentía bien, desde luego mi aspecto no debía dejar lugar a demasiadas dudas. Lo último que quería era que pensarán que la comida me había sentado mal, de modo que les dije que antes de llegar ya estaba un poco indispuerto de la barriga, lo cual también era cierto —Julival se había encargado de «maltratarme» con ingentes raciones de salchichas, carne asada y cerveza—. Insistieron para que volviera a la cama y descansara, pero yo les transmití mi disposición a acompañar a Darcí en sus quehaceres y sacar algunas fotos de la finca y sus animales. A doña Marcilha se le iluminaron los ojos, me dijo que no podía dejar de retratar a los gansos, una crianza por la que ella había apostado particularmente y que ya estaba dejando sus frutos, por lo visto se vendían bastante bien. Al poco apareció Josemara restregándose los ojos de sueño, normalmente ordenaba algunas cosas en la cocina antes de unirse a Darcí en las labores de la granja y la plantación. Pero Darcí ya se había puesto en marcha y yo tuve que darme mucha prisa para que no me dejara atrás. Tomó un camino que salía detrás de la casa y subía el valle, caminaba con seguridad a pesar de la penumbra que nos envolvía, parecía poder recorrer el sendero hasta con los ojos cerrados; yo, en cambio, trastabillaba a cada dos pasos. En pocos minutos llegamos a los establos. Darcí hacía todo maquinalmente; liberó a una vaca y la dirigió a un cobertizo. Le ató las patas traseras y empezó a ordeñarla. El cielo empezaba a clarear, la luz era maravillosa. Encendí mi cámara y empecé a fotografiar todo a mi alrededor; decidí que haría una especie de reportaje de las tareas que llevara a cabo Darcí. Empecé por sacarle primeros planos. Al principio parecía cohibido, sospecho que sentía mi intromisión como algo impertinente, daba la impresión de querer decir: «no se puede trabajar con un tipo figoneando todo lo que uno hace». Pero a los pocos minutos empezó a relajarse y a actuar con naturalidad; pasados algunos minutos más ya sonreía, y poco más tarde hasta posaba para la cámara. Cuando llegó Josemara pasó por el mismo proceso, los dos parecían estar pasándolo en grande al saberse protagonistas de mi objetivo.

La finca era un sitio enorme, tenían todo tipo de animales, cuando yo pensaba que había terminado mi sesión de fotos con las vacas, las gallinas, los patos, los cerdos o

los caballos, Darcí y Josemara me arrastraban a un lugar distinto, esta vez para que fotografiara a las ovejas, o entonces a una gallina de Guinea que tenían suelta con sus polluelos o quizá a los peces que criaban en un estanque artificial. Pero de repente la cosa empezó a incomodarme un poco. Ahora ya no se conformaban con servirme de guías y a la vez de modelos, se permitían el lujo de indicarme dónde estimaban que debía situarme con mi cámara y los elementos a figurar en el encuadre. Ponte aquí o ponte allí, ahora haz esto o lo otro. Yo obedecía sus indicaciones de mala gana, pero el colmo llegó cuando Darcí se sintió con autoridad suficiente como para darme lecciones técnicas: «debes evitar sacar fotos a contraluz», me dijo. Yo intenté explicarle que, tomando las precauciones adecuadas, una foto a contra luz podía producir efectos lumínicos asombrosos. No sirvió de nada. Me contestó simplemente que nunca se sacan fotos a contraluz, y zanjó la cuestión.

Estábamos regresando a la casa cuando doña Marilha se cruzó conmigo a toda prisa. «¿Le has sacado fotos a los gansos?», me preguntó. La verdad es que con tanto ajetreo se me había olvidado. Me agarró del brazo y me dijo que era absolutamente imprescindible que sacara fotos a los gansos, de modo que desandamos el camino y me llevó a un pequeño cobertizo, era allí donde los mantenía encerrados. Me sorprendió el tamaño que tenían, eran enormes, y con ojos azules. La foto valía la pena al fin y al cabo, me consolé (¿qué otra cosa podía hacer?).

Cuando por fin regresamos me encontré con que Elaine me aguardaba con cierta inquietud, había oído que estaba mal de la barriga. Me dirigió una mirada cómplice y me dijo muy seria: «no te preocupes, soy la chamán de la familia, sé todo lo que hay que saber sobre hierbas curativas; ten, te he preparado esta infusión, te vas a quedar como nuevo». Extendí temeroso la mano y sujeté el tazón que me ofrecía. Aquello olía a diablos. Su sabor era aún peor, daba náuseas. Le transmití mi agradecimiento por medio de una sonrisa forzada. «Tienes que tomártelo todo», me dijo, creo yo que adivinando mi intención de dar dos sorbos y dejarlo a un lado. Pensé en otra estrategia: iría disimuladamente al porche y cuando nadie me viera me desharía del brebaje, luego volvería a entrar con el mismo disimulo y le diría a Elaine lo maravillosamente bien que me había sentado. No dio resultado. Elaine me siguió, también con disimulo, y no me quitó la vista de encima hasta que me lo tomé todo. De vez en cuando cruzaba con ella una mirada, que pretendía pareciera casual pero cuyo objetivo consistía en averiguar si aún seguía vigilándome —no había manera, la mujer ni siquiera parpadeaba—, entonces yo volvía a sonreírle como si estuviera complacido, disfrutando de aquella bebida infernal. Cuando apuré la última gota, al cabo de lo que me pareció una eternidad, Elaine se me acercó. Entonces comprendí que su inquietud también estaba relacionada con algo ajeno a mi estado de salud. Me dijo que había estado pendiente de mí por la mañana para que pudiera ver marchar a Milton a la escuela. Debo haberme quedado con cara de idiota (¿por qué iba a querer ver marchar a Milton a la escuela?), de modo que me explicó que hacía solo unos pocos meses que un minibús venía a recogerle, y eso en aquella región aislada era

todo un acontecimiento. Empezó a rememorar los tiempos en que ella y sus hermanos iban a la escuela; tenían que cubrir todos los días varios kilómetros a pie, con lluvia o con frío, puntualizó con una expresión dramática y algo nostálgica, era una vida muy sufrida. Luego me lanzó una mirada suplicante: era muy importante para ella contar con una foto de Milton junto al minibús de la escuela, sería un recuerdo para toda la vida. Hizo especial hincapié en que el hijo volvería a los dos de la tarde, «no te olvides». Aquello sonaba casi a una amenaza, pero le contesté que no tenía de qué preocuparse, estaría allí para hacerle la foto a Milton. O eso esperaba, temía defraudarla y confieso que empecé a sentirme un tanto nervioso.

Los asuntos de la finca se sucedían a un ritmo vertiginoso, muy lejos de esa paz idílica que yo mismo había imaginado. Pocos minutos después de hablar con Elaine aparcó cerca del camino de acceso a la casa un tractor viejo y desvencijado con una aparatosa sembradora enganchada en la parte trasera; lo conducía un hombre risueño, muy orgulloso de su máquina según se apreciaba. Había llegado sin que nadie lo esperara, era la forma en que allí se hacían las cosas, me explicaba Julival, surgían de pronto y tal cual venían se iba improvisando, aunque, seguía diciéndome Julival, a la gente del lugar le gustaba pensar que las cosas sucedían porque tenían que suceder, y punto. Nada más verlo Darcí se puso un sombrero de paja y calzó sus botas de caucho. «Nos vamos a plantar», nos informó a Julival y a mí, «¿vienen con nosotros?». Julival me lanzó una mirada maliciosa: «vamos, coge tu cámara, vas a tener un montón de fotos interesantes que sacar». No hubo tiempo para muchos prolegómenos, el tractor se puso en marcha y tuvimos que alcanzarlo a la carrera; nos colgamos como pudimos en los huecos de la sembradora, entre los recipientes donde se depositaban las semillas, las barras de acero y salientes metálicos que se proyectaban en dirección a la tierra y otros artilugios. Según nos explicaba Darcí desde la cabina, iban con mucho retraso, lo cual me pareció extraordinario si teníamos en cuenta que no había nada previamente marcado.

Mientras íbamos dando tumbos por el polvoriento camino —había que agarrarse con fuerza si no querías salir despedido— Darcí nos explicaba sus planes. Tenía que elevar mucho el tono de voz para contrarrestar el poderoso runruno del motor. Celso, conductor y propietario del tractor, ofrecía sus servicios a la comarca a cambio de una participación en los beneficios de lo que finalmente se cosechara. Darcí, a su vez, arrendaba las tierras para el cultivo, de modo que también repartía beneficios con el propietario de la finca. Tanto reparto generalmente no salía rentable para nadie, pero el precio del millo estaba subiendo —era lo que iban a sembrar— y además se disponían a poner en práctica una nueva técnica de plantío que prescindía de arar y limpiar el suelo con antelación, lo cual ahorraba mucho tiempo y esfuerzo. Sembrarían encima mismo de la maleza y al cabo de pocos días rociarían todo con veneno químico; los rastrojos restantes, las plantas muertas por el veneno, según contaba entusiasmado Darcí, actuarían como protectores contra los elementos del clima y a la vez servirían de abono, y todo eso hacía aumentar la productividad.

Tiempo más tarde me enteré que esta nueva técnica, efectivamente, estaba permitiendo aumentar la producción agrícola en todo el país, pero a medio plazo empobrecía el suelo y contaminaba ríos y acuíferos.

Pasamos a recoger las semillas de millo en la finca de un tercer interesado. Yo estaba asombrado con la cantidad de personas que intervenían en algo tan aparentemente sencillo como sembrar unas pocas hectáreas de terreno. Se trataba del viejo Polaco, así llamado por su aspecto rubio y blanquecino, pese a que, según me comentaba Julival, fuera descendiente de portugueses; disponía de un precario cobertizo a modo de granero donde almacenaba grandes cantidades de semillas. Los agricultores de la zona se servían de él para adquirir en comunidad grandes cantidades de semillas y poder negociar así mejores precios de compra, un servicio por el que el viejo, como es lógico, se llevaba también una pequeña tajada. Entre todos cargamos los sacos hacia el tractor y los vaciamos en los depósitos de la sembradora, unos quince, creo. Yo intentaba mantener la compostura, cada saco pesaba 30 kilos, los demás parecían cargarlos como si nada, sobre todo el viejo Polaco, que incluso a su edad se mostraba vigoroso y fuerte, vamos, a mí me daba diez vueltas. Luego Darcí se puso a discutir algunos detalles sobre cómo iba a ejecutarse la siembra, momento que aproveché para desenfundar mi cámara y sacar algunas fotos. Me concentré en capturar primeros planos de los rostros adustos de aquellos agricultores de piel castigada por la intemperie, sus miradas endurecidas y melancólicas, sus gestos tendentes a la resignación de lo que parecía un destino o una potencia —Dios, la Naturaleza— muy por encima de ellos. Podía hacerlo sin que resultara intrusivo, discretamente, gracias al zoom de mi cámara; en ese momento agradecí de todo corazón los valiosos consejos de Jacob.

Abastecida la sembradora de suficiente grano, nos dirigimos al terreno que iba a ser cultivado, calculo que tendría unas cinco o seis hectáreas, no muy lejos de allí. La mañana ya iba alta y el sol comenzaba a apretar. La idea de Darcí era comenzar cuanto antes, pero Celso, a quien le gustaba darse importancia, todavía se entretuvo lo suyo seleccionando platos dentados, piñones y otros ajustes de la sembradora; insistía mucho en lo difícil que era dar con la combinación adecuada y de los años que había invertido en comprender todos los detalles técnicos de tan intrincado mecanismo. Tuvimos que hacerle un poco la pelota para que se diera prisa. Por suerte los alrededores estaban repletos de flores silvestres, algunas de gran belleza, y pude matar el tiempo sacando instantáneas en formato macro. Estaba tan entretenido que no me di cuenta de que el tractor había dado inicio a la siembra, Darcí y Julival iban encima de la sembradora y me hacían señales. En efecto, sembraban directamente encima de los matorrales. Aquello me sorprendió un poco, pese a que ya estaba advertido. Hacía por lo menos dos semanas que no llovía, de manera que el tractor levantaba una nube de polvo impresionante. A cada poco rato, sin embargo, se detenían y Darcí y Celso escarbaban la tierra para comprobar que la semilla estaba cayendo según lo proyectado, era un trabajo duro y minucioso.

Cuando di por mí y miré el reloj di un respingo, era la una y media ¡y tenía que estar en casa de dona Marilha a las dos para la foto de Milton! Salí corriendo tras el tractor y le grité a Julival que tenía que marcharme enseguida. Él se rio al recordar mi compromiso con Elaine, simplemente me dijo «vas con retraso, ¡corre!», y soltó una carcajada maliciosa. Supongo que pensaba que me lo tenía merecido por las penurias que le hacía pasar con mi cámara.

Tenía que cubrir unos dos kilómetros y medio, no me quedó más remedio que ir a la carrera. Hacía un sol de justicia y tenía que limpiarme a cada poco el sudor de la frente. Nada más divisarme en el camino Elaine empezó a hacerme señales para que me diera prisa. Llegué ahogado de cansancio, me sentía incapaz de articular palabra. Sin perder tiempo desfundé mi cámara y me dispuse a esperar el minibús, estaba empapado en sudor. Los minutos transcurrían lentos, todos permanecíamos en suspense. «Tiene que llegar de un momento a otro», dijo Elaine. De pronto emergió de una curva la figura tranquila y despreocupada de Milton. Venía a pie. Elaine me explicó que cuando faltaba a clase el chaval que vivía unos kilómetros más adelante, el chófer, para ahorrar tiempo, solía dejar a Milton en la finca del vecino, donde se apeaba el hijo de este. Para no quedarme con más cara de idiota de lo que ya estaba aproveché para sacarle unas fotos a Milton, ataviado con la camiseta de un equipo de fútbol local y la mochila del colegio.

Julival apareció una hora después, nos contó que lo de la plantación probablemente le ocuparía a Darcí la mayor parte del día. Él y Celso almorzarían en la casa del dueño del terreno. Nosotros también nos disponíamos a almorzar cuando vimos a doña Marilha bajar a toda prisa desde lo alto del valle. Llegó como un huracán —pese a su edad era sorprendentemente ágil—, hablaba con dificultad debido al esfuerzo, dijo: «se ha cumplido el plazo», unas palabras que no tenían el menor significado para mí. Sin embargo, me cogió por el brazo y me conminó a que la siguiera sin demora con mi cámara. Yo me sentía absolutamente anonadado, ¿qué estaba sucediendo?, «aquí no hay un minuto de sosiego», pensé, «menudo fraude». Elaine se levantó con júbilo y me explicó que una de las vacas estaba pariendo. Salimos todos disparados detrás de doña Marilha, subía la ladera del valle como si tuviera quince años, a mí me arrastraba del brazo como a un saco de papas, tropezaba y resbalaba torpemente, me sentía protagonista de un triste espectáculo. Encontramos a la vaca medio oculta tras unos matorrales. Enseguida se puso en alerta cuando percibió nuestra presencia. En lo primero que me fijé fue en sus enormes cuernos, quise saber por qué nadie se los había cortado como se supone debía hacerse; todos se me quedaron mirando como si hubiera dicho algo carente de sentido. Esta vez fue Marlí quien se me acercó y me susurró que allí no disponían de dinero para ese tipo de cosas, vamos que ni siquiera se planteaban algo semejante. Dicha apreciación me hubiera resultado obvia si no fuera por lo nervioso que me encontraba ante el intimidatorio aspecto de aquel animal enorme. Doña Marilha se mostraba especialmente impaciente por que empezara de una vez a sacar fotos. Me dijo que me

acercara despacio, según ella la vaca era muy mansa y no había peligro. Iba a explicarle que la cámara disponía de un zoom estupendo y que podía arreglármelas perfectamente desde donde nos encontrábamos, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra ella y Elaine me agarraron por los brazos y me empujaron en dirección a la bestia. «¡Olé el toro!» escuché decir a Julival en tono jocoso, me giré y le dirigí una mirada de pocos amigos; no es que desprecie correr riesgos de vez en cuando, me sigue gustando embarcarme en aventuras, pero siempre y cuando tenga algo que ofrecer, y allí no había nada que retratar. Empecé a tragar saliva, la vaca me miraba fijamente, pero bueno, parecía que no tenía elección, de modo que preparé la cámara y empecé a sacar fotos. La idea era coger al becerro saliendo del cuerpo de la madre, pero era evidente que nuestra presencia estaba impidiendo que el proceso de dar a luz se desarrollara con normalidad, era evidente que la vaca se sentía cohibida, vamos, yo al menos me hubiera sentido de ese modo, así que decidimos regresar a la casa y dejar al bicho en paz con sus cosas.

Al cabo de unas horas me hicieron subir de nuevo, por lo visto el ternero ya había nacido. Regresé a lo alto del valle con cierta resignación; allí estaba, todo ensangrentado y tumbado en el suelo. Se había armado cierto alboroto a su alrededor, todos los animales de la granja habían acudido llenos de curiosidad a recibir al nuevo visitante. La luz del atardecer era magnífica, de modo que no perdí más tiempo y empecé a sacar instantáneas, todas muy tiernas, con la madre lamiendo al ternero, este intentando ponerse de pie... La cosa se complicó un poco, no obstante, cuando doña Marilha se empeñó en espantar a los demás animales para que, según decía, no le robaran el protagonismo al ternerito en las fotos. Las más reticentes fueron las gallinas, contra estas doña Marilha tuvo que emplearse a fondo, les tiraba piedras y palos y las perseguía sin piedad.

En esas estábamos cuando llegó Darcí, lleno de polvo hasta las cejas de su abnegada labor con el tractor. Aparentaba estar cansado como un perro, pero se sentía dichoso de poder recibir otra cría en la granja. Si todo salía bien, nos decía animado, podrían conseguir una buena suma de dinero por el ternero cuando creciera. Cuando nos dimos cuenta se nos hizo la noche y nos dispusimos a regresar, pero Darcí se empeñó en que nos quedáramos hasta que la vaca expulsara la placenta y se la comiera, «va a ser una foto imperdible», aseguraba. Yo le miré con detenimiento para certificarme que no me tomaba el pelo, y lo peor fue comprobar que hablaba absolutamente en serio, incluso parecía emocionado. Pero bueno, ¿para qué rayos iba yo a querer ver a una vaca comiéndose su propia placenta? Me resigné de nuevo, qué otra cosa podía hacer. Fuimos en busca de unas linternas, pero cuando regresamos la vaca y el ternero se habían esfumado. Empezamos a buscarlos en la oscuridad hasta que dimos con ellos, no muy lejos de allí. Fue una larga espera. Darcí parecía inmune al cansancio, se mantenía en la máxima expectación. Me acerqué a Julival y le susurré que a qué venía tanto interés por una escena que, de seguro, ya había presenciado más de una decena de veces. Julival me miró con verdadera lástima: «lo

está haciendo por ti, él cree que se trata de algo que te interesa fotografiar». Me sentí culpable, el pobre de Darcí, pese al cansancio acumulado después de una jornada agotadora trabajo, aún era capaz de un último sacrificio en favor de alguien a quien ni siquiera conocía del todo. Reconozco que me invadió un sentimiento de afecto por aquel hombre franco y sencillo, al tiempo que emergía desde mi interior una profunda vergüenza al reconocer lo egoísta que había sido.

Allá por las doce de la noche la vaca, finalmente, soltó la placenta. Me quedé impresionado por su fuerte color violáceo. Abrí al máximo el diafragma, puse la ISO a tope y bajé la velocidad de obturación todo lo que pude, teniendo en cuenta que no contaba con un trípode. Por suerte teníamos la luz de las linternas. Tal y como había predicho Darcí el animal empezó a comerse su propia placenta. Las fotos no quedaron del todo mal, a pesar de las dificultades. Se lo agradecí a Darcí de todo corazón, una inmensa sonrisa se dibujó en su rostro.

Cuando por fin llegamos a la casa me sentía agotado, aunque no con derecho a manifestarlo públicamente, hubiera sido una falta de delicadeza para con aquella gente trabajadora y sacrificada. Me estaba imaginando con gran realismo, hasta el punto ya de poder sentirlo, caer en la cama y no levantarme hasta bien entrada la mañana siguiente cuando escuché con sobresalto una voz queda, pero firme, a mis espaldas. ¿Será la voz de mi mala conciencia?, pensé confundido. Se trataba de Elaine, que, como un espectro venido del más allá, me esperaba pacientemente sentada en la cocina con su caya de mate. Me recordó con su mirada implacable y atemorizante que debía levantarme temprano al día siguiente para hacerle la foto a Milton con el minibús. Me quedé aterrado, me vino a la cabeza la imagen de un alma en pena persiguiéndome por mis pecados por toda la eternidad. Pero no había nada de eso: la expresión de Elaine, en el fondo y más allá de su dureza, una dureza esculpida por años duros en aquellas tierras, rezumaba dulzura y serenidad; me lo pedía encarecidamente, aunque no salieran esas palabras de su boca. Le sonreí y le dije que no se preocupara.

Eso fue lo que le dije, pero lo cierto es que quien estaba corroído por la preocupación era yo. Solo me quedaban dos noches para marcharme y sabía que no podía traicionar la confianza que aquella buena mujer había depositado en mí. Elaine se quedó sentada en la cocina hasta que me recogí a la habitación; cuando pasé por delante de ella desde el aseo me despidió con una casi imperceptible inclinación de cabeza. Me miraba fijamente, de una forma misteriosa (quizá porque lo hacía sin tapujos ni dobleces). Yo volví a sonreírle, muerto de miedo.

Ocho

Casi no pegué ojo en toda la noche. Me asaltaban pesadillas en las que veía a Elaine llorando amargamente por haberme quedado dormido y no haberle sacado la foto a Milton, o entonces se me había olvidado cargar la batería de la cámara y aun así, por complacerla, fingía habérsela sacado, pero luego todos descubrían mi mentira y me odiaban como a unapestado. No pude evitar levantarme de madrugada y revisar la máquina para comprobar que todo estaba bien. Fue horrible. Aún era noche cerrada cuando escuché los primeros ruidos vespertinos de la casa. Me tiré de la cama, me vestí a toda prisa y salí como un loco cámara en mano. En la cocina estaba doña Marilha prendiendo la leña para calentar agua para el mate, siempre era la primera en levantarse. Irrumpí con brusquedad, con urgencia, atemorizado. Doña Marilha se asustó al verme en aquel estado, se quedó paralizada con un trozo de rama seca encendida en la mano. «¿Milton, dónde está, ya se ha marchado!?!», le pregunté casi con desesperación. Doña Marilha me miraba con verdadera lástima: «Todavía es muy temprano. Anda, ve a lavarte y luego te tomas un mate para que te ayude a despertar», me contestó afablemente. Cuando regresé Elaine compartía la cuya de mate con doña Marilha, me la extendió en silencio con una leve sonrisa. Al parecer no había mucho de lo que hablar, así es que nos limitamos a sorber la bebida caliente sumidos en nuestros pensamientos. La situación podría parecer incómoda, pero lo cierto es que aquella gente no tenía necesidad de artificios; hablaba cuando tenía que hablar y callaba cuando era menester hacerlo o no había nada que decir.

Al poco rato apareció Milton, ya vestido, con su sonrisa adolescente y despreocupada. Le envidié, era una lástima que tuviéramos que hacernos adultos para darnos cuenta de lo intrínsecamente hermosa que es la adolescencia. Se sentó con nosotros a mordisquear sin muchas ganas un trozo de pan casero untado con mermelada.

De repente Elaine me lanzó una mirada tensa; en la lejanía se escuchaba el ruido de un motor aproximándose. Era el minibús. Salimos todos corriendo, me colgué la cámara al cuello y me dispuse rápidamente a captar la escena, esta vez no se me iba a escapar. El minibús paró en la entrada de la finca y Milton, antes de embarcar, posó para mí unos instantes para que pudiera retratarlo al lado del vehículo. Ya está, pensé, ahora puedo por fin relajarme. Me acerqué a Elaine y le enseñé orgulloso en el pequeño monitor de la cámara la foto que acababa de hacer. Ella la contempló atentamente, pero su reacción no fue la que yo esperaba, parecía muy seria, algo le disgustaba. Por fin me lo confesó, «no se ve a Miltoninho subiendo». No, no se le veía subiendo, porque la puerta del minibús quedaba del lado contrario de donde nos habíamos posicionado; hubiera tenido que cruzar la carretera de tierra para lograr esa perspectiva. Sinceramente, no se me había ocurrido, ni siquiera que ese pequeño detalle tuviera alguna trascendencia. Estaba claro que para Elaine lo tenía. Su rostro mal podía ocultar su decepción, yo empezaba a desesperarme, hasta se me había

formado un nudo en la garganta. «Bueno», dije forzando una sonrisa, «cuando regrese el minibús después del mediodía podremos captarlo desde la perspectiva correcta, estaremos bien situados ya que vendrá desde el lado opuesto». Elaine también forzó una sonrisa, no pude evitar notar, sin embargo, que desde sus ojos emergía una sombra de tristeza. Me dio un vuelco el corazón, me preguntaba angustiado por qué había tenido tan mala suerte a la hora de cumplir con algo tan simple.

Julival había decidido aquella mañana acompañar a Darcí hasta la ciudad; en realidad lo que sucedía era que Julival casi estaba obligando a su hermano a ir con él; iban a tantear algunos contactos para intentar vender los melocotones que ya pesaban, maduros, en las cargadas ramas de los árboles que tenían plantados y eran pasto de los ataques despiadados de los pájaros, haciendo que se incrementara el balance de pérdidas a cada día que pasaba. Julival se desesperaba con Darcí, no entendía por qué no actuaba con más resolución, por qué aceptaba prolongar con tanta pasividad situaciones en las que el paso del tiempo obraba tan inexorablemente en su contra, opinaba que aquellos melocotones debieron haberse vendido hacía por lo menos una semana y que las pérdidas eran considerables. Le enervaban las quejas fatalistas de su familia; a su juicio era su desidia la causante de la permanente penuria en que vivían. No me apetecía lo más mínimo verme envuelto en rencillas familiares, de modo que decidí quedarme. Además, había asumido el firme compromiso de no alejarme demasiado, no quería correr el riesgo de perderme la vuelta de Milton y volver a defraudar a Elaine. Esa posibilidad me aterraba, pese a que me aseguraron que estarían de regreso para el mediodía. Decidí no arriesgarme y argüí como excusa los muchos compromisos que me habían impedido bajar hasta el río a hacer fotos, lo cual no dejaba de ser cierto; en fin, me parecía una buena forma de aprovechar la mañana y, de paso, escabullirme un poco. Nadie se opuso, es más, casi no me prestaron atención, sumidos como estaban en sus discusiones. Por primera vez desde que llegué a la finca me sentí en plena libertad para hacer lo que me viniera en gana; salí discretamente de la casa y enfilé hacia el río, ligero como una pluma.

Cartografié a fondo el camino con mi cámara; una flor, un insecto, un pájaro, animales varios, distintas tonalidades de verde... Las posibilidades eran infinitas, me sentía en mi salsa; un poco de soledad era todo lo que necesitaba para sacudirme la presión que la excesiva hospitalidad de la familia de Julival había provocado en mí. Demoré mi llegada al río todo lo que pude, saboreé hasta el extremo el camino y sus alrededores. De haber alguien conmigo se habría desquiciado (de haber sido Julival se habría colgado de un árbol).

El rumor del río iba acercándose vagarosamente, su voz era tan perezosa y seductora como el ánimo que tan dulcemente había tomado cuenta de mi ser. Todo me parecía imantado de una deliciosa languidez. Me abrí paso entre los últimos árboles que cerraban el acceso al río. El sol de la mañana iba alto y diáfano en un cielo apenas perturbado por alguna nube distante; se reflejaba en la plácida corriente

centelleando y ofuscando la vista, parecía que las aguas estuvieran hechas enteramente de luz dorada. Aquel fulgor tan intenso, como salido de un cuento de hadas, me hizo entrecerrar los ojos y protegerlos con la sombra de la mano. Sabía que, manipulando la cámara con cuidado, podía obtener una foto magnífica. La saqué de la funda y empecé a hacer los ajustes que creía necesarios. En el momento de enfocar, sin embargo, algo me detuvo. Apreté aún más la vista, luchando contra el halo cegador de luz que emanaba del río; con alguna dificultad distinguí lo que parecía, a distancia, una figura humana caminando sobre las aguas. ¿Una aparición? Dudé de mis sentidos. Intrigado, decidí acercarme por la ribera. Lo que vi me llenó de maravilla. Un ángel, un hada vestida de blanco saltaba graciosamente y con agilidad apoyándose en las piedras poco profundas e invisibles a la vista, en lo que era sin duda un vado que atravesaba el río. Me miró a los ojos con una sonrisa de niña traviesa tan auténtica e inocente que me quedé paralizado. Levanté mi cámara y retraté extasiado aquel milagro extraordinario nacido de la luz.

Era Marlí, había bajado al río sin que nadie se percatara. Pero no era ella, estaba distinta. O, mejor dicho, era más ella que nunca —Marlí niña—, como nunca la había visto antes. Una emoción profunda se abrió camino violentamente desde mi interior, amenazaba con desbordarme. Me enamoré de ella en ese preciso momento —si es que no lo estaba ya—, tan fulminantemente como un rayo, y supe con meridiana certeza, con tanta claridad que no pude evitar un sentimiento de temor, que mi corazón le pertenecería para siempre. Estaba turbado, no podía articular palabra, se diría que era aún un adolescente y estuviera descubriendo el amor por vez primera. Marlí vino en mi dirección y me tendió una mano, «ven, tonto, solo te vas a mojar los tobillos». Descalcé las zapatillas y obedecí, entregado, sin voluntad, tal y como si hubiera sido víctima de un hechizo, o justamente porque lo había sido en verdad. En efecto, las piedras estaban muy próximas a la superficie pero el reflejo del sol las ocultaba, de modo que había que ir tanteando con la yema de los pies y con cuidado para no resbalar. Marlí, sin embargo, parecía poseer un sexto sentido, sus pies ligeros, milagrosamente, siempre encontraban apoyo sin apenas esfuerzo. Ella me guiaba con delicadeza, parecía divertirse con mis torpes movimientos; mi mayor inquietud era la cámara, colgada como siempre en mi cuello. Llegamos hasta unos salientes de piedra situados en medio de la corriente y allí nos sentamos. Estuvimos un rato contemplando las hipnóticas aguas del río, dejando que nuestros pensamientos fluyeran y se fundieran en ellas. Pensé en que podíamos permanecer de ese modo durante el resto de nuestras vidas, hasta que el olvido borrara nuestros nombres y nuestro pasado.

De pronto, Marlí rompió el silencio y empezó a hablarme de su tierra natal y de cuando era niña. Provenía del interior de Paraná, de una familia muy humilde. Me contó que su niñez estaba ligada a un río como aquel. Pasaba a poca distancia de su casa, era el lugar donde jugaban en verano y pescaban y del cual guardaba los mejores recuerdos de su vida, «éramos felices», me decía con una voz dulce

levemente estremecida por la emoción. «Luego tuve que marcharme, mis padres eran muy pobres y éramos nueve hermanos, también ellos tuvieron que marcharse antes que yo a medida que iban cumpliendo la mayoría de edad. Tuvimos que buscarnos la vida en la ciudad. No fue fácil, la angustia de entonces nunca me ha dejado... todavía tengo pesadillas por las noches. Mi único consuelo era volver a casa de vez en cuando, volver al río, a mi esencia; el arrullo de sus aguas era como una voz que me hablaba y reconfortaba. Conozco cada piedra de ese río, cada recoveco, es el único sitio donde me sentía ser yo misma». Le dije que en aquel instante ella debía estar tan auténtica y hermosa como si estuviera en su propio entorno. Apartó la mirada. Me contó que hacía años que no regresaba a la casa de sus padres. «El río está muerto», en su voz había una nota de profunda tristeza. «Lo han matado los pesticidas y la deforestación. Ya no soy capaz de volver, se me enferma el corazón; todos nuestros antiguos vecinos se han marchado, ya no queda nada. Mis padres viven gracias a una mísera ayuda del estado, no creo que duren mucho».

—Tengo miedo, no sé por qué ni de qué... A lo mejor es que ya no tengo un hogar adonde regresar.

Me preguntó si eso me parecía una tontería, propio de alguien oriundo del interior como ella. Había lágrimas en sus ojos. No sé qué se me pasó por la cabeza, por qué no me contuve, mi corazón palpitaba con fuerza desbocada; acerqué mis labios a los suyos y la besé. Ella no se resistió, me aceptó cálidamente. Mantuvimos unidos nuestros labios durante lo que a mí me pareció una eternidad, una vida entera. Luego bajó la cabeza, no era capaz de mirarme a los ojos. Temblaba. Ambos temblábamos, «llévame contigo», me suplicó al oído, acariciándome el rostro. De repente se levantó, parecía confusa, avergonzada. Me pidió perdón, aquello no tenía que haber sucedido. Amagó un principio de llanto y se fue apresuradamente, flotando sobre las aguas. La vi correr por la ladera hacia la casa. No podía creer lo que había pasado, todo parecía demasiado irreal, como si hiciera parte de un sueño. Pero enseguida caí en la cuenta de que era justo lo contrario. Había despertado a la realidad del mundo por primera vez y al sufrimiento que penetra todo lo sensible. Sentí como algo vivo una desconcertante confusión, un miedo aterrador hacia el nuevo horizonte de incertidumbre que abría aquel beso. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Debía disputar el amor de Marlí a mi amigo Julival? Pero ¿cuáles eran sus propios sentimientos acerca de Marlí? Sentía un dolor horrible oprimiéndome el pecho, yo que presumía estar por encima de todo, que pretendía ser tan fuerte que nada me afectaba. Me di cuenta de lo inmaduro que había sido hasta entonces, no tenía ni la menor idea, era patético. Ahora, para mi estupor y sorpresa, me percibía más despierto de lo que había estado nunca, pero cómo dolía tomar conciencia de las cosas... Era casi insoportable. ¿Dónde había estado todo aquel tiempo? Seguramente protegiéndome del mundo con mi inmadurez, con mi falsa confianza y desparpajo, fingiendo ser alguien que en realidad no era.

Me levanté maquinalmente, casi guiado por mi instinto de fotógrafo, y dediqué el

resto de la mañana a sacar fotos del río, caminando con torpeza por entre sus piedras, aferrándome a lo único que para mí aún tenía sentido, la fotografía. «Esto es la vida», me decía a mí mismo con un nudo en la garganta que ya no volvería a deshacerse. Era un pesar sutil pero profundo, como una música triste tocando en segundo plano, que se convertiría para siempre en mi compañero de camino para bien o para mal, «esto es la vida».

Mi mundo se derrumbaba como un castillo de naipes.

Nueve

Por fin las fotos de Milton junto al minibús de la escuela habían quedado al gusto de Elaine, esta vez supe situarme en el lugar correcto (me preguntaba por qué me costaba tanto trabajo estar en el lugar correcto). Miraba radiante las imágenes a través de la pequeña pantalla de la cámara. Suspiré aliviado, me quitaba un gran peso de encima; aunque la verdad es que me sentía muy complacido, había hecho feliz a aquella sencilla y buena mujer. Le dije que iba a pasar las fotos al ordenador de Milton y que luego solo tenía que llevarlas a cualquier tienda de revelados con un lápiz óptico; su gesto empezó a torcerse, pero la tranquilicé asegurándole que Milton sabía cómo hacerlo. Me dijo que la próxima vez que fueran a la ciudad iba a comprar un bonito portarretrato, estaba ilusionadísima.

Al día siguiente teníamos planeado partir hacia Curitiba por la mañana temprano, unas hermanas solteras de Marlí nos habían ofrecido su casa para quedarnos, pero yo me preguntaba qué sentido podría tener continuar el viaje, sabiendo lo difícil e incómodo que me iba a resultar ocultar mis sentimientos. Julival era mi amigo, me repetía continuamente, tenía la obligación de respetarle. Y, sin embargo, ¿en qué consistían mis esperanzas?, ¿en intentar algo a sus espaldas? Todo daba vueltas en mi cabeza. No, me dije, inventaría una disculpa cualquiera y adelantaría mi vuelta, pero no se me ocurría nada creíble que pretextar, quizá lo más sensato hubiera sido huir de allí lo antes posible sin dar explicaciones y sin que nadie me viera, pero ¿cómo hacer una cosa así sin sembrar una gran conmoción y herir los sentimientos de aquella noble gente? ¿Qué pensarían de mí? El remordimiento y las dudas me devoraban por dentro. Por suerte Marlí alegó estar indispuesta y no se reunió con nosotros a la hora del almuerzo, me aterraba la sola posibilidad de que nuestras miradas pudieran cruzarse, esto me permitió ganar un poco de tiempo, de todos modos no me abandonaba la sensación de lo inevitable del abismo al que me estaba acercando.

Después de comer me senté en el porche a reflexionar, lo único que me apetecía era estar a solas. Elaine, como siempre pendiente de mí, intuyó que me ocurría algo, de modo que se me acercó con un tazón de infusiones. «Otra vez tienes mala cara; toma, bébete esto, no quiero que lo pases mal mañana en el viaje». Esta vez no me importó el sabor desagradable de la bebida, me la tomé sin pensarlo, y lo cierto es que me hizo sentir mejor, le di las gracias de todo corazón.

Por lo visto se había corrido la voz de que me encontraba indispuesto, Julival vino a hacerme compañía mostrando algo de preocupación. Le aseguré con todo el convencimiento que fui capaz de reunir que me encontraba bien, aunque mi corazón latía a mil por hora, atormentado por la idea de que pudiera desconfiar de lo ocurrido en el río con Marlí. Unos minutos de charla con él me hicieron descartar ese temor, sin embargo conocía a Julival y sabía que en su ánimo anidaban otros motivos además de su sincera preocupación por mi salud. Me contó que Darcí se había enfundado su traje de apicultor y había ido a recolectar miel; la forma que tenía mi

amigo de entrar en materia a veces me sacaba de quicio, se dedicaba a dar rodeos, a mi parecer, absurdos en lugar de ir directamente al grano. Esta vez me sentía en deuda con él, así que me dediqué a escucharle con más paciencia que de costumbre. La incorruptible paciencia ante la inexorable languidez del tiempo, la lenta cadencia del pulso de las horas, era como un hilo que recorría las costuras de cuantos acontecimientos se sucedían en aquellos apartados parajes. Se tenía la certeza fatal de que cada cosa acababa encontrando un hueco en el enorme paño de retales que era la vida, muchas veces en contra de la voluntad de los hombres. Comprendí a Julival, era hijo de aquellas tierras tanto como el omnipresente rumor del río, contoneándose con idas y venidas entre las irregulares siluetas de los valles y desembocando en otros ríos antes de dar al lejano océano.

El caso era que Darcí, fue desgranando mi amigo, había observado lo mucho que me gustaba la miel, en concreto me escuchó comentando lo superior que me parecía aquella miel intensamente aromática en relación con la mejor que pudiera encontrarse en Gran Canaria. Había bastado esa frase sin importancia para que él cogiera sus pertrechos y fuese a la zona donde tenía sus colmenas, renunciando a la siesta que invariablemente solía hacer a aquella hora. «No es que no tenga suficiente miel guardada, es que desea ofrecerte la miel más fresca posible, la de mejor calidad; seguro que la sacaré de las mejores colmenas». Julival sonreía con una expresión maliciosa, sabía que esa información me haría sentir culpable. Yo me encogí de hombros y abrí los brazos, no sabía que decir. «Solo te digo eso para que lo tengas en cuenta cuando te obsequie la miel, seguramente te ofrecerá un balde de diez kilos, quiero decir, no se te ocurra rechazarla, aunque de hecho sea una exageración, ya la compartiremos con las hermanas de Marlí en Curitiba». Luego se me quedó mirando largo rato con esa sonrisa burlona suya y me dijo: «no parece que estés tan mal, lo que pasa es que eres un europeo remilgado... venga, levanta el culo, un poco de trabajo te hará bien». Me explicó entonces que había ayudado a Darcí a cerrar un trato para vender veinte cajas de melocotones a un mayorista; estaba esperando a que nos marcháramos para realizar la entrega con la ayuda de un conocido, con quién tenía que llegar todavía a un acuerdo, «¿pero qué mejor forma de recompensarle por todo lo que ha hecho por nosotros que recolectándole la fruta?, además, eso te hará sentir menos culpable», y soltó una carcajada maliciosa. Buscamos unos sombreros de paja y nos pusimos en marcha, los melocotoneros estaban muy cerca de la casa.

Pretendíamos que fuera una sorpresa, pero de hecho se nos unió la familia al completo: Elaine, Milton, Josemara, doña Marcilha e, inesperadamente, Marlí, al parecer ya recuperada de su jaqueca —por supuesto, Elaine se atribuyó el mérito, le había hecho tomar una tisana de las suyas. Me quedé paralizado, sobre todo porque me pareció que estaba hermosísima, también con un sombrero de paja y unos pantalones remangados—. Pasó a mi lado extrañamente risueña, luego se giró y se me quedó mirando enigmática. «Qué, ¿no vas a hacerme una foto?». La pregunta me cogió completamente desprevenido, las palabras que pretendía emitir como respuesta

se me atragantaron, debí quedarme con la boca abierta y cara de tonto. Por fortuna doña Marilha me sacó del atolondramiento, «¡no me digas que no has traído la cámara!». No, no la había traído. Todos guardaron silencio, como si con esa omisión hubiera cometido un pecado mortal. Me sonrojé, aún más de lo que ya estaba. Con un gesto avergonzado me disculpé y regresé a por la cámara. Luego todos nos reímos cuando doña Marilha, sin atisbo de piedad alguna, recriminó severamente mi absoluta falta de cuidado con las cosas, ¿cómo se me había ocurrido salir sin mi cámara?, y si resultaba que a ella se le antojaba que yo retratara algo ¿qué se suponía que iba a hacer? Además, siguió diciendo, no podíamos siquiera pensar en marcharnos sin dedicarle a los melocotoneros una sesión de fotos como mandaba el Altísimo.

Tenía razón. La visión de los melocotoneros cargados de fruta madura bajo el cálido sol de la tarde era esplendorosa. La sombra que proyectaban era fresca y acogedora, impregnada del aroma dulzón de la fruta madura, me pareció deliciosa. Inmediatamente me colgué la cámara al cuello y empecé a sacar fotos, doña Marilha no cejaba en su empeño de conducir el foco del objetivo hacia lo que ella estimaba de interés. «Pero ¿para qué te acercas tanto?, vas acabar estropeando esos melocotones, mira, sácales una foto a Milton y Elaine, ahí juntitos subidos al mismo árbol, eso sí que es una belleza, madre e hijo...». Yo, mientras tanto, intentaba sacar una macro de un racimo con los rayos del sol iluminándolo desde atrás, no podía entretenerme mucho, tenía que estar pendiente de atender las insistentes e inapelables peticiones de doña Marilha, si no ya se encargaba ella de cogerme por el brazo y «obligarme».

Aunque había intentado evitarlo, algo me impulsó a acercarme a Marlí. Se había encaramado, ya en plena faena recolectora, a una de las pequeñas escaleras de madera que habíamos traído con nosotros. Intentaba alcanzar una rama cargada de fruta, «oye», me llamó señalándola, «¿puedes subir aquí y atraerme esa rama hasta mi altura?». Obedecí solícito, aunque la situación que se creó entre nosotros fue bastante incómoda y no exenta de determinada tensión cuando mi cuerpo reaccionó con un estremecimiento explícito al roce fortuito contra su incitante cuerpo, delicado y hermoso, mientras subía a su misma escalera y tendía un brazo por encima de su cabeza dejando que sus cabellos pelirrojos se derramaran sobre mi rostro. Sujeté la rama y se la alcancé con cuidado; mientras ella extraía la fruta y la depositaba en la cesta que llevaba colgada del otro brazo no pude evitar aspirar, extasiado, su aroma corporal. Era tan intenso y sensual como el aroma de los melocotones. Cerré los ojos, estaba embebido de ella, casi podía sentir su sabor en mi boca, noté cómo se aceleraba su respiración, nuestros corazones ardían de deseo, «estoy perdido», pensé, «esto no me puede estar sucediendo». Involuntariamente emití un leve gemido, todos los demás se volvieron hacia mí, me quedé tan desconcertado que perdí el equilibrio y caí sobre la tierra blanda. Se formó un breve silencio, me ruboricé hasta el tuétano, sentí ganas de salir corriendo y perderme para siempre.

La vergüenza por quedar expuesto a tan ridículo espectáculo quedaba

compensada en parte por su salvadora conveniencia, las cosas entre Marlí y yo se habían descontrolado de una forma que no pudimos prever. Los demás, no obstante, tras comprobar que no me había pasado nada, irrumpieron en una sonora carcajada, Julival tuvo que bajarse del árbol donde se encontraba tal era el ataque de risa que le había dado, «ja, ja, está visto que no sirves sino para hacer el tonto con tu cámara». Aquello era como una pesadilla. Marlí, mientras tanto, visiblemente turbada, intentaba disimular con una sonrisa nerviosa, me daba cuenta de que no sabía muy bien qué hacer, sus ojos emitían un brillo insinuante de lágrimas pero solo yo sabía que eran fruto de la tristeza y, quizá, de la culpa. Nuestras miradas se encontraron. Sentí morirme. Me surgió la imperiosa necesidad de decirle algo, pero dadas las circunstancias no había mucho que pudiera decir (salvo: «te quiero, estoy loco por ti»). Fue ella quien sin embargo bajó la mirada y, ahogándose en un susurro, en un tono de voz cuyo quebranto fui el único en captar, dijo algo que definitivamente me hizo zozobrar: «quédate con nosotros, deberías plantearte no regresar a las Canarias».

Me quedé desencajado, todavía sentado en el suelo, con la cabeza dándome vueltas. ¿Qué implicaba aquel «nosotros»? ¿Se trataba quizá de un mensaje velado, de una puerta abierta a un futuro entre los dos? «Es que parece tan bien integrado aquí...», dijo dirigiéndose a los demás para disculpar la atención que su comentario había despertado, «es como si nunca se hubiera marchado, no sé explicarlo...». Luego se giró y siguió recolectando fruta como si no hubiera sucedido nada, su encanto natural incitaba a rendirse ante ella sin hacer preguntas, se le podía perdonar cualquier cosa. De repente, me invadió una clara y certera premonición del desastre: mi historia con Marlí, lo que quiera que fuese, si es que era algo, Julival mediante, aquella finca, e incluso el río —quizá más el río que cualquier otra cosa—, no podía terminar bien. Ella también lo sabía. Pero ninguno de los dos parecía ya poder —o querer— evitarlo.

«Entonces, qué, ¿vas a sacarme esa foto o no?», dijo de pronto Marlí, pretendiendo dar un aire de naturalidad a aquella situación ya un poco forzada y absurda que se había creado entre nosotros. Bajó del árbol y se dispuso a posar para mí. No tenía elección, o de eso intentaba convencerme, lo único que podía hacer era seguir el juego e intentar que los demás no notaran mi rubor. Sabía que lo más sensato era no seguir alimentando esa especie de coqueteo velado que habíamos iniciado y evitar males mayores, pude haber inventado una excusa y haberme marchado a la casa a, yo qué sé, curarme supuestas heridas a causa de mi caída, pero ¿quién deseaba ser sensato? ¿Para qué sirve la sensatez si no es para alimentar la frustración?, me preguntaba consciente de mi propio cinismo. No podía pensar con claridad (¿quería hacerlo?). Sacudí la cabeza como queriendo desembarazarme de cuanto me atormentaba.

La cámara había rodado por el suelo, por fortuna no le ocurrió nada, doña Marilha me miraba preocupada, «hay que tener cuidado con las cosas», dijo por lo bajo visiblemente contrariada, hubiera sentido más que yo mismo que se hubiera

estropeado. Me levanté, resignado, y me sacudí la tierra de los pantalones, empuñé la cámara y pulsé el disparador sin prestar demasiada atención a lo que estaba haciendo, Marlí ensayaba poses de modelo a las que intentaba prestarle cierto toque de humor, a mí me temblaban las manos. Julival se acercó con curiosidad para ver el resultado en la pantalla del dispositivo, «están todas fuera de encuadre, ¡menudo fotógrafo de pacotilla estás hecho!», creo que se había puesto celoso (¡quién podía reprochárselo!). Me descolgó la cámara del cuello y procedió él mismo a sacarle fotos a Marlí. Les di la espalda y me puse a recolectar melocotones, no tenía ganas de pensar en nada ni de hablar con nadie.

Terminamos bien avanzada la tarde, pero habíamos trabajado bien, estábamos satisfechos. Darcí se pondría muy contento. Cargamos las cajas de fruta hasta la casa, nada más llegar doña Marilha, Josemara y Elaine se aprestaron afanosas a prepararnos una merienda. Yo, a pesar del esfuerzo, no tenía hambre, me sentía morir. Para colmo Marlí se las arreglaba para lanzarme miradas a hurtadillas que yo sentía como dardos punzantes y a las que no podía evitar responder, muy a pesar mío, con el corazón encogido. «Quédate con nosotros», parecía querer decir cada vez, mientras sus ojos suplicantes intentaban arrancar, fugaces, una respuesta que yo era incapaz de articular. Empezaba a hartarme de todo —me exasperaba la extrema vulnerabilidad en que me encontraba sumido—, me excusé diciendo que no quería marcharme sin retratar unas flores silvestres que había visto cerca de una zona del río a la que aún no me había acercado. En parte era cierto. Acostumbrados ya a mis excentricidades de fotógrafo aficionado, a nadie le extrañó, antes bien, recibieron mi decisión con una sonrisa burlona y algunos comentarios jocosos.

Casi eché a correr, sentía una necesidad imperiosa de huir (¿entonces por qué no me iba?). Bajé hasta el río, me distraje como pude sacando macros de las flores, eran verdaderamente singulares; pena que no estaba de humor para conseguir los mejores resultados. Enseguida me di cuenta de lo fatal de mi decisión; Marlí estaba allí conmigo en el murmullo manso y omnipresente del río. Ninguna otra cosa hubiera podido recordarme más a ella, bastaba con cerrar los ojos y se me aparecía su imagen refulgente caminando por sobre las piedras ocultas de las aguas, como si realmente tuviera el poder de vencer los elementos y desplazarse a través de su superficie como un hada pelirroja. Acepté mi derrota y me senté a escuchar la hipnótica voz de la corriente (Marlí, Marlí...). No sé cuánto tiempo estuve sumergido en ese estado.

De pronto, una voz me sacó bruscamente del ensimismamiento. Gritaba a lo lejos lo que parecía mi nombre. Se iba acercando, y con ella unos pasos apresurados que bajaban el valle. Era Milton, jadeante del esfuerzo. Me inquieté, le pregunté si ocurría algo. Me dijo que me diera prisa, tenía que subir a la casa de forma urgente. Se me encogió el corazón. «¿Están todos bien?», le pregunté anhelante. «Sí, sí, pero sube, ¡rápido!».

Confieso que me enfadé un poco, estaba cansado de tantos sobresaltos. Se suponía que aquello era un remanso de paz, ¿no? Cuando llegué a la casa todos

estaban sobreexcitados, doña Marilha me cogió del brazo y me dijo que no había tiempo que perder. Me volvió a sacar de la casa a toda prisa y me arrastró por el camino que daba a la parte superior del valle. Mientras yo iba dando trompicones detrás de ella, me explicaba que Darcí había regresado con su traje de astronauta y que era absolutamente imprescindible contar con una foto enfundado en él. Sin embargo, cuando llegamos al cuarto de aperos donde Darcí conservaba sus pertrechos de apicultura nos encontramos con que ya había guardado el traje y toda la parafernalia que le acompaña: el sombrero con una pantalla de red protectora, los guantes, las botas y también el fumigador de humo, seguro que, después de todo, las abejas percibían todo aquello como perteneciente a un ser extraterrestre. Doña Marilha se quedó clavada. Sus mejillas se le encendieron vivamente, llevaba la decepción impresa en el rostro. Nos quedamos los tres mirándonos sin saber que decir, seguramente a Darcí le hubiera parecido demasiada impertinencia volver a enfundarse el traje, con toda la dificultad que ello entrañaba, solo para que yo pudiera sacarle una foto, ni siquiera nos molestamos en hacerle la pregunta. Había depositado los panales repletos de miel en unas palanganas de aluminio. Algunas abejas les habían seguido la pista y se posaban ahora sobre ellos, resistiéndose a abandonar su preciado tesoro. Un fino rayo de sol atravesaba la estancia y bañaba los panales suavemente con su luz dorada, encendiendo en oro los reflejos de la miel fresquísima. Aproveché la ocasión para sacar unas excelentes fotografías, intenté captar —creo que lo conseguí— la quietud y silencio que emanaba de la escena.

Todavía dio tiempo a que Darcí nos invitara a pescar —a los hombres—, era una asignatura que había quedado pendiente, principalmente para Julival, gran aficionado a la pesca, creo que le traía recuerdos de juventud. Teníamos poco tiempo antes de que la noche se nos echara encima, de modo que salimos disparados hacia el río, Milton nos alcanzó más adelante corriendo torpemente con sus grandes botas de caucho y una enorme mochila a la espalda llena de utensilios de pesca. Fardaba de que era el mejor pescador de la zona, Darcí, ante estas pretenciosas aspiraciones, nos miraba con una sonrisa socarrona. La parte del río que pasaba por la propiedad de doña Marilha no era apropiada para la pesca, así que remontamos en un kilómetro o kilómetro y medio la corriente y nos adentramos en la propiedad de unos conocidos de la familia que le daban permiso a Darcí para pescar. Allí el río se estancaba en un remanso y las aguas eran más profundas. Nos abrimos paso entre la espesa vegetación y nos instalamos en diferentes puestos. A mí nunca me ha gustado pescar, de modo que me dediqué a lo que sabía, a las fotos. El sol crepuscular reflejaba sus rayos mortecinos sobre la superficie del agua, el aire se llenaba de insectos que semejaban ascuas incandescentes por el efecto de la luz, los colores adquirían un tono suave, casi onírico. Me dediqué a ir de un puesto a otro para sacar mis instantáneas. Se había establecido entre Milton, Julival y Darcí una especie de competición para ver quién pescaba más o capturaba la pieza más grande. Mi atención se centró sobre todo en Milton, quien hacía gala de una técnica depurada (se sentía observado y

sobreactuaba intentando parecer el no va más); había montado una intrincada red de sedales a varias alturas y distancias para, según explicó, aprovechar todas las oportunidades. «Aunque haya un solo pez no podrá escapar a mis anzuelos», dijo muy serio, haciéndose el interesante.

Sin embargo, pese a todos los esfuerzos y las grandes expectativas creadas, solo Julival logró realizar alguna captura; para ser exacto, dos tristes y exiguos peces, los fotografié en primer plano con él al fondo para que parecieran más grandes y permitiera salvar de algún modo el honor de los pescadores. Los demás anzuelos se retiraron del agua tan vacíos como se habían dispuesto al principio. Tuvimos que regresar casi a tientas, la noche finalmente nos había envuelto en sus oscuras garras; por suerte Darcí sabía andar por los senderos del lugar hasta con los ojos cerrados. Julival me comentó por lo bajo que el río se estaba muriendo. «Demasiados pesticidas», dijo.

Aquello agujoneó en mi corazón una profunda tristeza que recorrió mis venas como si emergiera de algún misterioso pasado: el recuerdo del río de la infancia de Marlí. Era como si alguna vez nos hubiéramos bañado juntos en sus aguas.

Diez

Despedirme de la familia de Julival fue más emotivo de lo que llegué a suponer, fui incapaz de reprimir las lágrimas. Eran gente de corazón generoso y tenían pocas dificultades en aceptar como a uno más a un desconocido, aunque fuera por la única razón de tener amistad con uno de los suyos. Nos habíamos levantado temprano para preparar nuestras cosas, no es que tuviéramos demasiadas, pero nos llevábamos una cantidad considerable de regalos; cerveza casera, fruta, galletas, miel e incluso un termo con infusión de varias hierbas que nos preparó Elaine por si alguna indisposición derivada del viaje hacía recomendable un remedio casero.

Habían insistido mucho en que nos quedáramos un par de días más. Darcí decía que una de sus yeguas estaba a punto de parir y contaba con que yo le hiciera algunas fotos, nunca antes había tenido tantos animales en la finca y eso le llenaba de orgullo. Pero Julival fue tajante, sospecho que le gustaba pasar con sus parientes el tiempo justo; me decía a menudo que estar entre ellos le traía muy buenos recuerdos, pero también otros no tan buenos. Además, existían ciertas tiranteces con Darcí relacionadas con la parte de las tierras que correspondía a cada uno que él se resistía a alentar o dar oportunidad a que surgieran. «Si al final la finca me importa un comino», me decía.

Sea como fuere, sabía que les iba a echar de menos, y también al río. Deseé poder volver algún día, y así lo manifesté a todos. No se me ocurrió mejor despedida que reunirlos a todos y sacar una foto de familia. El último lamento de doña Marilha fue «lástima la foto del traje de astronauta...».

Una vez volvimos a la carretera sentimos una nueva energía recorriéndonos el cuerpo, una sensación efervescente de dirigirnos hacia una nueva aventura. Julival se afanaba haciendo planes para cuando llegáramos a Curitiba, había contactado con varios conocidos —y conocidas— de nuestra época de estudiantes y aseguraba que todos tenían ganas de juerga y de recordar los viejos tiempos, lo que quiera que significara para cada uno. Marlí, en cambio, se mantenía seria, en alguna ocasión había dejado caer que sus recuerdos de aquella época que nosotros insistíamos en mitificar no eran tan felices ni afortunados. Su cercanía me sumía en un mar de incertidumbre, pero por fin había decidido pasármelo lo mejor posible y proyectar hacia un nebuloso futuro las incógnitas que mis sentimientos hacia ella suscitaban. Cuanto menos pensara en el asunto, me convencí, mejor para mí.

Teníamos que recorrer alrededor de quinientos kilómetros hasta Curitiba, pero habíamos decidido hacer tantas paradas y desvíos como nos viniera en gana. Marlí había dado a sus hermanas un día y hora estimativas de nuestra llegada, pero había insistido en que no se preocuparan si nos retrasábamos, lo cual las llenó de aprensión, al parecer cundía entre ellas la no del todo infundada creencia de que a Julival a veces le fallaba el juicio. Sea como fuere no teníamos ni la más remota idea de cuándo íbamos a llegar, y en qué estado, tampoco nos interesaba demasiado: aquello era la

aventura, y estaba todo dicho. Pese a todo Marlí seguía insistiendo en que sus hermanas, no obstante las advertencias, se iban a preocupar, era evidente que ella no se sentía tan a gusto con aquel aire de alegre distensión, algo irresponsable, con que habíamos decidido Julival y yo encarar el viaje.

Sin pensarlo dos veces nos metíamos a cada tanto por carreteras secundarias o caminos de tierra, simplemente por la curiosidad de saber adónde iban a dar, la ranchera de Julival lo encaraba todo con holgura. En más de una ocasión nos metimos por algún camino privado, pero por lo general los propietarios no solían tomárselo a mal. Incluso dimos con uno que se sintió francamente complacido de que atravesáramos sus tierras, nos dijo que si seguíamos el camino que la cruzaba sin desviarnos saldríamos a una carretera que luego enlazaba con otra que no nos vendría mal para seguir nuestro viaje, rumbo al Sur. Así lo hicimos, y recorrimos miles de hectáreas de llanuras pobladas por cientos de reses, bosques, lagos, pequeñas cabañas y *boiadeiros*^[2] subidos a sus enormes caballos que nos saludaban amablemente desde la distancia. No daba abasto a sacar tantas fotos, me mantenía en pugna constante con Julival para que de vez en cuando detuviera la ranchera. En una de esas ocasiones me dio por acercarme a una manada de cebúes —la mayor parte del ganado en Brasil está compuesto, en realidad, de estos animales. Julival me gritaba desde la ranchera que tuviera cuidado, que los animales de allí no eran lo que en Europa, ni siquiera como los de la finca de su familia, esos estaban en estado semisalvaje y podían llegar a ser peligrosos de verdad. Yo, como siempre, hice oídos sordos y me aventuré por allí a sacar unas fotos de aquellas espléndidas bestias, sus impresionantes cornamentas y pintorescas jorobas —o *cupim*, como las llaman allí—, atropellándose unas a otras mientras los *boiadeiros* las conducían, al parecer, a nuevos pastos. Era absolutamente inevitable que los demás pensaran que estaba chiflado, me interné en medio de la espesa nube de polvo que levantaba la interminable manada e intenté captar desde dentro a los cebúes en movimiento envueltos y difuminados en la misma, apareciendo y desapareciendo de la nada como algo sobrenatural. Cuando volví a la ranchera la mirada de Julival lo decía todo, «estás como una puta cabra», estaba cubierto de polvo de pies a cabeza, incluso tuve que cambiarme de ropa.

Me dio la impresión de que aquella hacienda era tan grande como un país entero. De hecho invertimos casi toda la tarde en atravesarla, incluso nos detuvimos a la orilla de una cascada a bañarnos, yo lo necesitaba más que nadie. Lo estábamos pasando en grande.

Al final de la tarde nos dimos cuenta de que tantos desvíos habían terminado por desorientarnos. Decidimos pedir información de dónde nos encontrábamos en un pequeño bar de carretera y confirmamos la necesidad de rehacer la ruta. Teníamos que desandar algunos kilómetros y luego enlazar con otra carretera. No nos importó lo más mínimo, sobre todo cuando nos enteramos que el pequeño establecimiento era famoso por sus pasteles fritos. Nos pegamos un buen atracón —los pasteles estaban deliciosos—, todo ello regado de abundante cerveza y conversación desenfadada,

rezumábamos todos un humor excelente, estábamos muy excitados con las experiencias que nuestro deambular un poco azaroso nos iba deparando, «y lo que nos queda todavía», decía Julival en medio de las risas de todos, incluida Marlí, que empezó a contagiarse de nuestro espíritu aventurero, en una mezcla de lo que podrían ser nuestros últimos coletazos de inocencia y el vértigo ante la posibilidad de no aprovechar como se merecían unos momentos que, seguramente, nunca más volverían con la misma intensidad. Se me ocurrió pensar que quizá estuviéramos viviendo en aquellos mismos instantes la despedida definitiva de nuestra juventud.

Pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a ceder terreno a la melancolía, por mucho que su presencia se insinuara sutilmente en cada una de nuestras risas. La única manera de luchar contra la tristeza que nos aguardaba al final del camino —era evidente que no podíamos continuar siendo eternamente jóvenes— era seguir hacia adelante sin mirar atrás, sin arrepentimientos, sin dejar espacio para apenas pensar, seguir sin detenernos nunca, hacia lo imposible, hacia la eternidad.

Reanudamos la marcha inmersos en un gran frenesí, abandonamos todas nuestras preocupaciones, si es que ya no lo habíamos hecho, ni siquiera pensábamos si la noche nos sorprendería en mitad de una extensión despoblada o si íbamos a conducir hasta Curitiba tres días seguidos sin pegar ojo. Todo lo que estuviera fuera de aquel maravilloso e inacabable presente en el que habíamos decidido vivir era como un sueño lejano del que no había necesidad de despertar.

Con el sol desembrazándose de las últimas nubes del horizonte en un espléndido ocaso, empezamos a circular por una carretera cortada por una sucesión casi infinita de pequeños ríos y regatos. Nos habíamos detenido en algunos para que yo pudiera sacar fotos y aprovechar los últimos vestigios de luz, pero ahora Julival se había cansado de atender a mis reiteradas peticiones —algunas un poco fuera de lugar, lo admito—, dijo que no pensaba volver a detenerse hasta pasado por lo menos doscientos kilómetros y que entonces tendría que arreglármelas en la oscuridad de la noche, para él todos los ríos que cruzábamos eran iguales. Pero, de repente, algo captó poderosamente mi atención, como si una mirada me hubiera penetrado con la fuerza de un rayo, una presencia, un aviso o una intuición, no sabría explicar qué. «¡Para!», grité. Julival clavó frenos, a la vez sorprendido y asustado. Menos mal que no venía ningún otro vehículo detrás. No le di tiempo a reaccionar, abrí abruptamente la puerta y eché a correr. Tanto Julival como Marlí debieron pensar que de súbito fui asaltado por una especie de trastorno. Me dirigí apremiante hacia unas extrañas esculturas medio ocultas por la vegetación que acabábamos de pasar. Quedé sobrecogido: calaveras de cráneos de machos cabríos habían sido unidos con cierto criterio artístico a todo tipo de chatarra, alambres, plumas y otros restos resacos de animales formando, en una macabra armonía, seres fantásticos o, más propiamente, demonios. Era fascinante, inmediatamente saqué la cámara y me puse a hacer fotos, me imaginaba colgar aquellos rostros en mi perfil de Facebook, iba a causar sensación. Tuve que luchar codo con codo con la penumbra, no quería que el flash

quemara los magníficos colores crepusculares que arrancaban los mortecinos rayos del sol. Luego me quedé unos momentos admirando el conjunto de aquellas espeluznantes figuras, atrapado por un raro magnetismo que parecía emanar de ellas. La cuenca vacía de sus ojos habían sido rellenos con paños tintados de rojo, lo cual les otorgaba un aspecto aún más aterrador.

—Es sangre —dijo Marlí, que se acercaba en compañía de Julival.

—Deberíamos marcharnos —añadió después de una pausa.

Pero incluso ella coincidió en el presentimiento de que allí había «algo». Nos llegaron soplados por el viento débiles fragmentos de lo que parecía una congregación de gente; rumores apagados, letanías, ritmos de tambores. Escuchamos, ensimismados, durante algunos minutos. Para sorpresa de Julival y mía, Marlí decidió abrirse paso cautelosamente entre la vegetación y avanzó en dirección a aquellos extraños sonidos. Él y yo nos miramos interrogativos, la seguimos picados por la curiosidad, ¿no había sido ella quien había insistido en marcharnos? Su actitud nos pareció bastante extraña, incluso preocupante. Pronto encontramos un estrecho sendero que nos condujo a la ribera de un pequeño río a cuyas orillas se extendía una explanada de arena y piedras iluminada por el fuego de varias hogueras y una ingente cantidad de velas. El lugar se encontraba completamente camuflado por un espesa techumbre de bosque, nadie hubiera adivinado su existencia desde el exterior, salvo por el leve y casi mudo murmullo de sus aguas. Unas veinte personas vestidas de riguroso blanco y adornadas con collares de flores de los colores más variopintos realizaban un rito de umbanda. Entre ellos se contaban varios niños. Marlí se nos había perdido de vista. Las velas, todas blancas, se esparcían como un tapiz de diminutas estrellas por encima de piedras y raíces, derritiéndose y formando sobre sus apoyos barrocas y largas estalactitas de cera; estaban rodeadas de cuencos de barro de los que ascendían espesas volutas de incienso y tabaco. Al ritmo repetitivo de tambores y cánticos hipnóticos los asistentes iban soltando en la suave corriente varios tipos de ofrendas florales y de alimentos, para lo cual se servían de pequeños cestos entretejidos de palma ricamente adornados.

No nos prestaron demasiada atención, de modo que pude sacar algunas fotos; lo único que pude aprovechar fue la luz agónica de las hogueras y las velas, la tupida vegetación impedía la entrada del último resplandor del día, pero la neblina de humo e incienso que nos envolvía como un gran manto de seda creaba un ambiente mágico y difuminado de gran belleza y plasticidad que resaltaba convenientemente los aspectos espirituales que allí estaban teniendo lugar, fuese lo que fuese. De haber tenido un poco más de libertad para moverme entre aquel grupo, hubiera realizado un reportaje fotográfico digno de ese nombre, sin embargo era cierto que nos paralizaba un cierto temor reverencial y el sentimiento de estar interrumpiendo algo de cariz sagrado.

Me fijé en que todos los practicantes que se acercaban con su ofrenda al río acudían primero ante la presencia de un señor muy anciano y raquítico de tez oscura,

cuyos cabellos eran tan blancos como su vestimenta, para recibir una especie de bendición. «Ese es el padre de santo», nos murmuró Marlí, quien de repente había aparecido a nuestras espaldas dándonos un susto de muerte. Sus ojos seguían todo con suma atención, aunque se adivinaba en su rostro una extraña actitud de abandono o ausencia.

Después de las ofrendas los participantes se reunieron en círculo y avivaron el ritmo de sus tambores al tiempo que se entregaban a un baile en un aparente estado de trance. Nos quedamos helados cuando percibimos que el padre de santo dirigía sus torpes pasos hacia nosotros, se ayudaba de un retorcido báculo e iba muy encorvado. Se acercó con una sonrisa bonachona, contrayendo su rostro en una intrincada y ancestral maraña de arrugas reseca, como si se tratara de una tortuga milenaria. Sin pronunciar palabra, sujetó a Marlí por el codo y la condujo suavemente, sin ninguna resistencia por su parte, al interior del círculo humano danzante. «Marlí es médium», me susurró Julival con un temblor en la voz. La rodearon varias mujeres que, con movimientos rituales, balanceaban a su alrededor recipientes humeantes de incienso sujetos por cuerdas; Marlí atraía hacia sí el fragante humo con sus brazos, como si pretendiera impregnarse de él. De pronto su cuerpo empezó a contorsionarse al ritmo de la música, lo hacía como una oficiante experimentada en esas misteriosas artes, sus movimientos desprendían una sensualidad irresistible.

Yo estaba tan absorto observándola que no me percaté de la presencia de una mulata corpulenta de mediana edad que se nos había acercado, sostenía un enorme puro entre unos dedos coronados por enormes y siniestras uñas escarlatas; colgaban de su cuello un nutrido conjunto de amuletos y relicarios que apuntaban a la posesión de cierto estatus. Nos miró fijamente y, sin que nosotros la hubiéramos invitado a hacerlo, nos explicó con voz grave, casi masculina, que en aquel lugar se libraba desde tiempos inmemoriales una batalla titánica entre el Bien y el Mal. Aquel río en concreto nacía en el corazón mismo de una montaña, a mucha profundidad, y, según dijo, transportaba el poder de la tierra en sus aguas.

—Nosotros hemos recogido el testigo de los antiguos moradores de este lugar, ellos llevaban miles de años purificando el río de las fuerzas del Mal, intentando desde entonces domeñar a sus espíritus e impedir que siembren la muerte y el caos.

Cuando le comentamos lo que habíamos visto en la carretera, nos dijo que las esculturas diabólicas habían sido erigidas por un poderoso brujo que vivía cerca de allí. Cuando ellos se marcharan él intentaría disipar las fuerzas benéficas que estaban invocando. Por eso, continuó diciéndonos con aire de preocupación, era muy importante ofrecer el cuerpo a los espíritus «blancos» para que los ocuparan y pudieran fortalecerse con su energía. Luego señaló a Marlí, entregada ya a una danza frenética y, a mi parecer, macabra.

—La chica pelirroja es portadora de un gran poder, ha atraído hasta nosotros la presencia de Oshún, la orishá de la sexualidad femenina, del amor, la bondad y las aguas dulces. Compartir su amor otorga una gran dicha a la persona por ella elegida

—la madre de santo, o lo que fuera, de repente me clavó sus inquietantes pupilas, me sentí como si me hubieran desnudado, como si para ellos no existieran secretos en el interior de mi alma.

Me ruboricé. Observaba a Marlí, transida en su baile. Se había descalzado, sus pies más que palpar la tierra eran como si se alimentaran de ella, como raíces que exploraran los recónditos recovecos telúricos del mundo. Había dejado de ser ella misma, o quizá lo era más que nunca, acariciaba su cuerpo empapado en sudor, sus muslos, su sexo. Mi deseo por ella me golpeó de pronto con más fuerza que nunca. No creo en nada, no ocupo mi tiempo con cosas del Más Allá, pero pude percibir en Marlí una energía que imantaba el ambiente, que hacía erizarse la piel. Se había convertido en el centro de las atenciones, todos seguíamos sus movimientos con el corazón encogido, empecé a asustarme de verdad.

De repente, se detuvo. Y con ella, toda la música y los cánticos. Se produjo un silencio expectante. Marlí cayó de rodillas y alzó los brazos al cielo, musitaba palabras incomprensibles.

—Oshún está en ella —dijo la mulata—, se está alimentando de su cuerpo y transmitiéndole un mensaje, que solo es para ella —nos miró muy severa—. No cabe duda de que es una gran médium.

Luego nos explicó que debía purificarnos, habíamos estado en contacto con las fuerzas del Mal a través de las esculturas diabólicas y eso, al parecer, tenía capacidad para acarreamos futuras desgracias. Fue en busca de unas hojas tiernas de ruda que había en un cesto junto a otras hierbas; cuando regresó las exprimió entre sus dedos y nos restregó por todo el cuerpo el unguento resultante mientras balbucía entre dientes una misteriosa oración o invocación. Acto seguido aspiró con fuerza su enorme puro y expelió sobre nosotros una espesa y maloliente nube de humo, casi me sofoco. Sujetó las manos de Julival y le dijo que cerrara los ojos. Di un respingo cuando este pareció entrar en trance y empezó a emitir una serie de gruñidos y a hacer violentas negaciones de cabeza. Sus músculos empezaron a tensarse, parecía que los tendones de su cuello iban a estallar.

—También es médium —dijo la mulata volviéndose hacia mí—, aunque aún debe trabajar mucho este don. Está luchando contra un espíritu de los bosques, no acepta las verdades que intenta revelarle, tiene muchos conflictos en su interior y lleva tiempo evitando enfrentarse a ellos, pero cada uno es responsable último de sus actos y en breve deberá tomar una decisión que cambiará para siempre su vida.

Luego cogió mis manos y me pidió que cerrara los ojos. Guardó silencio durante unos minutos, a mí me pareció una eternidad. Resistí la tentación de abrirlos. Entonces me dijo esto:

—No eres médium, no recibirás a ningún espíritu. Sin embargo, ellos me han hablado; lograrás cuanto te propongas hacer en tu vida en el plano material, pero nunca serás feliz.

Era noche cerrada, todo era oscuridad abisal y tinieblas, salvo la tenue claridad

menguante de las hogueras y las velas, que se repartían como puntos luminosos distantes, algo borrosos ya, quizá como universos errantes en sus últimos estertores de muerte antes de extinguirse en la profundidad del tiempo.

Once

Todo transcurrió como cuando somos transportados por la frenética nebulosa de un sueño. ¿Cuántas horas habían pasado? ¿Qué había sucedido realmente? Me dolía la cabeza, me sentía como si me hubiera enemistado con mi propio cuerpo. ¿Me habría quedado dormido? Lo primero que recuerdo es un olor espeso a sudor e incienso que impregnaba el ambiente; y el calor, hacía un calor infernal, un bochorno abrumador; y los mosquitos posados en mi brazo sin ninguna piedad, ya atestado de mordeduras. Solo un ligero rumor de voces humanas y el farfullar apagado de la ropa y pies en movimiento sobre el légamo de ramajes y hojas secas que bordeaba el río rompían el silencio, o quizá ayudaban a realzarlo. La oscuridad empezaba a ser perforada débilmente por una aurora tímida e incipiente. Los últimos participantes de la ceremonia se desplazaban con movimientos pesados, abandonaban el lugar medio ebrios y desfallecidos, quién sabe si más sabios después del contacto con los espíritus. A mi lado Julival emitía un gemido quejumbroso, como si estuviera teniendo una pesadilla de la que no pudiera despertar; sus pestañas tremolaban agitadas, con aspecto legañoso y resto de lágrimas. Luego vi a Marlí, tumbada en el suelo bocabajo, reposaba su cabeza sobre el antebrazo, sumida en lo que parecía un sueño profundo y plácido. Era una diosa, o una orishá, un tenue resplandor bañaba suavemente su cuerpo. La amé en silencio, me invadía una melancolía desbordante que no sabía explicar.

La mulata del puro y las uñas rojas vino a hablar conmigo. Me comunicó que teníamos que marcharnos de inmediato; antes de que el sol despuntara vendría el brujo del bosque con sus oficiantes a intentar desatar los nudos de las fuerzas benéficas que ellos habían tejido durante la madrugada. «Aunque dudo mucho que pueda conseguirlo», dijo, «el *ashé*^[3] de esta noche ha sido muy poderoso», y lanzó una mirada hacia Marlí; luego dio media vuelta y se unió a la procesión de personas que abandonaba el lugar.

Fui hasta Marlí y, con infinito cuidado, no exento de dificultad, la cargué en mis brazos; lo último que deseaba era perturbar esa especie de beatitud que parecía envolverla como una luz que proviniese de otro mundo. Ella entreabrió levemente sus ojos, me miró con una sonrisa apagada y se abrazó a mi cuello. Contuve mis deseos de besarla. La llevé como pude hasta la ranchera, la verdad es que podía haberla llevado hasta los confines de la tierra y quedarme allí junto a ella. La deposité con suavidad en el asiento trasero y regresé en busca de Julival; pasé un brazo por encima de mi hombro y lo arrastré a trompicones por el sendero hasta la carretera; era como si estuviera borracho, seguía gimoteando y balbuciendo incoherencias.

Había decidido esperar en la ranchera a que Julival se recuperara, odio conducir, de cualquier manera tampoco conocía el camino. Me disponía a acomodarme en el asiento delantero del pasajero cuando mis ojos se cruzaron fortuitamente con la

sombra recortada de una figura de muy baja estatura al otro lado de la vía, había muy poca luz, no podía distinguirla bien. Después de algunos minutos observándonos decidió acercarse al vehículo. Portaba una enorme melena rubia acaracolada; me miraba con unas órbitas oculares verdes y saltonas, pese a que sus facciones eran negroides —una estrafalaria combinación. Su presencia me despertó todo tipo de temores, supuse que se trataba del brujo del bosque. Me preguntó si me habían gustado sus esculturas, dijo que me había visto sacándoles fotos. Le contesté en tono nervioso, intentando disimular mi aprehensión, que me parecieron muy artísticas e interesantes. Él sonrió con cierta condescendencia, como si mi comentario procediera del típico turista ajeno a las realidades subyacentes de los lugares que visita. Luego se fijó en Julival y en Marlí, pero especialmente en Marlí. «Es guapa, ¿eh?», comentó mirándome directamente a los ojos, sin parpadear. Yo empezaba a sentirme incómodo. «Vénganse a mi cabaña», retomó, «no está muy lejos de aquí, puedo servirles algo de comida, incluso darles alojamiento». Yo no sabía cómo reaccionar, por algún motivo me sentía como paralizado, tomado por una extraña sensación de torpeza. El hombrecillo, sin embargo, se me acercó aún más, pude sentir la pestilencia de su sudor. Exhibiendo una sonrisa descarada —como aquella que reflejaban sus horripilantes calaveras—, dijo: «puedo hacer con que te quedes con ella, sé que lo deseas más que nada; la cuestión es: ¿qué estás dispuesto a dar a cambio?». Mi cuerpo fue dominado por una especie de temblor compulsivo, la sangre se me debió helar en las venas. Pero de pronto algo se me activó en el cerebro, como si hubiera recibido un fegonazo recordé la inquietante advertencia de la mulata de las uñas largas: «aquí se está librando una guerra desde tiempos inmemoriales». Ya he dicho que no creo en nada, pero empecé a sentirme harto de todo aquello, decidí que ya había visto lo suficiente. Me quedó claro que lo más sensato —no sé si valiente— era salir pitando sin demora de aquel lugar. «No», me dije, «esta guerra no me pertenece, ¡ya se pueden ir todos al cuerno!».

Sin pensarlo dos veces, me encaramé al asiento del conductor y puse la ranchera en marcha. Miré de reojo al hombrecillo, brujo o lo que fuera, y le agradecí su ofrecimiento pero le dije que llevábamos prisa y que ya nos habíamos retrasado más de la cuenta. Tampoco le contaba ninguna mentira. Aceleré sin contemplaciones y salí quemando neumáticos. El hombrecillo permaneció en el mismo sitio hasta que ya no pude divisarlo por el retrovisor. Conduje unas dos horas, lo único que sabía era que, según la posición del sol que empezaba a emerger del horizonte, iba rumbo Sur. Encontré una gasolinera de carretera; estacioné en el aparcamiento y me quedé dormido casi en el mismo instante.

Desperté bien avanzada la mañana, con el sol quemándome una parte del rostro. Tenía la boca seca. Marlí y Julival seguían durmiendo; decidí esperar a que despertaran. Mientras tanto me recosté en el asiento y procuré no pensar en nada. Despertaron una hora más tarde; estaban serios, casi diría que malhumorados. Me di cuenta de que también yo participaba del mismo estado de ánimo. Decidimos

desayunar, llevábamos muchas horas sin comer. Nos sentamos en la cafetería de la gasolinera, pero ninguno de nosotros dijo gran cosa; creí oportuno no comentar nada acerca de mi encuentro con el brujo del bosque, ya habíamos tenido suficiente dosis de espiritismo.

Luego nos dedicamos a averiguar dónde nos encontrábamos exactamente. Repostamos gasolina y preguntamos a uno de los empleados, que nos indicó la mejor forma de llegar hasta Curitiba. Esta vez queríamos ir por el camino más recto. Me sentí aliviado cuando Julival se puso al volante. Yo me acomodé en el asiento trasero y me dediqué a contemplar los paisajes, no volví a pedirle que parara para sacar fotos, de todas maneras creo que no me hubiera hecho ni caso. Como después de un tiempo el silencio entre nosotros empezaba a resultar incómodo, Julival hizo lo que es costumbre en esos casos: encendió la radio, nos pasamos todo el camino escuchando música *sertanera*^[4]. No es mi tipo de música pero su ritmo, a veces melancólico, me traía recuerdos de la época en que viví en Brasil; mi padre solía escucharla, hacía años que no sabía nada de él, al parecer se había marchado a Nicaragua huyendo de la Justicia.

Sobre las tres de la tarde por fin dejamos atrás la frontera del estado de São Paulo y nos adentramos en Paraná. Paramos en un restaurante de carretera y comimos algo; en este tipo de establecimientos suelen ofrecer muy buena comida, aquel caso tampoco fue una excepción. Como por arte de magia empezamos a sentirnos más animados. Ya reíamos y poco a poco recuperábamos nuestro tono habitual, aunque no volvimos a hablar de lo sucedido en la madrugada anterior —nunca más—. De vuelta a la carretera ya tarareábamos algunos éxitos antiguos que echaban por la radio y hablábamos animadamente de lo bien que íbamos a pasarlo con nuestros viejos amigos de Curitiba. Fue inevitable que Julival y yo volviéramos a las anécdotas de aquel tiempo, Marlí se resignaba, decía que seguíamos siendo unos críos.

No hicimos más paradas; llegamos a la casa de las hermanas de Marlí pasadas las nueve y media de la noche. Se encontraban en un estado de extrema excitación, pensaban que nos había ocurrido algo (bueno, algo sí que nos había ocurrido). Marlí se enfadaba con ellas, «les avisé de que no teníamos ni día ni hora para llegar». Comimos la cena que nos prepararon el día anterior, cuando pensaban que íbamos a llegar, cosa que nos dio igual, estaba igualmente deliciosa, una variedad de platos increíble, aquello parecía un bufé. Vivían en las afueras de Curitiba y tenían un jardín enorme que, de hecho, utilizaban como huerto, plantaban de todo. Se sentían muy orgullosas de sus frutas y verduras y servir las en la mesa era su forma de demostrárnoslo. Se ponían a nuestro alrededor preguntándonos con alboroto si nos había gustado este o aquel plato y nos invitaban a que siguiéramos probando. Cada gesto de aprobación que emitíamos era una fiesta.

Después de la cena nos duchamos y nos acomodamos en las habitaciones que tenían preparadas para nosotros, la casa era muy amplia. Nos contaron que ahora solo vivían tres hermanas pero que en su día llegaron a vivir cinco, contando con Marlí.

La limpieza y pulcritud de las estancias que nos ofrecieron eran impresionantes, las hermanas de Marlí eran mujeres muy hacendosas. Por distintas razones se habían quedado solteras, y ahora se tenían la unas a las otras en una especie comunidad, demostraban ser extremadamente cariñosas y maternales. Enseguida me cayeron bien, me sentía como en casa.

Cuando me fui a meter en la cama me llené de aprehensión; no cabía duda de que habían separado sus mejores sábanas y colchas, no tenían ni una sola arruga. Recordé haber escuchado a Marlí comentar que se dedicaban a planchar ropa en una lavandería. Pero tanto esmero era demasiado para mí. En mi vida había disfrutado de una cama tan confortable y acogedora, era como estar en uno de esos hoteles de cinco estrellas.

A pesar del cansancio, tantas experiencias acumuladas me habían hurtado las ganas de dormir; se me ocurrió repasar las últimas fotos que había sacado en el monitor de la cámara. De repente me vi pasando imágenes de forma frenética. «No puede ser», me dije, «estoy seguro de que...». Pero lo cierto fue que las imágenes de las esculturas diabólicas habían desaparecido de la tarjeta de memoria.

No sé porqué, pero tengo la corazonada de que fue Marlí quien las borró. O quizá no fue ella. Prefiero no volver a pensarlo.

Doce

Desperté plácidamente, con una sensación de regocijo y creo que con una sonrisa en los labios, había tenido un sueño muy reparador, me apetecía disfrutar del momento, de mi pereza. Mi oído fue aguzándose paulatinamente, como si emergiera de las entrañas de la tierra: era casi como estar de vuelta en la finca de los parientes de Julival. Muchos trinos de pájaros, poco ruido de motores y de gente y hasta el canto lejano de algún gallo y el polvo de las calles sin asfaltar pegado en el paladar. La región metropolitana de Curitiba, como la de cualquier gran urbe de nuestro tiempo, abarca una extensión enorme y en ella se han ido asentando los habitantes provenientes de las áreas rurales del interior del estado. Normalmente, cada municipio metropolitano o barrio agrupa a moradores que comparten unos orígenes comunes —lejanos parentescos, amistades familiares o antiguas relaciones de vecindad o proximidad—, de modo que no es raro encontrar entre ellos una compleja red de solidaridad tejida al abrigo de las necesidades cotidianas de las gentes unidas en la humildad de su condición. El que no tiene un coche o una furgoneta para cubrir una situación de emergencia, tiene una tarjeta de móvil, o unos ladrillos de sobra, o un poco de millo, etc.

Las hermanas de Marlí se sorprendieron de que me hubiese levantado tan temprano; eran las ocho de la mañana. Enseguida me prepararon café y me sirvieron pan casero con mermelada, miel y margarina. Se mostraron un poco aprehensivas, porque una de ellas había ido a casa de una vecina a buscar un pastel de yuca y millo y aún no había regresado. Me dijeron que si esperaba un poco podía probar del pastel, me aseguraron que se trataba del mejor en muchos kilómetros a la redonda. Casi agradecí no tener la obligación de probarlo, el pan casero de por sí me había dejado saciado y ya sentía su miga contundente pesarme en el estómago. Les di las gracias de todo corazón y les dije que me iba a dar una vuelta, sabía por experiencia que Julival y Marlí tardarían en levantarse, quería aprovechar para sacar algunas fotos por los alrededores. Ante la extrañeza que provocó semejante anuncio no me quedó más remedio que volver a hacer pedagogía y explicarles que me dedicaba por afición al tema de la fotografía. Traje la cámara y les enseñé algunas instantáneas en el monitor de la misma, ellas quedaron muy complacidas. Se me ocurrió entonces que podía empezar por fotografiar el huerto de la casa, les dije que si les apetecía posar entre sus plantas y verduras, la idea las encandiló. Corrieron a su cuarto a cambiarse de ropa y a arreglarse un poco, era algo que debí haber previsto. Luego fuimos todos al huerto y nos divertimos mucho sacando fotos, creo que la mejor que quedó fue una en la que aparecían saliendo de entre un pequeño maizal. También saqué muchas macros: tomates, caquis, una calabaza enorme y hasta insectos. Los primeros planos que saqué de las hermanas de Marlí en blanco y negro también quedaron muy bien.

Luego me fui a dar una vuelta por el barrio, siempre estaba dispuesto a aprovechar la más mínima oportunidad que se me presentara para estar a solas con mi

cámara. A decir verdad, ya la echaba de menos. Me interné despreocupadamente por las calles de los alrededores, saqué algunas buenas fotos: niños que se entretenían en remontar una cometa, un carro con ruedas y amortiguadores de automóvil tirado por un caballo famélico que iba por lo que parecía la calle principal con toda una familia dentro, una iglesia protestante medio destartada anunciando en un cartel enorme colgado precariamente de su fachada la próxima sesión de milagros que iba a tener lugar... Más adelante encontré un bosquecillo de araucarias y me entretuve sacando instantáneas a esos magníficos árboles jugando con los claros y las sombras. Cuando di por mí ya era casi la hora de almorzar, mi barriga emitió un aviso inconfundible. El problema era que me había dejado arrastrar por mi entusiasmo y ahora no sabía muy bien dónde me encontraba. Me puse a dar vueltas de un lado para otro hasta que di con la calle principal. Cuando por fin regresé a la casa de las hermanas de Marlí esta se mostró bastante enfadada, según ella podía haber sido objeto de un atraco, o de algo peor, «nadie sale por ahí con una cámara tan cara a la vista de todos, hay que ser menos inocente». Una de sus hermanas contó que dos manzanas más allá habían matado a un joven la semana pasada para robarle la cartera. Yo me quedé callado, no hubiera sabido explicarles mi gusto por correr a veces algo de peligro; en cualquier caso, la preocupación de Marlí por mí hacía con que sintiera un pequeño regocijo en mi interior.

Almorzamos una verdadera barbaridad de pequeños manjares, según Marlí como en casa de sus hermanas no se comía en ningún sitio, y no me extraña que llevara razón. La comida nos reconfortó y levantó el ánimo y enseguida nos sentimos plenos de energía. Julival en particular estaba exultante, durante la mañana había conseguido hablar por teléfono con muchos de los antiguos integrantes de nuestra pandilla y logrado concertar un encuentro con buena parte de ellos para el sábado siguiente por la noche (todavía estábamos a jueves). Pero el verdadero motivo de su buen humor residía en que para la noche de aquel día había quedado con Marcos, en la escuela nocturna los dos eran uña y carne. Todos conocíamos a Marcos, daba miedo pensar lo que estaría tramando, el hecho de que declinara encontrarse con los demás el sábado e insistiera en verse solo conmigo y Julival debió ponerme en alerta. Este me guiñaba el ojo y hacía muecas socarronas; a Marlí nunca le había caído bien, de cualquier modo tenía que cumplir con algunas visitas en casa de las vecinas de sus hermanas y dijo que no iba a ir con nosotros; miraba a Julival con una expresión triste y algo expectante, pero este la rehuía una y otra vez. Todo aquello me daba mala espina, pero Julival, ante ciertas excusas que empecé a ensayar, no quiso ni oír hablar de la posibilidad de no ir con él, me cortaba en seco y decía «vas a venir conmigo ni que tenga que arrastrarte».

Faltaban muchas horas hasta la cita con Marcos, entonces se nos ocurrió que mientras tanto podíamos pasear por el centro de la ciudad y buscar las boleras que solíamos frecuentar, nuestra idea era encontrar alguna máquina con algún juego de los antiguos, sabíamos que tendríamos que meternos en los peores antros, pero todo

formaba parte de la aventura. Paseamos por los alrededores de nuestra antigua escuela nocturna —la habían cerrado hacía tiempo— y nos tomamos algunas cervezas por los garitos y bares que frecuentábamos entonces durante nuestras escapadas, sitios de mala muerte. Julival estaba muy excitado, parecía otra persona, le silbaba a todas las chicas que veía pasar y se mostraba exageradamente predispuesto a la risa, una risa que me sonaba muy lejana en el tiempo, que ya no le pertenecía, que era un residuo atemporal de algo cuyo lugar era el pasado. Decidí relajarme y aguardar acontecimientos, pero era obvio que algo no marchaba bien.

En una bolera maloliente —nadie con sentido común hubiera entrado en un sitio semejante—, al fondo del todo, encontramos un juego de lucha de los clásicos, la pantalla estaba tan descolorida que apenas se veía, pero no nos importó en absoluto, lo pasamos en grande. Todavía encontramos algunas máquinas más, se trataba de un pasatiempo que empezó a entusiasmarnos, pero al fin se había cumplido la hora de reunirnos con Marcos. Habíamos quedado en una cervecería del Largo de la Orden, una calle peatonal en la parte antigua de la ciudad con fama de elegante, en realidad muy cerca de donde estábamos. Marcos se hizo mucho de rogar y llegó con hora y media de retraso, pero era imposible enfadarse con él, con su sonrisa vivaracha y cautivadora y sus grandes ojos verdosos enmarcados por las mismas gafas de pasta negra que recordábamos. Nos abrazamos efusivamente y de inmediato pedimos más cervezas y algunos pinchitos de carne y raciones de yuca frita. Estuvimos cerca de dos horas contándonos nuestras vidas y rescatando anécdotas del pasado, como es lógico, tratándose de Marcos, rememoramos todas las chicas guapas que estudiaron con nosotros, él en particular se había acostado con casi todas. Decía que muchas iban a estudiar por la noche con muy buena voluntad pero que enseguida acababan descubriendo que una escapada a uno de los moteles inmundos de la calle Riachuelo tenía la virtud de alejarlas del estrés después de un día entero de trabajo y hacerlas olvidar por unos momentos la difícil vida que se veían obligadas a llevar, «total, a los profesores les importaba un comino lo que hiciéramos». Luego me miró a mí.

—De cualquier modo ya estabas tú para hacernos todos nuestros trabajos y dejarte copiar en los exámenes —dijo—. Era tremendo, más de la mitad de la clase vivía a tu costa.

—Es cierto —contesté—, pero ya sabes que no lo hacía gratis, gracias a eso podía completar el importe de la mensualidad de la escuela.

—¿En serio? Pues yo sé de buena tinta que a Marlí no le cobrabas nada...

Me sonrojé al instante, Julival se reía divertido.

—Bueno, en aquella época ella atravesaba por algunas dificultades... acababa de llegar a la ciudad y no conocía a nadie —intenté disculparme.

—Vamos —retornó Marcos—, nunca he sabido dónde tienes la cabeza, hubo muchas chicas de las que pudiste aprovecharte.

No tuve más remedio que admitirlo, aunque el término «aprovechamiento» no era de mi agrado, lo cierto es que siempre he tenido más facilidad para trabar amistad con

las mujeres que propiamente conquistarlas, supongo que me costaba dar el último paso; de cualquier modo perdería el tiempo con Marcos intentando explicarle la necesidad de soledad que sentía en aquella época. Me limité a sonreír, creo que ellos esperaban alguna especie de explicación; «nunca cambiarás», Marcos negaba con la cabeza y miraba de soslayo a Julival. Sin embargo, conocía de sobra a Marcos y sabía que no daba puntada sin hilo, sabía que no iba a dejarme en paz así como así. De repente abandonó su sonrisa cautivadora y se puso serio, «me debes una, desde hace tiempo», dijo. No le contesté, estaba seguro de que iba a intentar involucrarme en alguna de sus estratagemas, por alguna razón se empeñaba siempre en llevarme por el mal camino. No esperó siquiera mi respuesta.

—¿Recuerdas aquella vez que estábamos Julival y yo, y tú no quisiste salir con nosotros pese a que estuvimos la noche entera rogándote?

—¿Te refieres a una de las veces que se fueron de putas?

—Venga, tío, me conozco desde hace mucho todo lo mejor que puede ofrecer esta ciudad, todo, absolutamente todo...

—¿Todavía sigues frecuentando esa clase de club nocturnos?

—Eh, no se trata de sitios cualesquiera, estamos hablando de lo más selecto, chicas de quitar el sentido, ya te lo digo yo, lo mejor de lo mejor; no... claro que sigo yendo... hay cosas que jamás podrán cambiar... La vida hay que disfrutarla al máximo, ya me conoces.

Julival seguía nuestra conversación con gesto divertido, aunque ausente, salvo para mirar la trasera de alguna chica que pasaba de forma ocasional.

—¿Y Sonia? —le pregunté.

—Sonia, Sonia... A Sonia no le pasa nada... no tiene por qué enterarse, siempre ha vivido al margen de estas cosas, somos felices juntos, te lo juro. Mira, no hace falta meterla en este asunto, no tiene nada que ver con ella, no sé si me entiendes... Yo la quiero, de verdad... no se trata de eso, te hablo de algo distinto.

Nos miramos por un breve espacio de tiempo. Sonreía de forma enigmática. Luego me contó que aquella noche de hacía ya tanto tiempo había preparado todo especialmente para mí, se había comprometido con sus contactos, había conseguido buenos descuentos, descuentos que, según él, no le hubieran hecho a nadie, y resulta que iba yo y le fallaba, «es el tipo de cosas que no se le hace a un amigo, me dejaste en evidencia y sabes que estoy obligado a cuidar de mi reputación».

—Ahora tienes que compensarme —dijo.

—Vamos, ¿qué es lo que quieres?

Era evidente, tal y como esperaba Marcos nunca daba puntada sin hilo. Lo había vuelto a organizar todo, las chicas, según dijo, nos estaban esperando, «ya verán qué juega, lo van a flipar». Por supuesto, yo me negué en redondo, pero en este punto intervino Julival, que de repente pareció emerger de su letargo; ambos me sujetaron por los brazos y me dijeron que esta vez no iban a permitir que me escurriera, «tienes que hacerte uno de los nuestros de una vez por todas», y no pararon hasta que por fin

me di por vencido y, a regañadientes, accedí a acompañarles. Todavía no sabía cómo, pero tenía claro que debía buscar la forma de escabullirme. Empecé a sudar frío, me daba cuenta de la gran contradicción en la que de súbito me vi atrapado; yo, que de alguna manera añoraba no se sabe qué de mi antigua época de juventud y a veces me entristecía reconocer lo mucho que habíamos cambiado, resulta que ahora sentía pánico del destino ominoso hacia el que me conducían mis amigos, aun siendo un retrato sorprendentemente fiel de cuanto habíamos sido en aquel tiempo, rumbo a las más inquietantes y recónditas oscuridades de la noche.

La realidad era que apenas habíamos cambiado.

Trece

Nunca he tenido a la noche por buena compañera, siempre me ha parecido mendaz y esquiva, casi como si hiciera parte de un universo paralelo que tan solo se comunica con la realidad —es decir, el día— a través de las pequeñas puertas que quedan entreabiertas en una fracción infinitesimal durante las fugaces transiciones lumínicas de los crepúsculos y las auroras. Diría más: la temo, antes que la respeto, y asimismo a todas sus criaturas. No domino su lenguaje, en los reinos de la noche me encuentro indefenso, me falla el instinto.

Imbuido de semejantes temores y con los peores presagios martilleándome la mente, bajamos hacia la Inácio Lustosa, a unas tres o cuatro calles de distancia. Marcos y Julival iban detrás de mí, empujándome y cuchicheando entre ellos, de vez en cuando me lanzaban miradas llenas de complicidad; había algo que parecía divertirles sobremanera. Ya me veía entrando en el mayor puticlub de la ciudad, pero, para mi sorpresa y desconcierto, se detuvieron delante de una casa antigua y desvencijada con un cartel en la fachada anunciando tratarse de una zapatería; como era de esperar a aquellas horas, estaba cerrada. Sus risas empezaron a subir de tono, era evidente que allí pasaba algo; cuanto más miraban mi expresión de desconcierto, más se reían. Entonces Marcos se adelantó hasta una puerta secundaria situada en un lateral del pequeño porche de la casa, de esas al estilo típico centroeuropeo, y procedió a golpearla con los nudillos de la mano a un ritmo muy determinado, como si se tratara de una especie de contraseña, tal y como había visto en las películas de espías. Después de un tiempo prudencial la puerta se entreabrió cuidadosamente, anclada con varias cadenas desde dentro y dejando escapar una espesa penumbra escurrida. Se asomó un medio rostro enrugado y pintarrajeado con barroquismo; un ojo verde enorme, enmarcado por una enmarañada pelambre artificialmente blanqueada de quien ha estado dos semanas sin peinarse, nos recibió con desconfianza. Marcos parlamentó quedamente con aquel medio rostro durante unos minutos, tras lo cual la puerta volvió a cerrarse para descender las cadenas y dejarnos entrar. La mujer del medio rostro, ahora entero, se hacía llamar Priscilla; aparentaba unos cincuenta años bien entrados, iba con un vestido rojo, largo y ceñido y casi enteramente transparente de gasa, podía apreciarse cierta belleza reminiscente, pero el conjunto más bien movía a la repulsión; desprendía un perfume viciado y penetrante —marchito—, como el aroma del ambiente, entre el moho, olor a desinfectante y pis de rata. En un principio me pareció muy alta, pero luego reparé en que caminaba subida a unas plataformas descomunales.

Marcos enseguida intimó con ella, la sujetaba por la cintura y ella se dejaba caer sobre su cuello con grandes risotadas. Me impresionó el tamaño de su boca y de sus dientes y encías y el color malva de su lengua sucia. Nos condujo a un salón más bien pequeño, también en penumbra, había unas cinco o seis chicas sentadas y repantigadas elegantemente en unos mullidos sofás un poco al estilo Luis XIV, todas

vestidas de una manera muy provocativa, pero con gran lujo, con plumas, medias de seda y unos peinados muy elaborados, se notaba que no eran unas meretrices cualesquiera. Recibieron a Marcos con gran algarabía, lo abrazaban y besaban como si se tratara de una celebridad, yo no salía de mi asombro. Julival se las arregló para meterse en medio y abrazar a dos chicas, una con cada brazo. Yo, sin darme cuenta, había dado varios pasos hacia atrás, de hecho, hasta tropezar con Priscilla, que se había quedado detrás de nosotros; esta me rodeó con uno de sus brazos y dijo, dirigiéndose a Marcos: «hey, ¿qué le pasa a este amigo tuyo, no le van las mujeres?». Marcos soltó una sonora carcajada, luego dijo algo que me hizo ruborizar de pies a cabeza: «este es el amigo europeo del que les hablé, hay que hacer un buen trabajo con él, ¿eh, chicas?». Todas se giraron hacia mí a un tiempo y empezaron a mirarme como si yo fuera un corderillo que hubiera caído entre una jauría de lobos. Se me ató un nudo en el estómago, Marcos adivinó mi intención de salir corriendo; se me acercó con movimientos insinuantes y se apoyó en uno de mis hombros. Me susurraba al oído como si estuviera dopado, en un tono apagado y seductor que nunca había escuchado en él, «vamos, tío, relájate, parece que te va a dar algo, solo tienes que dejarte llevar un poco...». Yo estaba muy nervioso, casi fuera de mí; le dije: «no tengo dinero para pagar esto, será mejor que me marche». «Dinero, dinero», dijo él en aquel mismo tono, «esto va por cuenta de la casa, *baby*, me deben mucho, no imaginas la cantidad de clientes que vienen aquí por recomendación mía, me deben mucho», volvió a repetir. «Todo esto lo hacen por mí, ¿sabes?, eso quiere decir que no puedes dejarme en mal lugar... por ejemplo, largándote de aquí como si estas preciosidades te repugnarán, sería una afrenta intolerable... nos meterías a todos en problemas; tú no quieres hacer eso, ¿verdad?, ciertos beneficiarios de todo esto no tolerarían semejante ofensa hacia sus chicas».

—Míralas —me conminó con un brillo melancólico en sus ojos—, son hermosas, voluptuosas, diosas del amor... no se puede desear nada más excelso. Y las cosas que saben hacer... ¡uuuh! Ni te lo imaginas... Aunque a lo mejor prefieres algo más experimentado como Priscilla... Ya no se dedica a esas cosas, es como la gerente del local, pero si yo se lo pidiera... chaval, no quiero ni contarte de lo que es capaz de hacer con esa boca suya...

Mi cuerpo se estremeció hasta el tuétano solo de pensar en aquella mujer, en aquel esperpento... en aquel cuerpo decadente junto al mío... Empecé a sudar frío, mi cerebro iba a mil por hora, tenía que escapar de allí como fuera; había algo que hacía con que mis entrañas se revelaran contra la idea de yacer con cualquiera de aquellas mujeres. Busqué a Julival con la mirada, pero debió irse a algún lugar con alguna de las chicas. Marcos no dejó margen para que yo reaccionara; «vamos», dijo a la jauría de lobos, «llévenlo adentro. Eh, Sheilla, quédate tú con él... tú eres la más... tierna, ¿no es así?». Las chicas se abalanzaron sobre mí con gritos de júbilo y placer, me abrazaban, me lamían con sus lenguas, tiraban de mi ropa, empezaron a romperme la camiseta, no tuve más remedio que quitármela. Cuando di por mí estaba

delante de un ropero enorme y antiguo al final de un largo pasillo, me había desorientado, no sabía donde me encontraba (y sin playeras, ¡me habían quitado las playeras!). Entré en pánico, «¿van a encerrarme aquí?, ¿qué van a hacerme?», pensaba desesperado. Marcos venía detrás muerto de risa, «venga, chicas, sin misericordia». Abrieron el ropero, dentro había una puerta estrecha pintada de rojo, era como en una pesadilla. Miré a Marcos a los ojos, le saltaban las lágrimas de la risa, calculé que la casa se comunicaba con alguna otra vivienda o edificio colindante, no sabía bien en qué dirección. Me arrastraron al interior de otro pasillo que salía de aquella misteriosa puerta, estaba pintado de negro y apenas iluminado por una luz violácea de neón, el aire era espeso y viciado, mi cuerpo estaba cubierto de sudor. Me introdujeron en una habitación lateral junto con la chica que se hacía llamar Sheilla. Desde fuera aún escuché a Marcos decirme algo mientras golpeaba la puerta, pero no le presté atención, estaba aturdido y desconcertado.

Miré a mi alrededor, ahora sí estaba seguro de que todo aquello debía tratarse de una oscura pesadilla, ya dudaba de mis sentidos; me encontraba en el interior de lo que podría definir como un pequeño oasis, no había relación alguna entre el estrecho y lúgubre pasillo de neón violáceo y aquella estancia magnífica y de ensueño, increíblemente espaciosa, iluminada y, lo más extraordinario de todo, forrada de vegetación que brotaba de parterres naturales: árboles, helechos que se derramaban desde un techo coronado por una claraboya que debía estar a unos cinco metros de altura, y exóticas plantas tropicales que crecían en torno a delicadas fuentesillas. Bajé unas escaleras en forma de media luna y me adentré extasiado en aquel vergel, supongo que quería comprobar que no me había muerto y entrado en algún paraíso; y sí, las plantas eran tan naturales y fragantes como la vida misma. En el centro de la habitación había una cama redonda enorme, dispuesta encima de una especie de pedestal y rematada por un dosel del que colgaban finas cortinas de seda, el dosel lo sustentaban unas sensuales columnas torneadas que arrancaban de la cama y en las que, a su vez, se enroscaban unas frondosas enredaderas. Al fondo de la habitación, protegida por una cristalera, caía incluso una pequeña cascada. Estaba atónito, pasmado, no sé cuántos minutos transcurrieron hasta que mi atención recayó sobre la chica, que se había mantenido discreta en un segundo plano y de la que casi me había olvidado, no podía articular palabra: de repente me pareció tan hermosa que temí perder el sentido. Se había quitado sus adornos más ostentosos; en su muñeca descansaba un precioso tucán —desconocía de dónde lo habría sacado y en qué momento—, le acariciaba suavemente el enorme pico colorido con sus delicados dedos. No podía dar crédito a lo que veía, debía estar volviéndome loco.

—Es nuestra Suite Tropical —anunció con una sonrisa que hubiera desbaratado hasta al más poderosos ejército, su boca, sus dientes, eran perfectos—. Este es Felipe, ¿no es hermoso?

Se acercó a mí, me tomó la mano con dulzura y me invitó a que lo acariciara; era muy manso, su plumaje era muy suave, parecía disfrutar de nuestras atenciones.

Empecé a tranquilizarme. Dio un ligero impulso con el brazo y el ave batió las alas hasta una rama cercana, tenía allí una pequeña bandeja con trozos de fruta fresca. Luego Sheilla me encaró con sus deslumbrantes ojos de odalisca, resaltaban en ellos unas grandes pupilas negras y sensuales tan hechizantes como el misterio más inaccesible de la impenetrable noche; me dijo que la habitación estaba poblada de otros pajarillos. Yo me encontraba tan aturdido que no me había percatado del sutil concierto de trinos que poblaba el ambiente. Volvió a tomar mi mano y me condujo por diversos rincones de aquella selva en miniatura. Por primera vez me fijé con detalle en cómo iba vestida; llevaba una bata de encaje negra semitransparente que le caía con suavidad hasta el suelo, formando una cola como si se tratara de un vestido de novia, se adivinaba sin esfuerzo el contorno de sus voluptuosas caderas y de sus senos bien formados y delicados. Caminaba con mucha elegancia y naturalidad, dejando entrever brevemente sus bien formados muslos mientras se contoneaba de una forma encantadora, como si cada paso hiciera parte de una sensual danza del vientre, yo temblaba de pies a cabeza.

«Mira esto», me conminó de pronto. Nos aproximamos a un hermoso árbol, reparé en que efectivamente estaba plantado en el suelo, es más, el suelo que pisábamos ahora estaba forrado de grava; el árbol se elevaba serpenteando hacia la gran claraboya, supuse que gracias a la luz que debía filtrar durante el día podía florecer aquel pequeño vergel. De repente, del follaje levantaron el vuelo una manada de periquitos, me llevé un susto de muerte. «Son muy tímidos con los extraños», dijo Sheilla. Entonces se acercó a mí mirándome directamente a los ojos y me pasó sus manos por la cintura, aspiré con placer el perfume de su cuerpo. Durante algunos minutos nos quedamos mirando el uno al otro. Ella sonrió divertida, «eres bastante lento de reflejos, ¿verdad?». Me sonrojé. «Debes quitarme la bata, no querrás que sea yo quien lo haga todo, perdería el encanto...». Sujetó mi mano temblorosa y la dirigió despacio hacia el nudo del cinturón que ceñía su cintura. «Te enseñaré cómo se hace...». Con su mano sobre la mía, tiré lentamente de unos de los lazos. «Ahora debes dejar que la bata resbale por mi cuerpo suavemente hasta el suelo, solo tienes que ayudar un poco... con delicadeza...». Llevó mis manos hasta sus hombros y descorrí la bata por detrás de su espalda, ella la dejó caer por su piel sedosa, muy despacio, hasta el suelo. Mi corazón golpeaba a mil por hora, Sheilla quedó en ropa interior —una elegante lencería—, también negra y semitransparente, sonreía con un toque de malicia, mordiéndose el labio. Me llevó cogido de la mano hasta el pie de otro árbol, yo solo la miraba a ella, me había rendido por completo a sus encantos, tan solo era un juguete en sus manos; alargó lentamente el brazo y descolgó un mango maduro, su aroma dulce llenó el aire a nuestro alrededor. Rasgó la piel grácilmente con sus dientes y la retiró con habilidad, dejando escurrir el jugo de la apetitosa fruta por su muñeca. Me envolvió con sus brazos y comimos la deliciosa pulpa boca con boca, con nuestras lenguas encontrándose y deslizándose la una en la otra y luego lamiendo el jugo que se había derramado sobre su cuerpo; era el éxtasis, la más loca e

insensata fantasía que hombre pudiera imaginar sobre la tierra, el placer elevado a la enésima potencia.

Descalzó sus vertiginosos zapatos de tacones y me llevó hasta la cascada; me quitó el resto de mi ropa con mucha habilidad, podría haberlo hecho sin que yo me diera cuenta. El agua estaba fría, pero, por alguna razón, mi cuerpo la acogió con agrado, con una sensación de frescor y juventud. Ella se metió conmigo, aún en ropa interior, untó mi cuerpo con aromáticas cremas, lavó mi cabello, mi sexo, mi respiración se entrecortaba, aquello podía enloquecer a cualquiera.

Antes de dirigirnos a la lujosa cama de la habitación, que más parecía un altar, nos secamos en una enorme toalla que nos envolvía a los dos, cumplíamos con una especie de ritual de amor que Sheilla ejecutaba con maestría. Luego descorrió las cortinas de seda que colgaban del dosel y me condujo al interior del lecho, era como si hubiéramos accedido a la quintaesencia de aquel paraíso, a lo más íntimo y secreto que había en él. Cuando se quitó la ropa interior, mojada y adherida a su cuerpo, puede apreciarla en todo su esplendor, era la mujer más hermosa que había tenido la oportunidad de contemplar, me embargó una emoción tan intensa que sentí ahogarme. Ahora debía poseerla, mi cuerpo ardía como tomado por la fiebre más extrema y destructiva. Ella empezó a besar mi torso y a acariciarme con destreza; de repente, no sé porqué, sujeté su cabeza con ambas manos e hice con que me mirara. Se apartó despacio para poder observarme mejor. «Estás llorando», dijo. Cogió una de mis lágrimas entre sus dedos y se quedó mirándola, fascinada, desconcertada. Entonces volvió a mirarme, había un brillo de tristeza en sus ojos. «Ya perteneces a otra, ¿no es cierto?». Bajé la cabeza, resbalaron algunas lágrimas más hasta la colcha de seda blanca. «Es una forma de decirlo», dije. Estuvimos varios minutos en silencio, sin saber qué hacer.

—La he querido desde siempre, pero soy tan torpe y desgraciado que no he sido capaz de darme cuenta hasta hace unos días, a lo mejor ya es demasiado tarde —dije por fin—. Es la novia de Julival, el otro chico que vino con Marcos —ella esbozó una sonrisa irónica.

—Casi todos los hombres son iguales, seguro que no se merece a un tipo como ese.

—No es mala gente, le ocurre que... se resiste a crecer.

—Ya —volvió a sonreír con ironía—, como le sucede a todos los hombres —le devolví la sonrisa.

—Podría enamorarme locamente de ti —le dije con un temblor en la voz—, eres absolutamente preciosa y encantadora... me dejas sin palabras, no había visto nada tan bello antes.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez percibí que estaba conteniendo un acceso de llanto. Se excusó y se sentó en el borde de la cama, recogió su bata y se la volvió a poner. Entonces fue hasta un pequeño aparador y trajo algo consigo, un estuche diminuto. Se paró ante mí, me observaba con cierta condescendencia, diría incluso

que con pena.

—Chico de Europa, ¿en qué mundo vives? ¿Enamorarte de mí, dices? Oh, pobre ingenuo... ¿No te has dado cuenta aún? Yo... ¡no soy real! —Sacudí la cabeza, ¿qué pretendía decirme?

Se sentó de nuevo en el borde de la cama y puso sobre ella el pequeño estuche. Entonces agachó la cabeza y empezó a manipular algo en sus ojos.

—Mira —me dijo—, mis ojos no son negros, son castaños, y mis pupilas no son tan grandes como aparentan... —Puso las lentes de contacto dentro del estuche, me sentí como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría—. Puedo hacer que mis ojos sean verdes o azules o incluso púrpura, depende de las preferencias del cliente.

Cogió mi mano y me la hizo pasar por ciertos sitios de su cabeza.

—¿Te das cuenta, aquí, estos diminutos nudos? Este pelo acaracolado tan bello y exótico son extensiones, aunque no lo parezca; viene de Japón, es carísimo. También me lo puedo poner lacio, y rubio o de cualquier color que te plazca. ¿Lo entiendes? Puedo incluso cambiar mi forma de comportarme, como una actriz... podrías venir mañana y ni siquiera reconocermé.

—No me importa, me sigues pareciendo preciosa —insistí.

Se abrió un poco la bata y dejó al descubierto sus esculturales senos, su vientre era suave y terso.

—Están retocados, al igual que mi rostro, mi pómulos, mi nariz, mi barbilla... Nadie es así. Esto que ves es tan solo una invención, una fantasía para una noche de sexo. Nada más. Dios, es tan fácil engañar a los hombres...

Tuve que admitirlo, las mujeres siempre nos han tenido atrapados, es verdad que los hombres somos un poco necios y primitivos. Aun así, insistí, me seguía pareciendo preciosa. Ella sonrió, por primera vez pude apreciar su verdadera sonrisa. Luego se me quedó mirando largo y tendido, ahora con sus ojos castaños y no tan grandes como me habían parecido en un principio.

—Es cierto, eres lento de reflejos —me dijo.

—¿Lento? ¿Qué he hecho esta vez?

—Se trata de lo que no has hecho... Dios, ¿qué coño haces aquí?

—Pues Marcos... que me metió en esta encerrona y ahora...

—Tonterías. Me refiero a qué estás haciendo que no estás con tu amada. ¿Crees que no sabe en qué asunto está metido su novio y tú mismo? Ese no sale de aquí hasta mañana por la mañana, y habrá que largarlo. ¿Crees que no está pensando en ti? Las mujeres tenemos un sexto sentido, sabemos mucho más de lo que damos a entender.

Mi corazón empezó a latir de nuevo con fuerza, algo se despertó en mi mente con la potencia de un rayo. Tenía toda la razón, me había comportado como un estúpido.

—Vamos, tío —dijo aparentando enfado—, sal de aquí cagando leches y hazle el amor a esa pobre chica. ¿Será que te lo tengo que decir todo? Si la mitad de mis clientes fueran igual de atolondrados que tú, anda que estaría yo arreglada.

—Eres una mujer excepcional, no imaginas lo mucho que me has enseñado esta

noche. Gracias, Sheilla, gracias de todo corazón.
—Mi nombre es Silvia...

Catorce

Sheilla —o, más bien, Silvia—, en su infinita sabiduría de ménade de la noche, tenía razón; podría tenerla hasta el fin de los tiempos habida cuenta su repetida y cíclica experiencia, testigo una y otra vez de las mismas debilidades de los hombres, noche tras noche, como una maldición atávica destinada a cumplirse como una cruel tautología. Así fue; Julival no llegó a casa de las hermanas de Marlí hasta las once de la mañana, lo suficientemente tarde como para permitir que esta cruzara con él una mirada llena de desaprobación y, asimismo —aunque Julival no estuviera en condiciones de percibir tal circunstancia—, de aprehensión y congoja. Yo decidí quitarme de en medio y refugiarme en mi habitación, no sabía aún cómo debía comportarme, o incluso si debía hacer mi maleta y marcharme de una vez. Era evidente que en la casa las hermanas lo sabían todo. Sabían que había llegado de madrugada y que no había golpeado la puerta sino la ventana de Marlí, y que me había colado por ella y que me abracé a su cuerpo como un desesperado, llorando, y que, aún llorando, hicimos el amor hasta quedar extenuados. Sus miradas me delataban, en realidad hasta la mirada de las paredes de la casa.

Al cabo de un rato Marlí tocó discretamente la puerta de mi habitación y se asomó al umbral con una cara desfallecida, no sabía muy bien qué decir. «Julival... va a estar durmiendo hasta por la tarde, ya le conoces. Nosotros podríamos... podríamos dar un paseo». Me dijo que deseaba que la acompañara por los parques de la ciudad. «¿Recuerdas aquella foto que nos sacamos en el parque Barigüí? Aún la conservo». Fue un sábado por la tarde, el grupo de la escuela nocturna había decidido reunirse para pasar el día, todos habían bebido una barbaridad, como de costumbre; por alguna razón Marlí y yo habíamos terminado charlando un tanto apartados de los demás a la orilla del lago del parque. En aquella época no me daba cuenta, pero siempre acababa en compañía de Marlí. No sé porqué, me imaginé a Sheilla reprimiéndome, es cierto que siempre fui un estúpido. Casualmente Marlí llevaba en el bolso una cámara desechable, de pronto sucumbió al impulso de pedirle a un desconocido que paseaba por allí que nos sacara una foto. El sol aparecía detrás nuestro, hundiéndose por entre de los edificios que bordean el parque. Reflejábamos una felicidad desbordante, llenos de lozanía y deseos de vivir, alegres e inocentes pese a que el mundo entero parecía estar en nuestra contra. Claro que me acordaba de aquella foto.

Dudé un momento, me sentía confuso. Pero, al final, me dije, era mejor que permanecer en el ambiente opresivo de aquella casa. Armé mi cámara y nos fuimos con precipitación a la parada de la guagua. Nos apeamos primero en el parque São Lourenço, Curitiba está plagada de enormes y frondosos parques. Bordeamos su apacible lago lleno de aves acuáticas y nos adentramos en un bosquecillo, la fragancia de los árboles inundó nuestros pulmones y nos sentimos acogidos y protegidos, lejos de todo, como si nunca hubiéramos tenido pasado o, mejor, como si

fuéramos capaces de moldearlo a nuestro antojo y poder redimir así nuestro confuso y turbio presente. Tomé la mano de Marlí, ella no me rechazó, aunque no me miraba, yo tampoco me atrevía. Una sensación de profunda felicidad se apoderó de mí, me parecía como si estuviera en un sueño. Me figuré que el tiempo no había pasado, que aún era un muchacho con la sabiduría suficiente como para reconocer el amor en su manifestación más pura, y no solo estaba preocupado en comportarme como los demás esperaban que lo hiciera; me figuré con el valor y la madurez suficiente como para mirar a Marlí a los ojos y besarla, sin pedirle permiso, porque, en todo caso, ya me lo había concedido desde un primer momento. Tampoco me rechazó cuando sujeté con delicadeza su rostro y la besé; la besé como debí hacerlo hacía mucho tiempo. Quizá, no sabía, ya era demasiado tarde. Pero no me apetecía debatirme en mis contradicciones, ni arrepentirme, ni pensar en el mañana, ni tan siquiera en los próximos cinco minutos. Solo me apetecía disfrutar de tan luminoso presente y desear lo imposible, que nunca llegara a su fin.

Desde la última vez que estuve en la ciudad se habían inaugurado por lo menos media docena de parques más; Marlí decidió llevarme al Tingüí, solo teníamos que coger una guagua, no estaba muy lejos. Nos divertimos mucho sacándole fotos y persiguiendo a las manadas de carpinchos que campaban a sus anchas por todo el parque, era una visión de lo más pintoresca; nadie sería capaz de atraparlos aun si fuera esa su más férrea intención, ponían en marcha de inmediato sus increíbles habilidades acuáticas y se refugiaban en las pequeñas islas que había en el interior de los lagos, creadas a tal propósito. Marlí me explicó que los carpinchos formaban parte de un curioso ecosistema ideado por los diseñadores del parque; se encargaban de mantener la hierba rala y los parterres libres de rastrojos, mientras que sus excrementos se utilizaban para fertilizar los jardines. Y, además, añadido yo, proporcionaban al Tingüí un ambiente naturalista y auténtico. Recorrerlo de punta a punta —es muy alargado— nos llevó un tiempo considerable, sobre todo porque yo me empeñé en sacarle una foto a Marlí junto a cada tipo de flor que veía, no podía resistirme, ella se prestaba gustosa, parecía disfrutar posando para mí. Marlí y las flores eran un complemento perfecto. Pasamos allí buena parte de la tarde.

De repente, me miró con una sonrisa pícaro que hacía tiempo no veía en su rostro mientras dábamos cuenta de unos perritos calientes en un puesto ambulante, eran casi las siete de la tarde. «Si nos damos prisa podemos llegar al parque Barigüí para la puesta de sol... ya sabes, podríamos repetir aquella foto». Le contesté que la única manera de llegar a tiempo era cogiendo un taxi. Eso ella parecía darlo por supuesto y, antes de que yo terminara de hablar, ya había echado a correr con la intención de llegar a la calle principal y parar uno. Llegamos jadeando, no era una calle por la que precisamente transitaran muchos taxis; nos pusimos a esperar con impaciencia a que viniera alguno. Los pocos que pasaban iban ocupados, maldecíamos llenos de frustración. Entonces apareció un taxi que estaba libre, casi saltamos en mitad del asfalto para hacer que se detuviera. El chófer pareció alarmarse, debió pensar que se

trataba de una emergencia, aunque en cierta medida, al menos para nosotros, lo era. Le ofrecí pagar el doble de la carrera si se daba prisa, era una buena suma, el parque Barigüí no estaba muy lejos, quizá a unos ocho o diez kilómetros, pero el tráfico a esa hora suele ser horrible y para evitarlo había que dar un buen rodeo. Mientras tanto los dos mirábamos con aprehensión la trayectoria descendente del sol, como si con nuestras miradas atónitas fuéramos capaces de detenerlo en el cielo, temíamos llegar demasiado tarde; si el sol se ocultaba por detrás de los edificios que bordeaban el parque, nuestros esfuerzos habrían sido en vano.

Cuando estábamos cerca, aproveché para fijarme en la luz y hacer los ajustes pertinentes en mi cámara. Dimos instrucciones al chófer para que nos dejara lo más cerca posible del lago; le pagué y salimos corriendo como si nuestras vidas dependieran de realizar la empresa tan pueril que nos habíamos propuesto. Íbamos de manos dadas, riendo como adolescentes, sentíamos una excitación narcotizante, ni siquiera nos importaba despertar la curiosidad de la gente, como de hecho sucedía. Faltaba poco; un par de minutos más y el sol empezaría a desaparecer por detrás de la muralla de edificios, teníamos que actuar rápido. Nuestro estado de frenesí era tal que no nos importó detener a un muchacho que iba haciendo *footing* para que nos sacara la foto, imagino que nuestra vehemencia y descaro debió desconcertarle hasta el punto de no saber cómo negarse, estaba claro que la situación era absurda. Nos situamos a toda prisa en el lugar donde supusimos nos habíamos hecho la instantánea anterior, incluso emulamos las mismas expresiones.

La foto salió tal y como la habíamos imaginado. Habíamos vencido al tiempo, todo era perfecto. Demasiado perfecto.

Quince

La vida es sencilla, todos sus secretos están a la vista, sin embargo nos empeñamos en complicar las cosas, pese a las evidencias, en convertir nuestra experiencia en una tautología de la destrucción que nos empuja una y otra vez al borde del abismo. Es curioso el modo que tenemos de racionalizar lo que no puede ser justificado de ningún modo, de ignorar las señales de peligro que se yerguen delante mismo de nuestras narices. Somos insectos que se estrellan obsesivamente contra la luz de una farola en plena noche, una y otra vez hasta hallar la muerte.

Las señales eran demasiado evidentes, pero no fui capaz de detenerme. Marlí tampoco, todos estábamos embarcados en una especie de furiosa huida hacia adelante —aunque esa vorágine se había desatado hacía mucho tiempo—, no estábamos dispuestos a renunciar a nada. Llegamos a casa de las hermanas de Marlí pasadas las doce de la noche, habíamos hecho el amor en un motel de mala muerte, en uno de esos que yo pensé que nunca entraría, sumidos en una oleada de frenesí incontenible. Cuando regresamos ya no íbamos de manos dadas, ni siquiera nos hablábamos. Las miradas que nos recibieron estaban cargadas de desaprobación, quizá había en ellas cierta lástima. La hermana mayor parecía profundamente disgustada.

—Los vecinos han venido a preguntar por ti —le dijo a Marlí con la voz quebrada por la indignación—, organizaron una merienda para ti en casa de doña María, ella te preparó incluso los pasteles de dulce de leche que tanto te gustan, imagínate, a su edad... Sabes lo mucho que te aprecia, ¡eres una desagradecida! No sabía qué disculpa darles, todavía estoy colorada de vergüenza.

A mí ni siquiera me miró. Por suerte Julival se había ido a tomar cerveza con unos amigos del barrio a un bar cercano, aunque ciertas insinuaciones apuntaban a la posibilidad de que hubiera ido a buscar cierto tipo de licenciosa compañía femenina. No volvería hasta dos horas después, me pareció una buena excusa para irme a la cama y no tener que enfrentarme a la incomodidad de su presencia. Jamás hubiera pretendido su ignorancia acerca de lo que estaba sucediendo entre Marlí y yo, sobre todo después de haber pasado juntos un día entero, pero me preguntaba cuáles serían sus sentimientos y si pretendía hacer algo al respecto, la situación era susceptible de volverse violenta, pero lo peor de todo era que ni siquiera esa atroz perspectiva era capaz de hacerme renunciar a ella. Antes de irnos cada uno a su habitación Marlí me miró de refilón y me dedicó una ligera sonrisa, un tenue resplandor, una delicada gota de cielo; habría matado por no perder nunca esa sonrisa.

Al día siguiente nos levantamos todos tarde. Yo me había despertado mucho antes, pero ahora que tenía tiempo para reflexionar a solas me daba cuenta plenamente de lo irresponsable de mi actitud, la situación tan difícil y absurda que había contribuido a crear entre aquellas buenas gentes, no sabía con qué cara iba a mirarles, el paso de los minutos y la angustia se me hacían eternos. Pero entonces escuché a Julival, salía de su habitación cantando y de excelente humor; Julival era

un tipo encantador, sabía ganarse a la gente. Le oía bromeando con las hermanas de Marlí y a estas riendo por lo bajo muy divertidas, la casa se había inundado de un aire alegre, de olor a café y pan tostado. Eso me animó y decidí hacer acto de presencia de la forma más discreta posible. Sin embargo Julival no estaba dispuesto a permitir que nadie estuviera con el ánimo decaído; nada más verme me saludó con efusión, me decía cosas como «hombre, pero si está aquí el galán español» o «¡viva el rey de España!». Yo sabía que en sus palabras no había segundas intenciones, su espíritu era jovial por naturaleza y, aunque a veces era un poco irreflexivo, quizá algo pícaro en el fondo, en él no tenía cabida la maldad. Me di cuenta de que también él estaba embarcado en su particular huida hacia adelante, estaba tan perdido como Marlí o como yo, las cosas no marchaban bien entre ellos, y no solo debido a mi causa, intuía que algo llevaba tiempo a punto de romperse, en consecuencia, sobreactuaba, se defendía del dolor con sus bromas, intentaba no dejar espacio para pensar en una actitud que quizá tenía mucho de desesperación.

El caso fue que, extrañamente, consiguió contagiar su buen humor a todos nosotros, cuando menos lo esperábamos nos vimos reunidos en torno a la mesa desayunando juntos embargados de una gran animación, incluso Marlí se levantó y sentó con nosotros con toda naturalidad y ya participando de la complicidad que se había originado. Luego recordé que era en ese día por la noche cuando habíamos quedado para reunirnos con nuestra antigua pandilla; todos albergábamos grandes expectativas, era un momento largamente esperado por nosotros. Pensándolo bien, teníamos muchos motivos para estar alegres, teníamos motivos, como niños, para seguir soterrando nuestros conflictos y posponiendo lo inevitable un poco más.

Pero eso iba a tener lugar por la noche, quedaban aún muchas horas, de modo que a Julival se le ocurrió que podríamos dedicar la tarde a jugar al *truco*^[5]. Decidimos sobre la marcha que compraríamos costilla de ternera y chorizo y haríamos una barbacoa, o una *churrascada*, como se dice allí, montaríamos la mesa en el jardín, a la sombra de los árboles, y, en compañía de la imprescindible cerveza, nos entregaríamos al bullicio de ese particular juego de cartas. El día era bueno, quizá algo sofocante, Julival se encargó de asar la carne —era un experto en la materia— y Marlí y las hermanas, de aderezar la mesa con todo tipo de guarniciones, no desperdiciaban ocasión para demostrar lo mucho que les gustaba cocinar. Y yo, bueno, yo me dediqué a lo que sabía, a sacar fotos; todo el mundo me lo reprochaba, «¿pero es que no vas a ayudar en nada?». Pero yo sabía que a todos en el fondo les complacía que los retratara, confiaban en que después tendrían algunas buenas fotos para el recuerdo. Las mejores fueron las de Marlí con sus hermanas en la cocina, cocinar todas juntas era algo que compartían con verdadero deleite. Conseguí algunas instantáneas muy buenas con una estética que me pareció propia de las revistas de cocina, primeros planos de sus manos cortando verdura de vivos colores o removiendo ingredientes en una sartén y sus rostros sonrientes un poco difuminados en segundo plano, yo mismo quedé sorprendido del resultado. La comida en conjunto

salió deliciosa, aunque, como siempre, para complacer, comiera más de lo que me apetecía.

Jugué algunas manos al *truco*, pero las cartas no son lo mío, no soy lo suficientemente perspicaz, aparte de que no suele sonreírme la suerte, siempre hacía perder a mi pareja de juego. Tampoco importó mucho, Marlí y sus hermanas eran unas jugadoras avezadas, se entendían con solo mirarse; quizá su aspecto no las delatara como tales, y eso obraba como una ventaja a su favor —tendían a ser subestimadas—, pero eran capaces de competir contra los mejores jugadores. Julival se desesperaba, no conseguía ganar una sola mano. En cualquier caso, terminamos todos medio borrachos. Al final de la tarde empezamos a oler la lluvia, soplaban una brisa ligera y fresca; miramos al horizonte y vimos acercarse nubes de tormenta. Sabíamos que era cuestión de minutos. Así fue. Recogimos la mesa a toda prisa; empezaron a caer unos gruesos goterones, luego el viento sopló con furia al tiempo que se desplegaba un gran aparato eléctrico. Y se desató sobre nosotros el diluvio universal, un chaparrón de lluvia colosal y liberador que borraba de un plumazo la pesadez del ambiente. No lo dudé un momento: lejos de recogerme en la casa como los demás, dejé que la lluvia me bañara y purificara mi cuerpo; me invadió una gran sensación de bienestar, me sentía libre y pleno. Todos me gritaban desde la casa que estaba loco, pero al final Marlí y Julival se unieron a mí bajo el cielo desnudo y terminamos bailando como adolescentes en medio de un gran jolgorio. Las hermanas de Marlí no paraban de repetirnos que íbamos a coger un resfriado. Sin embargo, la fiesta duró lo que la efímera tormenta tropical, apenas unos minutos.

Me encanta cómo se queda el ambiente después de una tormenta: luminoso, brillante y limpio, como si todo volviera a resurgir fruto de un milagro. Cogí mi cámara y empecé a sacar fotos del paisaje que se abría delante de la casa a la luz decreciente y dorada del atardecer. Era maravilloso. Marlí se me acercó y me susurró al oído: «eres un bicho raro, me pregunto si no habrás nacido para estar solo». Me quedé mirándola durante algunos instantes; hubiera querido poder besarla, huir lejos con ella a un lugar donde nadie nos conociese... Ella, a su vez, me devolvía una mirada intrigada, con una sonrisa melancólica en sus labios. ¿Quién era yo, al fin y al cabo? Quizá un alma que se había cerrado sobre sí misma como un armadillo, un alma que quizá había roto demasiadas amarras con este mundo como para pretender atracar ahora en un puerto seguro.

—Nunca cambiarás, ¿verdad? —volvió a susurrarme mientras me acariciaba levemente la mejilla—. Voy a entrar, tengo que cambiarme; sugiero que hagas lo mismo, o nos vamos a retrasar.

Habíamos quedado en que vendría a buscarnos Clayton, un viejo amigo de la pandilla que no vivía muy lejos de allí, al que de vez en cuando llamábamos «Didí» debido a un supuesto parecido con un cómico muy famoso, aunque yo creo que el mote le venía más por su afición a hacer un poco el payaso, tenía un gran sentido del humor. Clayton siempre había estado metido en el mundo de la mecánica, de hecho,

por mucho que se aseara e intentara ponerse elegante no podía evitar un desaliño que parecía inherente a su condición, siempre portaba en los dedos restos de aceite de automóvil y su piel, por algún motivo que no conseguía identificar, aparentaba cierta suciedad, por mucho que no pudiera ser detectada de una manera explícita; es más, siempre le acompañaba el penetrante e inconfundible olor de los talleres de coche. No obstante era difícil que no te cayera bien a la primera, era un buenazo, un auténtico diamante en bruto. Su llegada fue una fiesta, nos alegramos tremendamente de verlo; venía conduciendo un viejo Passat, nos burlamos sin piedad, ¿es que nunca iba a comprarse un coche decente? Era un caso perdido, creo que en el fondo le gustaba tener un coche viejo para entretenerse reparándolo, él se reía y nos contaba que su mujer —se había casado y tenía dos hijas— también se lo reprochaba, a todos nos pareció que seguía el mismo de siempre. No pudimos evitar recordarle lo mucho que le hizo sufrir una de las profesoras de lengua, Clayton era lo que en Brasil se conoce como un *caipira*^[6] y no podía evitar, pese a su empeño, algunos vicios lingüísticos de las personas del interior. Era realmente auténtico, desde luego acompañarnos le suponía hacer ciertas concesiones, se sentía un poco como pez fuera del agua, él insistía en que fuéramos todos a un *bailão*^[7], opinaba que en esos sitios sí sabían divertirse, pero sabía perfectamente que, en cuestión de gustos, estaba en franca minoría.

Dejamos el coche a varias manzanas del centro y nos dirigimos a pie al lugar de encuentro, una de las concurridas terrazas de la zona conocida como Boca Maldita, allí solíamos reunirnos en nuestros tiempos a tomar cerveza cuando nos fugábamos de clase. Ya estaban casi todos esperándonos: Rose, Dalva, Sione, Xico, Zezinho, Sergio, alias «El Gordo», y Tobías. El reencuentro fue muy efusivo, armamos una algarabía tremenda, la gente que pasaba por la calle nos miraba con asombro y hasta con cierto temor; besos, abrazos, risas, gritos y bromas de todo tipo, nos inundaba una sensación indescriptible, nos sentíamos como si hubiéramos burlado el tiempo y vuelto al pasado, no era posible que hubieran transcurrido diez años, ¿cómo es que la vida pasaba tan rápido? Pedimos un montón de cervezas y nos entregamos de cuerpo y alma a ponernos al día, lo que había sido la vida de cada uno, matrimonios, hijos de por medio, desamores, trabajo. Era increíble que muchos de nosotros estuviéramos juntos tantos años después, inmediatamente empezamos a echar de menos a los ausentes y a recordarlos, ¿qué habría sido de ellos? Se nos venían a la cabeza miles de anécdotas. Luego llegaron Israel, Edilson y Paula, se unieron de inmediato a la fiesta. Yo había llevado mi cámara, de modo que me dediqué a plasmar el momento, como es lógico saqué una foto de familia, bueno, en realidad, varias, y luego una de los chicos cogiendo en brazos a las chicas, y otra con los chicos tirados en suelo y las chicas con un pie encima de ellos, empezábamos a desmadrar, y el alcohol a hacer su efecto. Supongo que los encargados de la terraza se habían hartado de nosotros, parecía claro que les espantábamos a los clientes; un camarero se nos acercó con discreción y nos dejó la cuenta sobre la mesa, era una invitación en toda regla a que

nos largáramos. Decidimos tomarla con el personal de la terraza, por pura diversión. Empezamos a decir que no nos íbamos a marchar y que tendrían que expulsarnos a la fuerza, de forma espontánea surgió en todos la voluntad de hacer revivir algunas de nuestras gamberradas. Julival se subió a una mesa e improvisó una especie de discurso de resistencia ciudadana, de inmediato empezamos a corear antiguos eslóganes de las manifestaciones estudiantiles; Israel, que había sido miembro del sindicato, se unió a Julival en lo alto de la mesa y enriquecía los discursos de aquel con histriónicos comentarios de corte marxista.

Sobra decir que ninguno de nosotros creyó jamás en nuestra época de estudiantes que manifestándonos las cosas pudieran cambiar, pero aprovechábamos la ocasión, un poco como estábamos haciendo en aquellos momentos, para pasarlo en grande y a veces incluso romper alguna ventana del colegio en venganza por lo que considerábamos una enseñanza mediocre a cambio de lo que pagábamos.

Las cosas empezaban a irse de madre, se había reunido una pequeña multitud a nuestro alrededor, uno de nosotros divisó las luces de una patrulla de policía no muy lejos de donde nos encontrábamos, supusimos que venían a mediar en el conflicto, vamos, a repartir cera o a detenernos (para darnos cera en la comisaría), desde luego la policía nunca venía a nada agradable, y en Brasil menos que en ningún otro sitio; si eras sensato te cuidabas más de la policía que de los propios delincuentes. Nuestra reacción fue unánime: tal y como habíamos hecho en tantas otras ocasiones del pasado salimos corriendo todos a una, dejando la cuenta sin pagar sobre la mesa y a los camareros de la terraza con dos palmos de narices. No teníamos nada que temer, era sábado por la noche y las calles del centro de la ciudad se encontraban atestadas de gente, podíamos mezclarnos y diluirnos con facilidad, nos sentíamos los reyes del mundo, podíamos hacer lo que nos viniera en gana.

Milagrosamente todavía quedaban en pie algunos locales de baile y pubs que conocíamos de los viejos tiempos, decidimos realizar un *tour* hasta donde las fuerzas nos soportaran. Dalva se colgó del cuello de Xico y empezó a fingir que le metía mano, pero todos sabíamos exactamente lo que andaba buscando. Xico era el más viejo con diferencia, ya en la época de la escuela nocturna tenía un buen trabajo, era chófer de guagua y se había ganado la estima de todos nosotros a cuenta de que siempre llevaba encima una bolsita de hierba que solía compartir con cierta generosidad, aunque todos sabíamos que se estiraba mucho más con las chicas, especialmente con aquellas que le otorgaban algún favor como moneda de cambio. A mí nunca me había gustado fumar, pero a veces lo hacía como forma de no quedar descolgado del grupo, una tendencia contra la que me veía obligado a luchar constantemente. Se unieron a Dalva las otras chicas, y luego los demás decidimos que no podíamos quedarnos atrás y empezamos también a manosearlo y a rogarle, medio en broma, medio en serio, que aflojara todo lo que llevara encima. Armamos un gran jolgorio, el pobre Xico terminó sin su elegante camisa y tuvo que ceder cuando alguno empezaba ya a quitarle los pantalones, todo eso en un rincón de la plaza Rui

Barbosa. No era mucha cantidad, pero lo juntamos a otras pequeñas cantidades que llevábamos algunos y al final dio para que todos diéramos una calada, lo suficiente para que nuestras miradas se enrojecieran y fuéramos tomados por una incontrolable risa tonta.

Empezamos nuestro periplo por un pub con pista de baile situado en la Andrés de Barro, el legendario *Angel's Flight*, conservaba aquel aspecto retro de los ochenta que tanto nos gustaba y seguían pinchando los éxitos antiguos que todos recordábamos. Pedimos más cervezas y nos lanzamos a bailar y a cantar embargados por una gran euforia, enseguida tomamos el centro de la pista de baile, nadie era capaz de hacernos sombra. De allí seguimos madrugada adentro por varias de las discotecas y pubs de nuestros recuerdos, lo poco que aún quedaba en pie. En algún momento, en medio de las borrosas sombras del alcohol, el grupo se había dividido. Primero perdimos de vista a Xico y a Dalva, Tobías nos comentó que se habían fugado juntos, luego Sergio y Edilson decidieron probar suerte con unas chicas que habían conocido, aunque ambos, según nos habían contado, estaban casados; existía también un desacuerdo entre los restantes compañeros acerca del rumbo que debíamos tomar, al final, casi sin darnos cuenta, seguimos direcciones divergentes.

Mis recuerdos sobre lo que ocurrió realmente al término de la madrugada son confusos, estaba completamente ebrio. De mi desfragmentada memoria emergen imágenes de un oscuro local nocturno, retazos incoherentes de algunos rostros, no sé si soñados. De repente me invadió una inconmensurable tristeza, busqué con ahínco a Marlí, se me ocurrió que necesitaba abrazar su cuerpo —en un momento dado habíamos perdido el contacto sin saber cómo—, pero todo me empezó a dar vueltas, hasta que me encontré con unos ojos que me observaban desde un rincón. Yo los conocía, sabía que los había visto en algún lugar. La figura de una mujer empezó a moverse lentamente en mi dirección, sus sensuales caderas, embutidas en unos vaqueros ajustados, se contoneaban peligrosamente al andar, su presencia me dejó sin poder articular palabra, era hermosísima. Se puso justo delante de mí, me extendió algo que llevaba en la mano.

—Hola, creo que esto es tuyo —era la funda donde portaba la cámara.

Me miraba muy fijamente. Sonrió, sus labios carnosos escondían unos encantadores dientes irregulares.

—¿No te acuerdas de mí?

Dieciséis

Ahora veo con claridad que fue una apuesta segura por el desastre, ¿habíamos atravesado el punto de no retorno?: todos habíamos cambiado, ¿a quién pretendíamos engañar? Lo cual nos conducía inapelablemente a la incómoda pregunta de qué habíamos hecho con nuestras vidas, en definitiva, en qué nos habíamos convertido en realidad. Seres fatuos e inmaduros intentando revivir una época hacía mucho sumida en las cenizas del pasado, quizá porque no habíamos sido capaces de construir algo nuevo de lo que poder enorgullecernos. Nuestros gritos y bailes en la noche, nuestras risas impostadas, artificiales, la ilusión de vivir sin límites no eran otra cosa que los restos de un gran naufragio. Así me lo revelaban aquellos ojos tristes que me miraban con cierta lástima en medio de la penumbra cortada de flashes y luces estridentes de la discoteca, pub o lo que quiera que fuese el lugar donde me encontraba.

Elisa. Así se llamaba la que a buen seguro había sido la chica más guapa de toda la escuela nocturna. También la más inaccesible, la más misteriosa. Elisa. Sí, también ella había cambiado. ¿En qué habría cambiado yo? No quería pensarlo, ahora que había tomado consciencia de ello y me avergonzaba de la imagen que de mí mismo veía reflejada en esa lucidez extraña que propicia el alcohol. Seguía hermosa, no obstante. «Salgamos de aquí», me dijo, yo seguía buscando a Marlí. Su mirada pareció ensombrecerse aún más, «Marlí se ha marchado hace horas. Ven, no estás en condiciones». No conseguía mantenerme en posición vertical, tuve que apoyarme en su hombro. No pude evitar aspirar el perfume de su cuello, habría perdido la cabeza a poco que me hubiera dejado llevar. Ella sonreía, la borrachera no me dejaba disimular mis instintos tanto como yo hubiera deseado. Salimos a la calle, se adivinaba un débil fulgor púrpura por encima de los edificios de la ciudad. El aire era cálido pero limpio, sentí un placer reparador al respirarlo. Le pregunté a Elisa por qué no se había unido al grupo. Me contestó que lo había hecho en una de las discotecas, nos había localizado gracias a un SMS que le envió Zezinho, pero, según contó, estábamos tan frenéticos y ensimismados que ninguno nos dimos cuenta de su presencia.

—Tuve que emplearme a fondo, debía encontrarte —dijo.

—Encontrarme... ¿a mí?

—Tenía ganas de verte, desde hace mucho.

Me detuve, noté un tono demasiado vehemente en su voz. La miré con extrañeza. Ella sonreía enigmática.

—Siempre has sido un tonto —hizo una pausa, volvió a sonreír con sus dientes irregulares—. Por supuesto, nunca te percaste.

—¿Percastarme...? ¿De qué estás hablando?

—De lo tonto que eres.

Sacudí la cabeza desconcertado, luego caí en la cuenta.

—Un momento... ¿Me estás diciendo que tú...? Pero si me despreciabas ostensiblemente, incluso llegaste a ser cruel alguna vez... Vamos, no puedes estar

insinuando que... te enamoraste de mí, no tiene sentido...

—Por eso mismo, porque te despreciaba... No entiendes a las mujeres, siempre andas metido en tu mundo.

—Hey, Elis, te juro que yo no...

—No importa, no quiero reprochártelo, ha pasado mucho tiempo, solo quería saber cómo estabas. Me alegro de verte, señorito español —rio divertida—. Así era como te llamaba, ¿lo recuerdas?

Claro que lo recordaba, pero me sentía confundido. Elisa... ¿me quería?, yo siempre pensé que era inalcanzable para cualquiera de nosotros, jamás me lo hubiera imaginado. Esta vez reía a carcajadas al ver mi expresión de congoja. «Ya te he dicho que no tiene importancia, olvídalo, es cosa del pasado». Al final acabé riendo yo también, no me cansaba de mirar su rostro, parecía tan... serena, tan segura de sí misma. No pude contenerme y acaricié una de sus mejillas, no podía creerme la cantidad de cosas que había dejado escapar en mi vida, Dios, ¿dónde había tenido la cabeza? No sabía qué hacer o decir de modo que se me ocurrió invitarla a tomar un café, eso ayudaría a despejarme, «no puedo llegar en este estado a la casa de las hermanas de Marlí», le dije, además, necesitaba encajar cuanto acababa de contarme, en unos momentos había vuelto mi mundo del revés, me sentía confundido.

Me condujo a la Calle 24H, era domingo de madrugada y dicha calle constituía la única posibilidad de encontrar un bar abierto a esas horas en el centro. No hablamos durante todo el trayecto, Elisa se mostraba muy seria. Cuando nos sirvieron los cafés, me dijo:

—No creo que debas ir a verla —la miré con sorpresa, desconcertado; clavó sus pupilas negras sobre las mías—. Ya conoces a Julival... —asentí—, se puso demasiado alegre con las chicas, yo misma vi como besaba en la boca a una de ellas. Discutieron, creo que se dijeron cosas muy fuertes, puede que hayan roto.

—Entonces debo ir a verla de inmediato —dije con impaciencia, Elisa se mantenía impertérrita.

—Te buscaba con desaliento, lloraba desconsolada, pasó a mi lado como un torbellino.

—Pero tú pudiste haber... —Me atragantaba, me huían las palabras—. Sabías dónde estaba yo... sabías lo que estaba pasando. ¿Por qué no me avisaste?

—¿Qué ibas a decirle? Estabas borracho, creo que ella también...

—Te equivocas, debiste... —Me levanté desesperado, me temblaba todo el cuerpo. Elisa me sujetó de la mano y, con suavidad, me invitó a que retomara asiento. Obedecí, no me atrevía a contradecirla, es como si una especie de autoridad emanara de su persona.

—Esto no me resulta nada fácil, créeme, lo hago por tu bien —se acercó a mí, su voz adquirió un tono severo—. Vi su mirada, pude palpar un intenso sufrimiento en ella, y te puedo asegurar que de eso sé bastante, la pobre chica está muy confundida. Además, ¿qué puedes ofrecerle tú? —Me quedé en silencio, no sabía adónde quería

llegar—. Mírate... también tú eres la viva imagen de la confusión. No tienes derecho a hacerle daño, ni siquiera tú saldrías indemne de esta, quiero decir: ¿sabes dónde te estás metiendo?

Eran palabras demasiado duras, pero yo me negaba a escuchar.

—Tú no lo entiendes... —le dije.

—La quieres con locura. Lo sé. Solo tenías ojos para ella —permanecimos en silencio mirándonos, ella negaba con la cabeza—. Lo que no me puedo explicar es... ¿Por qué no te casaste con ella? La verdad, no sé en qué piensas.

Yo tampoco. Lo único que sabía era que me sentía bien a su lado, pero luego, por alguna razón, me dejaba enredar por los demás; fui posponiendo mis planes de invitarla un día a tomar algo, hasta que fue demasiado tarde. Claro que me hubiera casado con ella, habría dado cualquier cosa para volver al pasado y enmendar mis errores.

—Escucha —dijo Elisa—, vente a mi apartamento y descansa un poco (no tienes de qué preocuparte, vivo sola). Ordena tus pensamientos, deja que ella ordene los suyos. Debes recordar además que Julival es tu amigo, e intuyo que a estas alturas ustedes dos ya tienen una cuenta pendiente. Ve con calma, este tipo de cosas puede acabar mal.

Qué podía hacer sino agachar la cabeza y asentir, Elisa me estaba echando un responso en toda regla. Terminamos el café, ella no dejaba de mirarme y sonreír, lo hacía con enorme cariño y ternura, casi no podía reconocer a aquella chica un tanto alocada e inconsecuente que yo tenía en el recuerdo.

—Sé que tienes necesidad de explorar las posibilidades que te brinda esta nueva oportunidad —siguió diciendo—, quizá también Marlí sienta esa necesidad pero... intenta no comportarte como un crío, ¿de acuerdo?

Fuimos caminando hasta su apartamento, no estaba muy lejos del centro de la ciudad. Era pequeño pero muy acogedor, y decorado con muy buen gusto. Se respiraba limpieza y orden. Me cogió de la mano y me condujo hasta su habitación, la única que había, mi corazón empezó a latir con fuerza, ella me miraba divertida, «no seas tonto, no vamos a hacer nada, es que me siento demasiado cansada, casi se me cierran los ojos... además, aquí vamos a estar mucho más relajados». Me quitó los zapatos y me hizo acostar en su enorme cama de dos plazas. «Eres un malpensado», dijo adivinando mis pensamientos, «no la comparto con nadie, simplemente me gusta sentirme cómoda». Ella se puso al otro lado, nos quedamos mirando el uno para el otro sin decir nada. Aquella situación me parecía absurda, empezaba a resultar embarazosa. Pero era cierto que me sentía agotado y, a poco que pude tranquilizarme, me entregué sin resistencia a la deliciosa sensación de confort que invadía mi cuerpo. Nos observábamos en silencio, una sonrisa cómplice empezó a insinuarse en nuestros labios; no podría explicarlo pero lo cierto es que todo parecía tremendamente natural y espontáneo, la sensación de incomodidad se disipó por completo. Ella me extendió su mano, y yo se la cogí, emocionado; mantuvimos una intensa conversación entre

los delicados apretones que nos dedicábamos, Elisa era una mujer encantadora. Cuando menos nos dimos cuenta estábamos riendo abiertamente, sin motivo alguno. No pude resistirme más, le pregunté:

—¿Por qué te fuiste? No terminaste el último año, nunca más supimos de ti — volvió un poco el rostro y lo ocultó detrás de sus cabellos.

—¿No te lo imaginas?

—No, venga, cuéntamelo...

—Tuviste que notar algo... —Esta vez fui yo quien volvió el rostro, sí que hubo algo, todos lo comentábamos, pero siempre había querido creer que se trataba de meras habladurías. Elisa sonrió.

—Dejaste de asistir a clase paulatinamente, los estudios dejaron de interesarte, pese a que eras una de las mejores alumnas. ¿Qué pasó?

—No me obligues a contártelo, tú ya lo sabes... —Sus ojos se empañaron en lágrimas.

—Yo solo sé que cambiaste de la noche a la mañana. Un día llegaste...

—Qué disparate.

—No, no... estabas bellísima... quiero decir, muy sexy, me dejaste completamente descolocado, y con las hormonas hechas trizas... Nunca te había visto de aquel modo, parecías una supermodelo, ¿qué sucedió?

—Oh, pues que era demasiado joven y me dejé llevar por una gente que conocí, un chico que... Dios, qué confundida estaba. Llegué a pensar que tú... me salvarías, veía en ti algo que no veía en los demás. Perdona, no debería contarte esto, no quiero que te sientas culpable.

—No sabía nada, yo...

—Claro que no, es increíble la cantidad de tonterías que llega una a pensar cuando se pierde el contacto con la realidad —hizo una pausa, me miró con rubor—. Entonces es cierto, no llegaste a enterarte.

—Quizá no me enteré porque me negué a pensar en ello... Cambiaste muchísimo, ya no podía reconocerte. Me cuesta creer que tú...

—Me sentía deseada y dichosa, todos alababan mi belleza —lanzó una risa irónica—, llegué a creer que el mundo estaba a mis pies. Y así fue, al menos por un tiempo... descubrí el enorme poder que la belleza de una mujer es capaz de ejercer... Pero es un arma de doble filo, y aquel chico que conocí... tenía un club nocturno... Yo pensé ingenuamente que tenía el control sobre lo que estaba pasando, la cantidad de dinero que se puede ganar... ni te lo imaginas... pero el precio a pagar por todo eso es el infierno... llegué a hacer cosas que...

—Basta, no tienes por qué seguir. Oh, Elisa —la abracé, ella sollozaba—, debe de haber sido horrible.

—Siento que he echado mi vida a perder.

—Vamos, no seas tan dura contigo misma —volvió a acomodarse en la cama.

—Ya me gustaría no serlo —hizo una pausa; pero de pronto dijo—: Estuve muy

enferma, ¿lo sabes?, casi me fui al otro barrio... Y lo cierto es que... no me importaba lo más mínimo. —La invité con mi silencio a seguir hablando—. Solo una cosa me dio fuerzas para continuar luchando y agarrándome a la vida... Mi hija.

—Vaya, tienes una hija. Pero dónde...

—Vive con mi madre, casi no me conoce. Apenas tiene ocho años... En los últimos tiempos he conseguido reconciliarme con mi madre, no ha sido fácil hacer que me perdone, no supo de mí durante años... hasta que nació Camila. Luego volví a desaparecer, sabe Dios dónde tenía la cabeza.

—Pero ahora todo debe haber cambiado, no hay más que verte, seguro que has rehecho tu vida, estás espléndida —ella sonrió un tanto avergonzada.

—Me costó mucho volver a tener una vida normal, estaba completamente perdida, no sabía por dónde empezar, no conocía a nadie fuera del círculo infernal en que estaba metida. Pero ¿sabes qué me salvó? No te lo vas a creer... Regresé a la escuela nocturna, a la misma donde nos conocimos.

—¿En serio? ¿Terminaste tus estudios?

—Sí, lo hice... Encontré un empleo de dependienta en una tienda de moda, ganaba muy poco pero me daba para alquilarme una habitación. ¿Lo entiendes? No tenía ni idea de lo que buscaba regresando a la escuela nocturna... Pero fue la última época en que me sentí feliz... era el único asidero que tenía. Volví a cogerle gusto a las clases, a sacar buenas notas, volví a ser yo... Eso me salvó... mis recuerdos... tú... Si hubieras estado conmigo...

—Me hubiera gustado estar contigo —le dije hondamente conmovido—, me hubiera gustado de todo corazón.

—Tantas cosas en esta vida que podrían haber sido diferentes... Pero ya no importa, tenemos que aprender a convivir con eso. Estoy satisfecha, ahora empiezo a ser feliz, incluso mi hija se muestra más receptiva hacia mí. ¿Sabes que desde hace unos meses ella y yo salimos juntas y vamos al cine? Quiero pensar que todavía no es demasiado tarde.

—Por supuesto que no, no me cabe duda de que serás una madre estupenda —Elisa me miraba con gratitud, estaba radiante—. ¿En qué trabajas ahora?

—Sigo en la misma tienda, pero he ido ascendiendo, actualmente soy jefa de ventas. Pero... ¿no lo adivinas? Todavía sigo cursando estudios nocturnos, estoy en el segundo año de Decoración. Montaré mi propio negocio, ya lo verás —¿quién podría dudar de aquellos ojos decididos y penetrantes?

—Me dejas realmente impresionado, has renacido de tus cenizas, y además... desprendes un halo de sabiduría, tienes como algo alrededor que te protege... no sé, es...

—¡Vamos, no te burles de mí!

—No, no, lo digo de verdad, las veces que te has puesto sería conmigo... ¡has llegado a intimidarme! —soltó una gran carcajada.

—Eso todavía no me lo había dicho nadie... ¿Lo ves?, tú eres diferente.

—Lo has vuelto a hacer.

—El qué —dijo en tono sorpresivo.

—¡Me has vuelto a intimidar! —Elisa sacó su almohada y me la tiró a la cara, por supuesto, respondí a su envite y enseguida nos embarcamos en una guerra de almohadas.

Terminamos exhaustos, acostados mirando hacia el techo, ambos reíamos, «menos mal que nadie nos está viendo», dijo Elisa. Me quedé pensativo, no sé por qué ni de dónde me vino un recuerdo en el que había arraigado cierta frustración, una deuda del pasado, si se podía llamar así, que había quedado sin saldar. No es que tuviera demasiada importancia, pero reconozco que durante mucho tiempo se convirtió en un tema recurrente al que volvía una y otra vez buscando una explicación.

—Recuerdas aquella foto que enseñabas a todo el mundo... —Elisa me miró frunciendo las cejas, su gesto dejaba entrever que no sabía de qué estaba hablando—. Sí, era una foto en la que aparecías... desnuda.

—Oh, vamos, ya te lo he dicho, ese tipo de cosas las he dejado definitivamente atrás, no quiero hablar más de ello.

—Lo sé, pero es que... ¿Por qué no me la enseñaste a mí? —rio divertida, luego me miró con una sonrisa pícaro en los labios.

—Quería torturarte.

—Y lo conseguiste... Todo el mundo decía que parecías una modelo de Playboy.

—Verás, señorito español, siempre ibas ausente por la vida, sé que me deseabas, pero nunca te atreviste a intentar conquistarme...

—Eres demasiado hermosa para alguien como yo.

—¿Por qué dices eso? No tienes ni idea...

—No, no tengo idea de nada, por eso he terminado solo, removiendo recuerdos del pasado, cosas que fueron y que ya nunca más podrán ser —Elisa cogió mi mano y la besó.

—Me hubiera gustado haberlo intentado contigo —dijo.

—A mí también.

—Vamos, no hubiera tenido ninguna oportunidad frente a Marlí.

—Quizá tengas razón, tienes razón en todo lo que has dicho desde el primer momento.

—De todos modos, puede que te haya amado en la misma medida que eras una fantasía de mi mente, de esas que una teme materializar. No importa, te estoy agradecida, me inspiraste sueños hermosos que fueron mi única luz durante años... ¿Te das cuenta de lo que te estoy diciendo? ¡Fuiste mi Príncipe Azul! —rio a carcajadas—. ¡Menudo príncipe estás hecho! —Volvió a tirarme la almohada, reímos juntos un buen rato, ¿yo un Príncipe Azul?, era lo más absurdo que había oído nunca.

—Escucha —dijo—, voy a hacer algo por ti, en honor a los viejos tiempos. No te muevas.

Salió de la habitación y se metió en el baño. La escuché duchándose mientras tarareaba una canción; al poco, regresó vestida con una bata de seda rosa. Venía ocultando algo a sus espaldas con ambas manos. Era mi cámara. «Debes prometerme que jamás se lo enseñarás a nadie, quedará entre tú y yo, será nuestro secreto». Se lo prometí fervorosamente. Entonces su mirada cambió, toda ella se transformó en una hembra llena de sensualidad ante mis ojos asombrados. Sin que yo se lo pidiera empezó a posar con gran oficio, con verdadero talento, apoyándose en el tocador insinuando el contorno de sus senos, sentada de perfil en una silla con el espaldar de frente mostrando sus tersos y carnosos muslos, apoyando una pierna en la cama mientras fingía masajearse sus bien torneadas pantorrillas con una loción, sus recursos parecían infinitos. Mi corazón iba a mil por hora, casi tanto como los disparos que realizaba con la máquina, el cansancio que había sentido hacía solo unos minutos se disipó como por ensalmo, me sentía como electrificado, rebosante de energía e inspiración, la belleza de Elisa inundaba toda la estancia, todo el universo conocido. De pronto dejó caer la bata a sus pies, su cuerpo desnudo era maravilloso y vital; el tenue brillo de un sol incipiente se coló por la ventana y bañó su piel, me dirigí a toda prisa para descorrer de par en par las cortinas, necesitaba toda la luz disponible, Elisa se iluminó como una diosa. Hice los ajustes fotográficos pertinentes, quería conseguir que la luz que recorría su cuerpo desnudo apareciera como un aura dorada. Nunca más he vuelto a sacar una foto tan magnífica.

Minutos después Elisa volvió a vestirse, se mostró muy pudorosa, como si nada hubiera ocurrido. Cerró las cortinas y ambos nos metimos en la cama, necesitábamos dormir algo, su asombrosa naturalidad y circunspección convertía un acto tan susceptible de sospechas en un detalle lleno de significado entre dos viejos y buenos amigos. «Estamos en paz», me dijo con una sonrisa apagada, ya al borde del sueño. Dormimos hasta bien entrada la tarde.

Cuando me desperté yo sabía que debía marcharme y que ella fingía estar dormida para no tener que despedirme. Se lo agradecí, a mí tampoco me apetecía hacerlo.

Diecisiete

Cuando llegué a casa de las hermanas de Marlí ya era de noche, me había dejado perder por el centro de la ciudad, necesitaba reflexionar. Aunque no llegué a ninguna conclusión, echaba de menos la seguridad que me había dado Elisa con sus sabios consejos. Los domingos, de cualquier modo, carecen de todo interés y nunca hay nada de provecho que hacer, yo los borraría del calendario. Salvo aquel, no recuerdo ningún otro domingo en el que me haya sucedido algo digno de mención.

No sabía qué podría encontrarme cuando llegara. Marlí estaba sentada en el sofá del recibidor viendo la tele con las hermanas la novela de las ocho; sujetaba una taza de alguna infusión, parecía ausente. Me miró casi con indiferencia, las otras hermanas tampoco me prestaron atención. Me quedé parado, no sabía qué hacer. Intuí que Julival se había marchado, ¿debía hacerlo yo también? Quizá era lo mejor, arreglaría mis cosas y seguiría mi camino. «Tienes comida en la cocina, solo hay que calentarla», dijo de pronto Marlí con un hilo de voz. No me miraba.

Bien, pensé, ir a la cocina a cenar evitaba la embarazosa situación de estar de pie como un paria. Había subsistido todo el día con un bocadillo y unas papas fritas, estaba hambriento. Recuerdo que alguna vez llegué a odiar las judías negras con arroz, en Brasil se consumen todos los días del mundo, pero en aquella ocasión me parecieron deliciosas, incluso se me ocurrió que en alguna ocasión las echaría de menos.

Había que seguir ganando tiempo, de modo que decidí tomar una ducha. Me quedé varios minutos debajo del chorro con los ojos cerrados, sintiendo cómo el agua fría resbalaba por mi rostro y mi cuerpo. Me sentó de maravilla. La casa seguía sumida en un silencio sepulcral, tan solo se escuchaban las monótonas voces procedentes del televisor, me preguntaba si se trataría del silencio que antecede a una tempestad. No tenía muchas opciones: hubiera sido igual de inapropiado encerrarme en mi habitación sin hablar con nadie que coger mi maleta y marcharme sin dar explicaciones. Terminé de asearme y luego fui al recibidor; me senté a cierta distancia de Marlí y sus hermanas, un poco aparte en una silla, fingía junto a ellas que asistía a la novela. Yo cruzaba y descruzaba las piernas, la situación era bastante incómoda. Terminó la novela de las ocho y vino la novela de las nueve, en otro canal. Luego un programa de humor, no se escuchó ni una sola risa entre nosotros.

Eran ya las once y media de la noche, las hermanas de Marlí empezaron a retirarse discretamente una a una, pasaban a mi lado y me susurraban un casi inaudible pero frígido «buenas noches». Finalmente quedamos solos, Marlí seguía con la vista fija en la pantalla del televisor. Esperaba a que yo dijera algo. Me aproximé y me senté a su lado. Cogí su mano. «Julival se ha marchado, ya no volveremos a estar juntos». La abracé y le besé la cabeza, ella empezó a llorar y se abrazó a mí. «¿Me quieres?», dijo entre sollozos. Claro que la quería, la quería tanto que llegaba a dolerme. La besé largamente, sin darme cuenta empezaba a quitarle la

ropa. Me detuve, no podíamos hacer eso en el recibidor de sus hermanas como si fuéramos dos críos, tampoco, si no queríamos volver a incurrir en una falta de respeto, en una de nuestras habitaciones. Teníamos que salir de allí. La miré a los ojos, «marchémonos ahora», le dije. Una expresión de miedo se dibujó en su rostro, le estaba proponiendo una huida casi desesperada, pero ¿hacia dónde?, ¿a costa de qué? «He hablado hace unos días con un antiguo amigo de la adolescencia, Marcelo, se dedica a reparar motores fueraborda, vive en la playa, en Pontal do Sul; está medio chiflado, no le importará que lleguemos de madrugada». Marlí se mordió el labio, dudaba, «pero mis hermanas...». «Les dejaré una nota explicando adónde nos hemos ido y cómo pueden localizarte en caso de que quieran hacerlo, lo entenderán».

No lo entenderían nunca, lo sabía de sobra, pero estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de estar con Marlí, hubiera vendido mi alma al diablo. «Estás loco», me dijo sin ironía. «Solo sé que te quiero con todo mi cuerpo y que puedo morirme si no hago el amor contigo esta misma noche, vámonos, por lo que más quieras», sentía una angustia en mi pecho como nunca antes en mi vida, Marlí era como el oxígeno que necesitaba para seguir respirando. Su pecho temblaba agitado, también me deseaba. Nos levantamos aprisa y preparamos en pocos minutos lo necesario para el viaje, en mi caso se trataba de cuanto había traído, que de todos modos no era mucho. No disponíamos de demasiado tiempo, la última guagua en dirección al centro de la ciudad salía a las doce de la noche y pasaba delante de la parada más cercana tan solo quince minutos después, teníamos muy poco tiempo. Salimos disparados, vimos los faros de la guagua aproximándose, me adelanté e hice señas al conductor, por suerte me vio y paró, Marlí llegó jadeante poco después.

Una vez en el centro de la ciudad cogimos un taxi hasta la *rodoviaria*, la estación de autobuses. Estábamos sumidos en la más grande de las incertidumbres, no sabíamos siquiera de qué horarios disponíamos, si es que disponíamos de alguno. Me había dejado llevar por mi impulsividad y ahora lo más probable era que nos quedáramos tirados hasta la mañana siguiente y nos viéramos obligados a pagar un hotel. Una vez allí mis peores presagios se confirmaron, las taquillas de todas las compañías se encontraban cerradas, la estación estaba casi desierta, a excepción de algún mendigo que deambulaba errante y un que otro elemento de dudoso aspecto a observarnos con disimulo, seguramente valorando la posibilidad de convertirnos en víctimas de un atraco, debíamos andarnos con cuidado. Vimos entrar una guagua proveniente de Cuiabá, la capital de Matogrosso. Desembarcaron algunos pasajeros, eso nos hizo sentirnos más arropados.

De pronto divisé a un hombre uniformado que se dirigía a una guagua al final del andén; el logotipo del vehículo indicaba tratarse de la empresa que hacía la ruta del litoral de Paraná. En los monitores no había ninguna salida anunciada para las próximas horas, deduje que el chófer se disponía a retirar la guagua del servicio. No obstante, algo captó de inmediato mi atención. En cuanto el chófer abrió los maleteros laterales enseguida surgió de las sombras un grupo de personas —unas

cinco o seis— que se arremolinaron en torno a él y, antes de embarcar, empujaron rápidamente hacia los maleteros toda suerte de paquetes y bolsas; me quedé atónito, segundos antes hubiera jurado no haber visto a nadie. Se movían con cautela, como si pretendieran pasar inadvertidos; el chófer miraba a un lado y a otro como si desconfiara de algo. No sé por qué lo hice, pero sujeté a Marlí de la mano y decidí acercarme. El chófer en cuanto notó nuestra presencia nos dio la espalda y se embarcó también él, precipitándose hacia la cabina con indisimulada prisa. Corrí y llegué justo a tiempo de detener la puerta automática que se cerraba en nuestras narices mientras el vehículo iniciaba la marcha atrás para abandonar el andén. Clavó frenos, me miró con sorpresa y enfado, tan solo me dijo «quítese de la puerta». Me armé de valor y le contesté con determinación que necesitábamos llegar a Pontal do Sul esa misma noche. El hombre imponía respeto, se trataba de un negro de expresión poco amistosa y considerable volumen físico; me observó con detenimiento, luego a Marlí, a mi lado con la respiración entrecortada del esfuerzo por alcanzarme. Marcelo me había dado algunas referencias para llegar, un campo de fútbol y una escuela municipal muy cerca de la playa, a unos diez kilómetros antes de llegar a la pequeña estación del pueblo, situados en la ribera sur de la esplendorosa bahía de Paranaguá.

El chófer asintió lacónicamente a mis indicaciones, luego me pidió una cifra exorbitante, pude adivinar en su mirada que no estaba dispuesto a negociar. No me quedaba mucho dinero, eché mano de mi cartera y comprobé que, de aceptar la cantidad exigida, apenas me quedaría suficiente para subsistir en los cinco días que me quedaban de estancia, es más, me vería obligado a depender de la hospitalidad de los demás. Mis cartas estaban todas sobre la mesa, y no es que contara con un triunfo digno de ese nombre, cualquiera hubiera adivinado que la apuesta se encaminaba hacia un fracaso casi anunciado, pero la verdad era que no tenía mucho que perder, quizá porque me había dedicado a echarlo todo por la borda. Ya no me importaba nada, mi futuro se había difuminado en una niebla de indeterminación tras la que apenas se vislumbraban unos pocos días, quizá solo unas cuantas horas, mi presente se había transformado en una llama fulgurante que calcinaba vorazmente los segundos como si cada instante infinitesimal fuera el último, y en cuanto a mi pasado, estaba acostumbrado a inventármelo. Le pagué al chófer y me dirigí con Marlí a los últimos asientos.

La cabina de la guagua estaba a oscuras, todo tenía un aire sospechoso, furtivo; me asaltó el miedo, ¿dónde nos habíamos metido? La guagua se detuvo poco antes de salir de la estación; se acercó un individuo imbuido del mismo ademán suspicaz que el chófer, también miraba con desconfianza hacia los lados. Empezó a realizar lo que parecía un control rutinario de los neumáticos, luego se acercó por el lado del conductor, y mis peores presagios se confirmaron: asomando la cabeza por la ventanilla pude ver cómo, antes de que la guagua reanudara la marcha y abandonara definitivamente la *rodoviaria*, recibía subrepticamente algo envuelto en papel de periódico mientras fingía estrechar la mano del chófer. Marlí me susurró que había

oído hablar de aquellas prácticas, aunque creía tratarse de cosas del pasado. Me explicó que en ciertas empresas de transportes operaban mafias que daban cobertura a bandas criminales dedicadas a traficar con objetos robados, seguramente lo que habían cargado en los maleteros. Por lo visto algunos chóferes de esas empresas, en connivencia con otros empleados corruptos, sacaban clandestinamente vehículos de los garajes que estaban fuera de servicio a la espera de ser reparados y ayudaban a distribuir la mercancía y a trasladar de un lugar a otro a los ladrones, despistando de este modo a la policía —que tampoco necesitaba mucho para dejarse despistar— y a los propietarios de lo aprehendido. Marlí me miró con aprensión, «seguro que nos han tomado por delincuentes o fugitivos», se le notaba bastante asustada. A mí, en cambio, quizá por efecto de los nervios, la idea me hizo gracia. «Fugitivos», dije, «es justo lo que somos», finalmente reímos juntos. Entonces nos besamos, nos habíamos sentado lejos de los demás pasajeros y nos ocultaba la más absoluta oscuridad. Hundí mi lengua en su boca y ella la recibió con todo el cielo de la suya, la abrazaba tanto que creo que hasta le hacía daño, me sentía poseído y fuera de mí, jamás había sentido algo tan apremiante. Ella lloraba y pedía a cada suspiro que no dejara de besarla, que no la dejara nunca, queríamos fundirnos el uno en el otro, quizá consumirnos en el fuego de nuestra pasión y desaparecer para siempre de este mundo.

Por momentos habíamos perdido la noción de dónde estábamos, eché un vistazo por la ventanilla y, en medio de la oscuridad, deduje fácilmente que circulábamos por la Estrada de la Graciosa, una carretera antigua de adoquines llena de curvas que bajaba la sierra del mismo nombre. Era evidente que el chófer intentaba evitar los controles policiales de la autovía. Íbamos a toda pastilla, la conducción era temeraria, casi suicida, a cada momento nos sentíamos proyectados con violencia de un lado a otro de los asientos, aquello era de locos.

De pronto el motor empezó a emitir un ruido extraño, como si se tratara de una enorme bestia que resoplara con asma. El problema mecánico parecía agravarse a medida que pasaban los minutos, hasta que se oyó una especie de explosión de aire comprimido; a partir de ese momento la guagua pasó a desplazarse a poco más de veinte kilómetros por hora, pese a que el motor iba a tope de revoluciones como si fuera a estallar. Hasta que sucedió lo inevitable: el motor se detuvo con una tos seca y cansina. Algunos pasajeros se acercaron al asiento del chófer y empezaron a parlamentar con él. No había nervios, parecían estar acostumbrados a situaciones semejantes; al fin y al cabo, recordé, eran vehículos a la espera de ser reparados.

Se nos acercó un hombre de pelo largo y gorra deportiva, es todo cuanto pudimos reconocer en la oscuridad, apestaba a alcohol. «Hay que bajar y empujar la guagua», nos dijo, «a más o menos un kilómetro hay una bajada prolongada, desde allí podremos llegar al taller de un amigo». Todos los pasajeros parecían conocerse entre sí, nosotros nos sentíamos cohibidos y amedrentados, estábamos más o menos en medio de la nada y no se presentaba como descabellada la idea de que, si las cosas se complicaran, se deshicieran de nosotros con toda impunidad. Descendimos y

empezamos a empujar la guagua con los demás, nos costó dar el primer impulso, luego solo teníamos que preocuparnos de mantener el ritmo. El chófer iba con la mano apoyada fuera de la ventanilla mientras sujetaba un cigarrillo entre los dedos, el muy cabrón parecía estar pasándolo en grande mientras los demás hacíamos el trabajo sucio.

Después de casi una hora empujando empezábamos a acusar el cansancio. Marlí no tenía buena cara, se me encogió el corazón, me sentía culpable de haberla metido en semejante situación, aunque más que nada se le notaba asustada; de vez en cuando me miraba suplicante como buscando en mí algún tipo de seguridad o respuesta, yo estaba tan asustado cuanto ella, aunque me esforzaba en no aparentarlo. De repente, la resistencia ofrecida por la guagua se desvaneció, habíamos llegado a la bajada de la que hablaban, y era tan pronunciada como se preveía, el vehículo comenzó a ganar velocidad rápidamente. Se desató una algarabía terrible, el chófer no se esforzó lo más mínimo en frenar un poco para permitir que volviéramos a subir, tuvimos que correr a todo lo que daban nuestras piernas para alcanzarlo y llegar hasta la puerta de embarque. Marlí se estaba quedando atrás, gritaba mi nombre desesperada, debía aterrarle la idea de quedarse sola en aquella oscuridad ignota; la sujeté de la mano e intenté hacer con que corriera más aprisa, yo golpeaba los laterales de la guagua y le gritaba al chófer para que aminorara la marcha, finalmente pude agarrarme al asidero de la puerta de embarque, tiré de Marlí con todas mis fuerzas, casi nos caímos los dos en la carretera, tuve que asirla con la sola fuerza de un brazo, sentía mis músculos tan rígidos como varillas de acero. No sé ni cómo lo logramos, nos quedamos los dos sentados en las escaleras de la puerta absolutamente exhaustos, el corazón se nos salía por la boca. Dirigí una mirada rencorosa hacia el conductor, él ni siquiera se dignó a devolvérmela, iba tan despreocupado como si estuviera de excursión un domingo por la tarde. Llegamos a duras penas hasta nuestros asientos al fondo de la cabina y esperamos acontecimientos.

Nos deslizábamos por la pendiente a una velocidad considerable y, para no perder la inercia, el chófer cogía las curvas al límite sin tener en cuenta que invadía el carril contrario y bordeando lo que yo sabía eran las profundas faldas de la sierra, ocultas en la negrura de la noche y cubierta enteramente por una espesa vegetación. La suerte anduvo de nuestro lado y no nos cruzamos con ningún otro vehículo que viniera en sentido contrario, la colisión hubiera sido irremediable, este tipo de gente parecía vivir como si no hubiera un mañana o como si no existiera una ley de causa y efecto, desde luego el factor suerte era determinante en su devenir como individuos. De pronto empezamos a aminorar la marcha y paramos en el arcén. Flotando en medio de la oscuridad como una isla a la deriva en el impenetrable universo se vislumbraba el débil haz de luz de una bombilla colgando precariamente de un tejado, de seguro, igual de precario. No se veía nada más. El chófer lanzó una serie de silbidos. Luego gritó un nombre seguido de un insulto que pretendía parecer amistoso. A los pocos minutos se iluminó tenuemente de rojo una ventana cuya cortina debía estar

compuesta por una serie de paños remendados y sucios y el quicio irregular de una puerta. Un difuminado rectángulo de luz cortó de repente la oscuridad, de su centro emergió un ser tambaleante y achaparrado coronado con una enorme cabeza en la que abultaba lo que parecía una especie de peinado a lo afro, unos tupidos rizos apretujados en un grueso manojó reunidos por un pañuelo. Venía completamente desnudo, a excepción de un pantalón corto, restregándose los ojos de sueño, puede que también estuviera borracho. Todos los pasajeros bajaron a saludarle, nosotros nos quedamos observando, aprensivos.

El negro achaparrado volvió a entrar en su chabola y regresó minutos más tarde con varias botellas de cerveza, parecían muy animados, cuchicheaban entre ellos y a continuación soltaban carcajadas estruendosas y guturales, seguro que se estaban contando sus batallas de maleantes. Luego trajo una caja de herramientas y se puso a trastear en el motor con la ayuda de los demás, que le sujetaban varias linternas. No escuchábamos exactamente lo que decían, pero barruntamos por el tono de voz y, sobre todo, por ciertos silencios significativos que la avería era grave. No entiendo nada de mecánica pero debía tratarse de que el motor perdía presión o algo así, porque a continuación el que hacía de mecánico trajo una serie de piezas y cámaras vacías de neumáticos que inmediatamente cortó en tiras. La actividad en la parte trasera de la guagua empezó a impregnarse de nerviosismo, se escuchaban muchas imprecaciones, golpes y el entrecuchar frenético de las herramientas. Después de lo que me pareció una eternidad, el chófer subió a la cabina e intentó poner el motor en marcha para hacer una prueba; se escucharon unos alaridos desesperados, tuvo que apagarlo casi en el mismo acto, los arreglos parecían no estar funcionando. Se hicieron otros intentos igual de infructuosos. Marlí y yo permanecíamos en el más expectante silencio, cada vez que el chófer ponía el motor en marcha conteníamos la respiración y tensábamos todos los músculos del cuerpo.

Por fin se produjo lo que pareció el intento definitivo, aunque el motor seguía emitiendo un sonido que a mí me parecía poco saludable, como si estuviera amordazado, sabe Dios hasta dónde podíamos llegar en aquel estado. Los pasajeros y el mecánico todavía siguieron vociferando durante algún rato, mientras tanto el motor seguía en marcha y de ese modo se podía medio asegurar que todo iba, si no bien, al menos lo mejor que permitían las circunstancias. Marlí y yo volvimos a contener la respiración cuando vimos a dos de los pasajeros acercarse a nosotros por el pasillo de la guagua, cuchicheaban entre ellos y se adivinaban sus gestos graves recortando la oscuridad, no hacían presagiar nada bueno. Se quedaron parados delante nuestro durante unos instantes sin mediar palabra, luego uno de ellos nos dijo en tono poco amistoso que había que contribuir a la reparación del vehículo y al coste de las piezas. Cuando especificó la cantidad casi me caigo de espaldas, se sobreentendía que si no pagábamos tendríamos que quedarnos en tierra, y a mí apenas me quedaba dinero. Se formó un tenso silencio entre nosotros; entonces Marlí carraspeó discretamente, encendió la luz de pasajero del asiento y se extrajo del cuello una

cadena con un crucifijo, «es de plata auténtica», dijo, «cubre con creces lo estipulado». Me sorprendió su autocontrol y el tono firme de su voz. Uno de los pasajeros la examinó con detenimiento y asintió con un lacónico movimiento asertivo de cabeza antes de darnos la espalda y entregárselo al chófer que, a su vez, la entregó por la ventanilla al negro achaparrado, el cual la examinó con la misma y desconfiada atención que el anterior pasajero.

Minutos más tarde volvíamos a la carretera, nuestro corazón pendía de un hilo, ¿qué otros peligros nos aguardaban? La guagua se arrastraba penosamente a una velocidad que casi podía ser superada por una bicicleta. Parecía un animal viejo y cansado camino del matadero.

Dieciocho

Todo cuanto podíamos ver por delante era un camino de arena que se perdía en las tinieblas de la noche. Desde alguna parte llegaba a nuestros oídos el apagado arrullo de un curso de agua, al parecer un pequeño regato; un manto de impenetrable negrura cubría parte del cielo a modo de muralla, la muralla de la tupida y viva floresta que descendía desde la sierra y que en algunos casos, en aquellos en que la mano del hombre la había respetado, llegaba hasta la misma playa. La algarabía de los insectos era ensordecedora, de vez en cuando se escuchaba lo que podría ser el gañido melancólico de algún mono dominante comunicándose con otros grupos de su especie. Nos asediaron los mosquitos, un zumbido vibrante y grave que hacía suponer una nube de estos insectos sobre nuestras cabezas, dispuestos a abalanzarse sobre nosotros, pobres víctimas, sin piedad alguna. Por los escasos huecos del follaje, a modo de diminutas ventanas, se dejaba entrever un brillante y profuso tapiz de estrellas, como si alguien hubiera derramado las ascuas de una hoguera por toda la cúpula del cielo; todo indicaba que no había una sola fuente de luz artificial a kilómetros a la redonda, lo cual multiplicaba hasta el infinito la belleza del espectáculo celeste. Sin embargo, nuestros ánimos no estaban para ese tipo de contemplaciones románticas.

La guagua se había adentrado por estrechas carreteras y caminos secundarios que surcaban el corazón de la floresta, su húmedo e intenso perfume nos sumía en una plácida embriaguez; de vez en cuando se atisbaba la luz de alguna vivienda aislada — seguramente una chabola hecha de palma—, todo lo demás era oscuridad profunda, un lienzo tenebroso e infranqueable de incertidumbre. Éramos fugitivos huyendo no se sabía de qué. De pronto la guagua se detuvo y el chófer nos llamó con un silbido. «Es aquí», dijo, «sigan ese camino, luego, cuando lleguen a la playa, giren a la izquierda; después de tres o cuatro kilómetros llegarán al destino». Eso fue todo. Nos bajamos y la guagua prosiguió su misteriosa andadura, en poco tiempo fue tragada por el velo de la noche y desapareció para siempre.

Empezamos a surcar el camino de arena con pasos temerosos y dubitativos, en realidad, por increíble que parezca, se trataba de una carretera, pudimos atisbar vagas huellas de neumáticos. No obstante, nuestros ojos se acostumbraron gradualmente a la oscuridad y a la tenue iluminación de las estrellas y empezamos a caminar con algo más de confianza. Dimos con lo que nos pareció un precario puente de palo sobre un riachuelo, era muy estrecho y, por supuesto, estaba desprovisto de quitamiedos a ambos lados. Lo atravesamos con cautela, la oscuridad nos hacía pensar que estábamos flotando en el vacío, no podíamos imaginar cómo un vehículo sería capaz de pasar por encima de semejante estructura, nos causó asombro el hecho de que tuviéramos que atravesar unos diez o doce puentes de la misma naturaleza a lo largo de nuestro recorrido.

Íbamos de manos dadas como queriendo protegernos el uno al otro, casi sin

pronunciar palabra, tomados por un temor reverencial hacia la ruidosa y húmeda sombra que nos envolvía y, en ocasiones, amenazaba engullirnos cuando el camino se estrechaba y los inconmensurables brazos de la floresta se entrelazaban sobre nuestras cabezas ocultando el cielo por completo y condenándonos a la más tenebrosa negrura. Entonces nos encomendábamos al equívoco tacto de nuestros pies, inquiriendo ciegamente la siempre agradable textura de la arena, señal de que seguíamos dentro de los límites de la carretera. Nuestra respiración se entrecortaba debido a la tensión y el miedo, cada minuto parecía una eternidad, empezaba a pensar si moriríamos perdidos y olvidados en aquel remoto lugar. Cuando hablábamos entre nosotros, por algún motivo, lo hacíamos entre susurros, como si receláramos desatar la ira de algún espíritu de la naturaleza que estuviera al acecho, nuestros labios debían casi besar los oídos si queríamos que nuestro mensaje no fuera devorado por el rugido infatigable de la selva viviente.

Es imposible calcular cuántas horas estuvimos andando, pero en un momento dado nos invadió una felicidad indecible cuando pudimos identificar vagamente el rumor del mar —que al principio atribuíamos a nuestro deseo de encontrarlo— y luego, un poco más adelante, su inconfundible fragancia salobre. Desembocamos directamente en la playa, estábamos salvados, ya no podíamos perdernos. Nos sentíamos tan exultantes que sin pensarlo nos despojamos de nuestras vestimentas y nos metimos en el agua, no se veía una sola luz que anunciara la proximidad de la civilización, salvo la desdibujada y lejana de alguna barca de pesca. Gritábamos, jugábamos, nos besábamos y abrazábamos, de repente parecíamos dos niños que hubieran sido abandonados sin ninguna cortapisa en la ribera de algún paraíso distante. Todo era deliciosa confusión y delirio, no sé cómo me vi de repente haciéndole el amor a Marlí sobre la arena con retazos de espuma de las olas acariciando nuestros pies. Sentía disolverme violentamente en sus besos, una sensación de absoluto abandono, de terca negación de la vida, sin mí mismo, solo aquel momento para siempre, en una isla sin tiempo, en una realidad sin Dios y sin destino. El arrullo de caracola del viento y el mar se mezclaban con nuestros gemidos y el roce de nuestros cuerpos, nos consumíamos el uno en el otro con desesperación y desenfreno, ojalá la noche se hubiera olvidado de nosotros y, asimismo, de arrojarnos a los brazos del nuevo día que rompía con el alba.

Nos abrazamos con todas nuestras fuerzas, quizá sea más difícil proyectar nuestros sueños bajo la luz del día, por eso mismo simplemente no queríamos despertar, nos aferrábamos el uno al otro con los ojos cerrados y el llanto asomando impune en nuestras gargantas ante el despuntar inexorable del sol sobre las vestiduras aún lóbregas del cielo. No, de ningún modo queríamos que amaneciera. Empezábamos a sentir el peso de la realidad como una roca gigante rodando sobre nuestra carne; anticipábamos el vértigo de una gran nada abriéndose delante de nuestros pies, nuestra ciega huida se precipitaba hacia su inevitable término, el Tiempo finalmente nos había alcanzado. Marlí me besó por última vez y me apartó

con suavidad, nos quedamos tendidos en la arena en silencio, absortos en nuestros propios pensamientos. La marea había huido de nuestros pies y bajado varias decenas de metros. La luz empezaba a desbordar tímidamente el ligero manto de nubes del horizonte, como si los rayos se fundieran en oro y desbordaran un cuenco imaginario. Me incorporé y decidí disfrutar de la vista que se desplegaba ante mis ojos, me invadió una extraña emoción, una extraña e incontenible tristeza. Ambos lados de la playa, abiertos varios centenares de metros por la marea baja, se perdían en el infinito de la distancia. Ni un solo ser humano a la vista. Ni una sola señal, ni un solo rumor de la civilización. Solo nosotros dos —y nuestra soledad— en la vasta extensión de agua, floresta y arena. Si era verdad aquella extravagante teoría de los universos paralelos que había escuchado alguna vez, en la que todas las posibilidades de cada acto se consuman a un mismo tiempo en una miríada de yoes alternativos e infinitos, en alguna parte de esa inconcebible realidad múltiple de incontables dimensiones estaríamos Marlí y yo envejeciendo juntos en una playa desierta, quizá con una prole de hijos rodeándonos, viviendo de la naturaleza y alimentándonos de la luz de todos los amaneceres.

Desbordado por la fuerza de mis emociones, también por el miedo, estimé que una de las pocas cosas sensatas que podía hacer era coger mi cámara y capturar el regalo de aquel paisaje virgen e indescifrable. Cerré el diafragma todo lo que permitía la frágil penumbra, aumenté discretamente la sensibilidad del sensor y bajé la velocidad de cierre del objetivo hasta donde la poca firmeza de mi pulso lo hacía posible, quería alcanzar toda la profundidad que fuera capaz. Luego invertí algunos parámetros y realicé la operación contraria, algunos primeros planos de la arena con el horizonte difuminándose. Luego Marlí abandonada en la arena con el antebrazo cubriéndole el rostro en lo que parecía una postura trágica de una ninfa de las olas. Dejé mi cámara a un lado y me quedé contemplándola largo y tendido, podía estar contemplándola todo el día sin descanso. Finalmente, recogí nuestras cosas, me acerqué a ella y la tomé delicadamente del brazo, hice como que no me di cuenta de un resto de lágrimas en sus ojos. Nos pusimos a caminar sin decirnos palabra. A la izquierda, nos había dicho el chófer, para significar que siguiéramos rumbo norte.

Rumbo norte. Era todo a cuanto podíamos aferrarnos.

Diecinueve

Recorrimos varios kilómetros de playa desierta, más de los que en un principio esperábamos. Gradualmente fueron apareciendo signos de actividad humana, de cualquier modo el horizonte empezó a poblarse de navíos que iban y venían del puerto de Paranaguá. Surgieron pequeñas agrupaciones de chozas confeccionadas con hojas de palma, moradas humildes de pescadores. De pronto me vi a mí mismo viviendo con Marlí en una de esas chozas, ejerciendo de una forma un tanto romántica —seguramente tonta— las difíciles y azarosas labores de pescador. Se lo comenté, quizá por llenar un silencio entre nosotros que se extendía ya durante varias horas. Ella torció el gesto, se rio un poco despectiva, yo sabía que se burlaba de mi excesivo idealismo, de mi forma de ver las cosas un tanto alejado de la realidad, como si una vida en la acomodada Europa me hubiera distanciado del dolor cotidiano que impregna el mundo. Me explicó, aún con la misma sonrisa en los labios, que los ingresos de aquellos desgraciados pescadores eran tan exiguos que a menudo se veían obligados a participar en todo tipo de trapicheos, en concreto, solían operar como receptores de pequeñas cantidades de droga que algunos marineros hacían saltar por la borda antes de que sus navíos entraran a puerto y se arriesgasen a ser detectados por la inspección, aunque lo más seguro era que lo hicieran para ahorrarse el soborno de la policía.

Me sentí absolutamente indefenso, como un niño que hubiera sido corregido por su madre, era cierto que me había acomodado y en buena medida dejado de lado un cierto sentido práctico y elemental de la vida, como la mayoría de quienes vivimos en lo que se ha dado llamar el Primer Mundo. No era capaz de ganarle una discusión a Marlí en ese terreno, en ocasiones me sucedía que le soltaba cosas como aquellas, la de irnos a vivir a una choza o alguna otra patochada por el estilo, y luego me daba cuenta lo fuera de lugar que resultaban semejantes comentarios, «tanto como esa cámara que llevas colgando a todos lados», remataba a veces no sin maldad, quien sabe si también afectada por un resquicio de celos, al creerse privada en cierta medida de mis atenciones en favor de lo que no dejaba de ser un artilugio sin demasiada importancia. Lo cierto fue que tuve que dejar de lado la fantasía de vivir como un pescador, Marlí había aprendido a ser muy pragmática y a hacerse pocas ilusiones. Eso sí, no estaba dispuesto a desprenderme de mi cámara por muy fuera de lugar que estuviera. Es más, decidí acercarme a una de las chozas a pedir permiso para sacar algunas fotos; Marlí siguió caminando, esas cosas la mataban de vergüenza. Los hombres estaban faenando, me informó una mujer más bien tirando a joven y con rasgos entre aborígenes y negroides. Iba vestida con mucha sencillez, con sus pies desnudos y encallecidos hincados en la arena, aunque no carente de dignidad y cierta coquetería, estuvo encantada de posar para mí, yo le dije que intentara ser ella misma y que siguiera con lo que estaba haciendo, prendiendo el fuego con hojas de palma secas para preparar el café del desayuno mientras una prole de niños semidesnudos

pululaban en torno a ella, me pareció una escena llena de encanto y autenticidad. La mujer tenía una mirada intensa e interrogativa, su pupila reflejaba ese brillo animal de aquellos que luchan a diario por la supervivencia y caminan hombro con hombro con la inminencia del desastre. Jugué con los claros y las sombras que se filtraban entre las palmeras que cubrían la choza, y hasta con el humo que desprendía el fuego incipiente que trataba de encender. Su sonrisa era cautivadora y vibrante, de esa que, a pesar de todo, desprende alegría por la vida.

Tuve que esforzarme para alcanzar a Marlí, caminaba a muy buen ritmo, con la determinación de un sonámbulo cuyo cuerpo ha olvidado el cansancio, solo pensaba en tumbarse en una cama, me dijo. La playa parecía no tener fin, era como si hubiéramos emprendido un viaje a ninguna parte y hasta el acto de caminar hubiera perdido todo significado. Sin embargo, de la espesura del follaje, tal y como si se hubiera descorrido una cortina, surgió de pronto un pequeño grupo de casas. Pudimos identificar de inmediato un rudimentario campo de fútbol, de modo que tomamos la calle de arena que se abría en esa dirección; y, sí, enseguida dimos con la escuela de referencia que estaba cerca del campo de fútbol, la casa de Marcelo tenía que estar cerca. Nos internamos por las calles de arena y prácticamente vírgenes, estaban muy poco edificadas; divisé lo que parecía una pequeña tienda de ultramarinos, en realidad, media docena de tablas claveteadas y reunidas de mala manera, me pareció el sitio indicado para preguntar por mi amigo. Pero no hizo siquiera falta, justo detrás había una casa a medio construir, el enorme terreno que la rodeaba estaba plagado de lanchas y pequeñas embarcaciones desguazadas y llenas de herrumbre, parecía más bien el cementerio de barcos de alguna novela de misterio. No había duda: era la casa de Marcelo, aún recordaba el taller de su padre en los tiempos en que jugábamos juntos al fútbol.

Nos vinieron a recibir al portón una jauría de perros escandalosos, una voz nos informó de que no mordían y que podíamos entrar; se trataba de la novia de Marcelo, una chica bastante joven y ataviada con un sencillito camisón de aspecto raído. Después de presentarnos nos dijo que Marcelo había tenido que salir de madrugada a remolcar una lancha que había varado en un islote después de quedarse sin gasolina, por lo visto los tripulantes habían tenido que pasar la noche allí mismo. «Es lo que sucede con esa gente que se compra lanchas sin tener idea», dijo en tono despectivo, «siempre están metiéndose en líos». Fue muy amable con nosotros y enseguida nos ofreció café recién hecho y pan casero con margarina, la verdad es que estábamos hambrientos. Ante sus inquisiciones acerca de qué guagua habíamos tomado o con quién habíamos venido, dado lo inusual de nuestra hora de llegada, le relatamos brevemente la pequeña aventura que habíamos protagonizado. Renata, que así se llamaba, mostró una gran curiosidad y escuchó nuestra historia literalmente con la boca abierta; tenía un gran sentido del humor, de modo que nos reímos mucho comentando algunas de las anécdotas, vistas en retrospectiva resultaban divertidísimas bajo su peculiar punto de vista —imitaba voces y gesticulaba con

mucha gracia—, podríamos haber extendido la conversación con ella durante horas, era una de esas personas que uno tiene la sensación de conocer de toda la vida. Pero de inmediato cayó en la cuenta de lo cansado que debíamos estar y enseguida se afanó en sacar unos colchones mohosos de unos armarios viejos que había en una de las habitaciones de la casa y los extendió allí mismo, en el suelo de cemento desnudo, a los que adjuntó de inmediato unas desgastadas sábanas; el interior de la vivienda estaba tan inacabado como su exterior, igualmente sin encalar y con los huecos de las puertas y ventanas enmarcados con ásperas hojas de madera de construcción. Antes que dormir, más bien nos desmayamos de cansancio, casi no nos dio tiempo de agradecer a Renata su hospitalidad.

Serían más o menos las tres de la tarde cuando Marcelo asomó su enorme cabeza rubicunda y sus enormes ojos azules y nos soltó sin ninguna diplomacia «¡venga, perezosos, es hora de levantarse!». Me inundó una gran alegría escuchar su voz, pese a su falta de delicadeza seguía siendo tan campechano y falto de complejos como siempre. Había despachado rápido el asunto de la lancha encallada, pero por el camino se encontró con unos amigos y se fueron de pesca, y resultó que pescaron una pieza que pesaba casi veinte kilos, «es el mayor *xaréu* que he visto en la vida», nos aseguró, «nos costó Dios y ayuda sacarlo del agua, había que ver cómo se debatía la bestia, fue impresionante». Ahora iba a organizar un asadero con todos los amigos, una especie de celebración por la hazaña que habían logrado. «Renata me ha dicho que llevas una supercámara contigo; pues venga, date prisa, ven a inmortalizar a este precioso pez antes que esos salvajes se lo zampen con escamas y todo».

Me levanté un tanto aturdido, emergía de un sueño profundo; para mi sorpresa me encontré con que aún llevaba la cámara colgada del cuello, eso me hizo pensar en un dolor agudo que sentía a un lado de mis costillas, me había acostado encima de ella. Me aisé un poco y me dirigí al cobertizo que usaban como garaje y taller, en el exterior de la casa. Habían dispuesto allí una enorme mesa consistente en unas maderas alargadas sostenidas por tres caballetes, uno al centro para sujetar la curvatura que se producía por el peso. Encima de la misma habían depositado al descomunal pez, era tan grande que quitaba el aliento, aún abría y cerraba débilmente su enorme boca, seguramente en un acto reflejo. Saqué varias fotos, luego a Marcelo con sus amigos sujetando el *xaréu* en brazos, la algarabía era general, «si no salimos nosotros nadie se va a creer que lo hayamos pescado, ni tampoco su tamaño», decían.

No perdieron tiempo y a continuación se afanaron en desescamar y limpiar al animal. Decidieron cortarlo en rodajas —y con gran pericia— con un enorme machete que casi parecía una espada medieval y, sin más demora, las pusieron a asar en la parrilla. La caipiriña y la cerveza corrían a raudales, se respiraba una alegría contagiosa y fresca, celebraban la vida en su forma más pura. Al rato apareció Marlí y ambos nos integramos en la fiesta como si estuviéramos entre viejos conocidos de toda la vida, cantábamos, bailábamos, contábamos chistes y anécdotas. Marcelo contaba por enésima vez su hazaña con el *xaréu*, el modo en que lo sujetó y cómo

perseveró pese a que ya todos los demás lo daban por imposible debido a su acaudalado tamaño, cosa que, por otro lado, era muy propio de Marcelo, perseverar en lo imposible, creer hasta el final —como reflejo de su gran fe religiosa—, estaba en su salsa. La casa de mi amigo se fue llenando paulatinamente de gente hasta que se formó una pequeña multitud; del *xaréu* no quedaron en poco tiempo más testimonios que sus enormes espinas, ni tan siquiera la cabeza, ni tan siquiera sus ojos —deliciosos—, ni tan siquiera, ya por terminar, sus gelatinosos sesos, a no ser, claro, mis fotos, «menos mal que llegaste a tiempo para sacarlas», decía Marcelo entre risas, un poco borracho, como todos los demás. Me convertí sin quererlo en el centro de las atenciones, la gente hacía cola para que les enseñara las históricas fotos en la pantalla de la máquina, todos las miraban incrédulos, solo los más antiguos recordaban un *xaréu* tan grande, era un milagro. Semanas después me enteré de que una de mis fotos había ido a parar a la primera página de un periódico local, lo que me llenó de orgullo, y a Marcelo ni digamos; probablemente vivirá de los réditos de ese suceso el resto de su vida.

La cálida noche se nos echó encima, luego, la madrugada, hubo que encender otro fuego y traer nuevas viandas, Renata ya había preparado unos deliciosos postres caseros a base de coco, fruta y galletas con que paliar provisionalmente el hambre que muchos empezaban a sentir, en caso de que no estuvieran lo suficientemente borrachos como para darse cuenta, también se providenciaron, como no, varias cajas de cerveza, aquello tenía pinta de prolongarse hasta el amanecer, y quién sabe más allá... Busqué anhelante la mirada de Marlí, también el fuego de sus pupilas encontraron las mías, no hizo falta proferir una sola palabra, abandonamos la fiesta de manos dadas en dirección a la oscuridad y el amparo de la playa desierta, queríamos perdernos, consumirnos sin medida en nuestra pasión, no hacernos preguntas, seguir adelante, quizá enloquecer, quizá solo cerrar los ojos y negar la realidad para siempre como dos niños caprichosos y eternos. Nuestros cuerpos volvían a apremiarnos con inusitada y desconocida vehemencia, echamos a correr, no había tiempo que perder, empezamos a reír y a gritar de júbilo, nos convencimos una vez más de que nada podía detenernos, de que, por obra y gracia de algún hecho sobrenatural ligado al amor, estábamos más allá de lo inconcebible.

Pero no imaginamos ni por asomo lo mucho que nos equivocábamos; habíamos llegado, esta vez sí, al final del camino. De pronto algo hizo que frenáramos en seco, alguien había gritado mi nombre a nuestras espaldas. Nos giramos, vimos una sombra que se aproximaba tambaleante, amenazadora, traía una botella en la mano de la que bebía a espasmos. Nos quedamos petrificados de miedo.

Paulatinamente la equívoca figura de Julival fue ganando entidad, estaba borracho como una cuba. Se detuvo a medio camino y dobló el espinazo, pensé que iba a vomitar pero lo que hacía era emitir un gemido gutural entrecortado que poco a poco pudimos identificar como una ácida y demente carcajada.

—Míralos ahí —dijo de pronto con la voz correosa por el alcohol, señalándonos

con un dedo titubeante—, de manos dadas como un par de gilipollas enamorados, echando polvos como dos niños en celo a escondidas de sus viejos. Es patético, debería vaciar mis tripas en vuestro honor, dan asco —se enderezó y se dirigió hacia nosotros con una sonrisa cínica y descarada.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Marlí en tono malhumorado pero tembloroso.

—¿Que qué hago aquí...? Escúchame, pelirroja, ¿has perdido la poca dignidad que aún te queda? ¡Soy tu marido!

—No estamos casados.

—¿Y cómo llamas a compartir lecho durante ocho años? ¿Que no estamos casados...?

—No solo has compartido lecho conmigo... Mírate, apestas a burdel.

—Eso sí que es gracioso... ¿Y tú a qué coño se supone que apestas? ¡Perra inmunda!

—Estás borracho, deberías marcharte. No tienes derecho a meterte en mi vida.

—¿Tu vida? ¿TU VIDA? —Julival abrió los brazos como no dando crédito a lo que oía—. ¿Y qué hay de MI vida? ¿Te has parado a pensarlo?

—Eres un cerdo egoísta, solo eres capaz de pensar en ti mismo... y en tus putas.

—No tienes ni idea, ¡NI IDEA! ¿Sabes qué es lo más gracioso de toda esta historia? ¡Que no sabes una mierda de mis sentimientos!

—Puede que no hayas hecho nada para cambiar eso —la voz de Marlí se quebró en un sollozo incontenible.

En este punto consideré que debía intervenir, al fin y al cabo me sentía el desencadenante de tan terrible situación.

—Oye, Julival, si me permites decirte algo...

—Ah, por fin ha resollado el fotógrafo... ¿Qué tienes que decir a todo esto? ¿Crees que puedes ir por ahí arruinándole la vida a los demás y quedarte ahí con tu pose de señorito español como si nada hubiera sucedido? Me pregunto si debería matarte aquí mismo...

—Julival, por favor, márchate —imploró Marlí al borde de un ataque de nervios.

—No, no voy a marcharme, ¡vas a venir conmigo!

Julival se acercó titubeante hasta nosotros y se abalanzó torpemente sobre Marlí, le agarró de la muñeca con violencia al tiempo que me apartaba a mí de un empujón. Los dos empezaron a forcejear, ante el temor de que le hiciera daño sujeté a Julival por los hombros, decidido a neutralizarlo y hacerle entrar en razón. Pero Julival era más fuerte de lo que su esbelto porte daba a entender, y ambos rodamos por el suelo; se revolvió como un auténtico felino y antes de que yo pudiera entender qué estaba ocurriendo me lo encontré sentado encima de mi abdomen apretándome el cuello con una de sus manos y amenazando romper la botella de cachaza para hundirla en cualquier parte de mi cuerpo, Marlí chillaba como una desquiciada.

—¡Tú no lo entiendes! ¡TÚ NO LO ENTIENDES! —me gritaba Julival a pocos centímetros de mi rostro poseído de una gran furia y los ojos inyectados en sangre—.

¿Es que no te das cuenta? —decía esta vez encarando a Marlí—. ¿No te das cuenta de que soy un ser miserable y desgraciado y que te NECESITO? ¿Es que no lo ves? — Su voz se entrecortaba trágicamente, como si le abandonasen las fuerzas. Rodó hacia un lado, dejándome libre, y allí mismo se entregó a un devastador estertor de llanto, estaba emocionalmente roto.

En el momento en que Marlí intentó consolarle se abrazó a ella como a una tabla de salvación, «¡te quiero, te quiero, con toda mi alma, sin ti todo se derrumba a mi alrededor!». Finalmente, Marlí también rompió a llorar, creo que llevaba días conteniéndose. Me sentía confuso, sumido en una extraña sensación de irrealidad, desde luego no tenía derecho a hacer sufrir así a mi amigo. Me invadió un malestar tan grande que fui incapaz de incorporarme durante varios minutos, sentía un profundo desprecio hacia mí mismo; mientras tanto Marlí y Julival seguían abrazados en el silencio de sus lágrimas e inconsolables sollozos.

Nunca en mi vida me había sentido tan solo. Era demasiado tarde para todo lo que había venido a intentar. De pronto emergió en mi mente un pensamiento con la potencia de un destello que hubiera cortado el cielo en dos mitades, claro y cristalino como la luz acerada de la mañana: mi destino era la soledad, un destino de desarraigo reservado a quienes un exceso de intrepidez los ha conducido, como a mí, más allá de lo razonable en la árida búsqueda de una libertad sin concesiones, incluso despiadada. Me di cuenta en ese preciso instante de que para mí ya no había camino de retorno.

Me levanté despacio, midiendo todos mis movimientos, sintiendo una extraña y desconocida seguridad en mí mismo y más consciente de lo que nunca antes. Estaba absolutamente convencido de lo que tenía que hacer; se trataba de algo sencillo, pero tan doloroso como inevitable: me di la vuelta y me marché sin volver la vista atrás, cabizbajo, derrotado, de algún modo marcado con una de esas heridas que ya no vuelven a cerrarse. Aún escuché en la distancia la débil voz de Marlí despidiéndome: «adiós, Español». Era el mote con el que todos me conocían en la escuela nocturna.

Adiós, único amor de mi vida. Gracias por tu amor y belleza sin límites.

Veinte

Los últimos días de mi estancia los consumí en compañía de Marcelo, por suerte su discreción le llevó a no hacerme preguntas acerca de Marlí y de sus razones para marcharse, por otro lado debió percibir un cambio brusco en mi comportamiento, de repente me volví más reservado y propenso al silencio. Ello no evitó, sin embargo, que disfrutara de su compañía y aprovechara sus salidas de trabajo en lancha por toda la costa, cuando iba a reparar el motor averiado de alguna pequeña embarcación, para conocer mejor la zona y experimentar la sensación de navegar, totalmente nueva para mí. El contacto con el mar abierto me sirvió de vía de escape para las muchas emociones que tenía acumuladas. Aproveché también para sacar muy buenas fotos, fotografiaba todo lo que veía, incluso a Marcelo cuando estaba trabajando o hablando con otras personas. Nada parecía saciar mi sed por la fotografía, aunque en realidad lo que hacía era llenar el vacío que había dejado Marlí, lo cual me conducía en ocasiones a un exceso de actividad, a una sobreactuación innecesaria que sonaba un poco a impostura.

Marcelo debió empezar a cansarse de mis manías obsesivas de fotógrafo, sobre todo de mi impertinencia —supongo que le resultaba incómodo hablar con sus clientes mientras me tenía a mí pegado disparando la cámara—, de modo que, como simulando no querer la cosa, me llevaba a sitios que sabía me iban a resultar interesantes y me dejaba a mi aire para que me entretuviera un rato y lo dejara en paz. Uno de esos sitios fue la cofradía de pescadores de la zona. Marcelo me presentó como si fuera un reportero gráfico e inmediatamente me granjeé las simpatías de los pescadores, incluso accedieron a posar para mí con sus peces recién sacados de las redes. Sus pieles curtidas por el sol y el mar, sus miradas ebrias de horizontes infinitos, su sencillez y franqueza prestaban a las fotos un aire de autenticidad ante el cual era difícil permanecer indiferente. También fotografié sus barcas, a las que se entregaban con mimo en la reparación de cualquier desperfecto por mínimo que fuera, quizá las cuidaran más que a sus propias mujeres. Me dediqué a estar con ellos, a charlar y a admirar todo lo que hacían. Debí caerles bien, o a lo mejor es que eran así de generosos con todo el mundo; cuando me marché me obsequiaron con una bolsa llena de delicioso pescado fresco que luego frío Renata para la cena y nos sirvió de base para una agradable velada a la luz de la luna.

En otra ocasión Marcelo me llevó a un islote y me dijo que pasara en él el resto del día, que luego pasaría a buscarme, me dejó un paquete de galletas y una garrafa de agua, lo cual me hizo sentir de inmediato como un náufrago (¡sí que era cierto que quería librarse de mí!). A pesar de todo, la idea entusiasmó: una isla desierta para mí solo. Sonaba bien. Una vez allí, no obstante, encontré pocas cosas interesantes que fotografiar. El islote se reducía a una playa minúscula ensartada en una superficie rocosa en forma de caparazón de tortuga cuyas laderas se adentraban hacia las profundidades del mar. Se encontraba cubierta de una mata tan tupida que era una

locura intentar internarse en ella sin la ayuda de un buen machete y una mano diestra. Aproveché la presencia de algunos cocoteros esbeltos y sinuosos para sacar fotos al estilo islas del Pacífico que quedaron francamente bien. La visión de la playa un poco difuminada al fondo con un coco en primer plano, con el objetivo a la máxima apertura y la velocidad de obturación a tope para compensar la luz, también me proporcionó una excelente instantánea. Luego me dediqué a intentar capturar con el zoom las aves que alguna vez sobrevolaban el cielo cercano o incluso osaban posarse cerca de donde estaba. Pero Marcelo me la había jugado bien, se deshizo de mí durante un buen puñado de horas y, la verdad, a excepción de las fotos antes mencionadas, no tenía mucho más que hacer, de modo que, finalmente y a pesar de mis muchos esfuerzos por evitarlo, me resultó imposible no pensar en Marlí y en todo lo que había sucedido desde que llegué a Brasil. Nada conseguía mitigar su ausencia. La infeliz idea de estar solo en un islote desierto tampoco es que fuera de mucha ayuda, no conseguía imaginar peor sitio para ahogar mis penas. Tuve que reírme, era tan ridículo que casi resultaba cómico. Me preguntaba por qué no podía ser aquel islote todo el universo y estar Marlí allí conmigo.

Intenté apartarla de mi pensamiento imaginando cómo sería mi vida en aquel sitio en caso de que me quedara viviendo en él para siempre como un náufrago o algo así. Podría aprender a trepar a los cocoteros para surtirme del agua de sus frutos y de su carne. Aventuré la hipótesis de que en unas rocas cercanas debían existir cangrejos y moluscos que también pudieran servirme de alimento, serían mi fuente de proteínas. Me acerqué a las rocas y comprobé que, en efecto, así era, otra cosa es que los mismos fueran comestibles, y seguramente para eso habría que cocinarlos, lo cual podría implicar otro quebradero de cabeza, y, vaya, tampoco estaba yo para hacer el experimento. Calculé, sin embargo, que tendría que nadar fuera de la playa y acercarme a otras rocas para conseguir suficiente alimento de ese tipo. También podría utilizar la carne de los moluscos para pescar. Sabía, de haberlo visto en algún documental, que de la cáscara seca de los cocos se podía extraer una fina fibra con la que tejer una especie de cordel. Si fuera capaz de conseguir algún pequeño trozo punzante de madera o de tallo quizá consiguiera utilizarlo como anzuelo y entonces cabría la posibilidad de que pudiera unirlo al cordel de fibra de coco y pescar... La idea parecía fascinante; no teniendo nada mejor a lo que dedicarme, y con el firme propósito de distraer mi mente del punzante recuerdo de Marlí y de mi propia soledad, me puse a jugar con una corteza de coco verde intentando separar con un accesorio de mi cortaúñas algunas hilachas de su fibra. Me concentré concienzudamente en ese propósito durante un buen rato, al cabo del cual había reunido un buen manojo de esas hilachas, formando algo así como una madeja. Se me ocurrió que, después de todo, y una vez secas, podían utilizarse como combustible para hacer fuego, claro que todavía no tenía resuelto el modo de iniciar la ignición. Puse tanto empeño en recrear tan idílico escenario que ya me estaba imaginando con todo lujo de detalles cómo iba a ser mi vida de náufrago solitario, con mi choza

construida con hojas de palma y todo, al estilo de las chozas de los pescadores de la zona; aunque, como es lógico, fui incapaz de hilar cualquier cosa que se pareciera a un cordel, y ya no digamos encender un fuego.

Finalmente, llegué a la conclusión de que me sería muy fácil acostumbrarme a la soledad de aquel lugar —en el improbable caso de que aprendiera a sobrevivir en él— y que si eso sucediera lo más seguro era que no quisiera volver nunca más a la civilización. Eso me deprimió un poco y me hizo sentir culpable, puesto que no podía negar mi propensión al aislamiento y, de ese modo, no tener otro remedio que admitir que la soledad que ahora amenazaba con ahogarme era una justa y merecida consecuencia de las elecciones que había tomado durante mi vida.

Cuando Marcelo llegó en su lancha para recogerme yo aún me encontraba intentando anudar hilachas de coco, era inevitable que pensara que estaba chiflado. Así me lo hizo saber entre risas, también bromeó fingiendo que había considerado la posibilidad real de dejarme allí para siempre con mis impertinencias de fotógrafo aficionado.

Pero al parecer no solo estaba condenado a sufrir los descarnados efectos de la soledad; por alguna extraña contradicción que no conseguía desentrañar, era la soledad misma lo que mi espíritu demandaba con más ahínco que nunca. Quizá, pensaba, estaba destinado a autodestruirme, a meterme en un túnel cuya salida sabía inexistente de antemano. En cualquier caso, hartado ya de buscar razones y sinrazones y de torturarme a mí mismo, el día antes de embarcarme en el aeropuerto de Curitiba para mi regreso decidí dejarme ir por las zonas más desiertas de la playa. Tenía en mi cabeza una idea un tanto mística, consistente, creo, en fundirme con la naturaleza virgen y, quien sabe, encontrar algún tipo de redención para mis males. Es un defecto de los urbanitas idealizar en exceso la vida en la naturaleza, solemos contemplarla como un reino intrínsecamente amable y lleno de bondad infinita, algo parecido a esas ridículas portadas de las revistas de los Testigos de Jehová. Por suerte las cosas son bien distintas a esas ensoñaciones aburguesadas.

Resultó que me encontraba caminando apaciblemente, en pleno auge, podría decirse, del disfrute de esa especie de misticismo barato que intentaba experimentar, cuando de repente vi cómo se me acercaba una nube de mosquitos. Mi primer sentimiento de fastidio dio lugar a una auténtica oleada de pánico cuando comprobé horrorizado que en realidad se trataba de un enjambre de avispas, y que por sus bruscos y electrizantes movimientos debían estar muy cabreadas. Mi primera reacción fue deshacerme de la cámara y salir corriendo en dirección al mar; inmediatamente las avispas interrumpieron su trayectoria para seguirme. Entré en el agua como alma que lleva el diablo y me sumergí con la esperanza de despistarlas; aguanté la respiración todo lo que me permitieron los pulmones, pero cuando emergí a la superficie para coger aire las muy tozudas estaban allí esperándome. Me vi perdido, no sabía qué hacer, de repente, en un acto reflejo, me dio por chapotear con las manos proyectándoles cortinas de agua. Para mi desesperación, las condenadas

esquivaban mis andanadas con una facilidad pasmosa, tuve que emplearme a fondo, con toda la fuerza frenética de mis brazos, y así estuve un buen rato hasta que, como si lo hubieran decidido todas a la vez, les dio por marcharse. Me quedé jadeando por el esfuerzo y el susto que se me había quedado en el cuerpo.

Mi idílico paseo por la playa virgen volvió a verse empañado cuando poco después, no sé de dónde, se me acercaron dos perros de tamaño considerable. En un principio pensé que fuesen amistosos, por todo aquello de la bondad primigenia de la naturaleza y esas cosas, incluso llegué a incitarles con gestos a que se aproximaran, pero para mi sorpresa me rodearon y empezaron a ladrarme y a enseñarme los dientes. Confieso que me asusté muchísimo, a aquellas mandíbulas se les adivinaba capacidad suficiente como para despedazarme. Retrocedí con cautela, las piernas me temblaban, en cuanto pude me puse a caminar en dirección a la casa de Marcelo, y cuando los perros parecieron perder un poco el interés me eché a correr a todo lo que daban mis piernas. Craso error, nunca se debe huir de un perro que tiene la intención de atacarte, se lanzaron detrás de mí y me alcanzaron casi sin esfuerzo, uno de ellos se me lanzó en cima y me arrancó un trozo de mi bermuda, aquello me espoleó a correr más rápido aún. Creo que lo único que buscaban era divertirse, o fanfarronear un poco, de lo contrario no hubiera salido vivo de esa. En cualquier caso, cuando llegué a la parte urbanizada de la playa me interné casi sin aliento en sus calles, por suerte los perros siguieron de largo, debían saber de sobra que en las zonas civilizadas no tenían demasiadas oportunidades.

Cuando llegué a casa de Marcelo tanto él como Renata se me quedaron mirando con cierta curiosidad, «tienes un aspecto horrible», dijeron. Cuando les conté mis desafortunadas experiencias se rieron de mí hasta hartarse. «Mira que llevo viviendo aquí desde hace no sé cuántos años y nunca me ha sucedido nada ni remotamente parecido», se desternillaba Marcelo. «Tu mala suerte es de leyenda», dijo antes de que pudiera arrepentirse de sus palabras, susceptibles de evocar con cierta inconveniencia los últimos fracasos acaecidos en mi vida. Por otro lado, no hubiera podido negar la evidencia de que la suerte me suele ser esquiva, en la escuela nocturna era blanco de muchas burlas a causa de ello. Marcelo intentó enmendar la situación diciéndome que, en cuanto a las avispas, lo único que tenía que haber hecho era tirarme en la arena y dejar que el enjambre pasara por encima de mí. Ya con los perros, bueno, al parecer solo a mí se me ocurría ponerme a jugar con dos perros vagabundos, que además podían estar enfermos; si los hubiera ahuyentado desde el principio, dijo muy convencido, se habrían marchado sin más consecuencias.

La conversación se fue animando y estuvimos bebiendo cerveza hasta altas horas de la madrugada. Alcohol para mitigar las penas y el dolor subliminal que impregna el mundo.

Veintiuno

No sé por qué lo hice. O a lo mejor sí que lo sé y solo se trata de que ya no me apetecía detenerme a analizar mis motivaciones, por una pura cuestión de hartazgo. Había cundido en mi ánimo, y creo que como un rasgo definitivo de mi personalidad en adelante, la sensación de que ya no tenía nada que perder; ahora sí que me daba todo igual. Había desperdiciado buena parte de mi juventud y de mi vida, había perdido todo lo que fui a buscar a Brasil, fuera lo que fuese. Había vivido en el interior de una burbuja, y ahora estaba sufriendo los efectos de su estallido.

Recién desembarcado en el aeropuerto de Guarulhos, en São Paulo, dispuesto a ingresar en el control policial que me conducía a las salas en tránsito de los vuelos internacionales, algo se activó en mi cabeza. Me detuve al instante, llevaba el pasaporte en la mano y estaba a punto de extenderse al agente de policía, este había realizado ya el gesto de recibirlo para su comprobación. Me quedé mirándole con aire ausente, «perdón», le dije, «es que se me ha olvidado algo», y, ante su desconcierto, di media vuelta. Faltaban cuatro horas para coger el vuelo a Madrid, «tiempo suficiente», me dije a mí mismo. Marcelo había sido extremadamente generoso conmigo insistiendo en cubrir todos mis gastos mientras permaneciera en su casa. Ahora, gracias a eso, aún disponía de unos pocos reales en mi bolsillo. Fui corriendo al mostrador de información, necesitaba saber cómo llegar a la calle... no recordaba el nombre. «Dígame cómo llegar a la plaza de la Sé», recordando de pronto que dicha calle se encontraba no muy lejos del lugar al que me proponía llegar. La chica consultó su ordenador y determinó que tenía que coger dos guaguas, y me dio las indicaciones necesarias para bajarme en las paradas sin equivocarme. Le pregunté si me daba tiempo de ir y volver en cuatro horas; me contestó que sí, aunque me aconsejó tener cuidado de no entretenerme mucho y no perder ningún enlace. Estas advertencias debieron aumentar mi nivel de precaución, pero estaba decidido a arriesgarlo todo, incluso la posibilidad de perder el vuelo de regreso.

La primera guagua salía dentro de diez minutos, y tenía que recorrer cerca de un kilómetro fuera del aeropuerto y atravesar una autovía antes de tomarla. Salí corriendo como un loco, la chica de información me había hecho una especie de croquis para llegar a la parada. Hubiera perdido la guagua de no ser porque había una cola de gente embarcando. Ya no había marcha atrás, pagué el pasaje y le pedí al cobrador que me avisara al llegar a la parada que me había indicado la chica de información, para poder enlazar con la siguiente línea.

Por alguna razón, cuando desembarqué en la plaza de la Sé me sentí como en casa. La primera vez que había transitado por ella fui tomado por todo tipo de sentimientos contradictorios, entre ellos el recelo. Ahora me sentía como un fantasma cuya etérea presencia estaba más allá del alcance del mundo de los mortales. Me situé de inmediato, tenía una idea aproximada de hacia dónde dirigirme. Circulé por calles atestadas de gente, fui engullido por un torbellino brutal de sudor y carne humana. El

aire era eléctrico y viscoso, unas nubes bajas y opresivas anunciaban tormenta. Erré el camino varias veces, entonces recordé que solo tenía que dejarme arrastrar en la dirección en que se movía la inmensa corriente humana.

Surgió delante de mí con su inapelable y aberrante combinación de colores, un monumento al mal gusto y la decadencia humana, un desafío a todo lo intrínsecamente bueno que aún pudiera existir en la ciudad, con permiso de la miseria sin horizonte de las extensas selvas de chabolas, la corrupción, adherida como una infección hasta en las cosas más pequeñas del devenir cotidiano, el crimen y la degradación moral de los dirigentes políticos. El Comercial Pagé. Fue como ver a un viejo amigo. Sin embargo tenía cuentas que ajustar, me debía una foto. Se trataba seguramente de un propósito estúpido y temerario, pero estaba decidido a hacerlo, ya no me importaba nada. Quizá llevaba una dura indiferencia estampada en el rostro, quizá por eso ya nadie me atropellaba o empujaba, sino que se apartaban respetuosamente, dejaban paso a un fantasma.

Subí por las gastadas escaleras hasta los pisos más altos, aquellos a los que en su día no nos atrevimos a acceder Julival, Marlí y yo. No me dejé impresionar, el miedo desprende esa especie de magnetismo inconfundible que atrae todas las miradas, y yo en aquel momento estaba varios niveles por encima de él. Había grupos de gente en corrillos manteniendo conversaciones en un tenso pero discreto tono de voz, a veces alguno de ellos levantaba su mirada con suspicacia. Gente de aspecto sucio, rostros cerrados por una sombra de impiedad, ausencia de temor y escrúpulos, gestos estudiados para infundir terror, para dar a entender que llevaban algo oculto en alguna parte del cuerpo, dejando flotar en el ambiente la sibilina insinuación de que sabían y estaban dispuestos a hacer más de lo que aparentaban. Las mercancías estaban dispuestas las unas sobre las otras sin orden ni concierto; ropa, aparatos electrónicos, relojes, bisutería, mezclado todo en el caos de una basura abyecta: latas de comida y cerveza, vómito reseco, chicles empegostados, papeles mugrientos, polvo, tierra, deshechos acumulados a lo largo de las eras, tal vez desde hacía millones de años. La luz de los fluorescentes se repartía con caótica irregularidad, muchos estaban fundidos, parpadeaban o iluminaban mediante una luz cansina al borde de la extinción. La densidad del aire era tan espesa que todo parecía cubierto por una pátina de aceitosa humedad.

Desenfundé mi cámara, no quería utilizar flash (soy contrario a su utilización siempre que sea posible), pero es que además debía evitar llamar la atención. Bajé la velocidad del diafragma a 1/10 segundos, aumenté la ISO a ochocientas unidades y activé el efecto blanco y negro. En el momento en que pitó el mecanismo electrónico validando el enfoque, varias miradas se volvieron hacia el objetivo; eran miradas lapidarias y frías, inyectadas de ferocidad, pero también de sorpresa. Quedaron inmóviles el tiempo suficiente como para que la poca velocidad de cierre del diafragma permitiera fijarlas con precisión en la memoria; al mismo tiempo, otras personas que se movían o no permanecieron tan quietas se difuminaron en contornos

imprecisos o estelas fantasmagóricas; la luz, quebrada en haces asimétricos, dibujaba un juego inaprensible de claros y posos de penumbra. La foto era magnífica, merecedora de todo el riesgo que comportaba.

Ahora disponía de muy poco tiempo, tenía que salir de allí pitando. Me diluí en la multitud que abarrotaba los pasillos del edificio, gané las escaleras con discreta velocidad, había pillado a los malhechores tan desprevenidos que de momento se habían quedado sin saber qué hacer, seguramente preguntándose de dónde diablos había salido y qué intenciones albergaba. Miré hacia atrás y me dio la impresión de que alguien me seguía —quizá tan solo se trataba de mi imaginación—, decidí internarme por los pisos intermedios para despistar, me mezclé con la gente que manoseaba mercancía y preguntaba precios, era casi imposible estar seguro de que nadie te estaba observando. Como fuere, salí finalmente a la calle y, ahora sí, me eché a correr sin contemplaciones; me arrepentí pensando que iba a llamar demasiado la atención, pero el aire estaba imantado con la electricidad de una tormenta en ciernes y eran muchos los que corrían de un lado a otro con la esperanza de escapar a la inminente furia de los cielos. Un trueno ensordecedor rasgó el tejido sensible de la realidad y pareció romperla en mil pedazos. La lluvia, como si se hubiera desmoronado la bóveda celeste, descargó implacable todo su peso sobre nosotros. Las calles se vaciaron y el que pudo se arrinconó en los salientes de los edificios para guarecerse; yo no tenía tiempo que perder, no podía dejar escapar la guagua de regreso. Metí la funda de mi cámara debajo de la camiseta con la intención de protegerla lo máximo posible de la lluvia y enfilé calle arriba hacia la plaza de la Sé asaltado por furiosas riadas de agua que me llegaban casi a las rodillas, el agua me caló hasta los huesos, la corriente estuvo a punto de hacerme caer y arrastrarme.

Por suerte llegué a tiempo de coger la primera guagua, muchos pasajeros estaban tan empapados como yo. La lluvia, como es costumbre en verano, no duró mucho pero dejó tras de sí un panorama limpio y renovado, un aire fresco y revigorizante. Estaba convencido de que iba a pillar una pulmonía pero, pese a todo, me sentía inundado de una extraña felicidad. Nada parecía justificar semejante sentimiento, pero asumí como algo natural el hecho de que había perdido el juicio irremediabilmente.

Llegué al aeropuerto con tiempo suficiente como para hacer las cosas con calma. Había tomado la precaución de guardar el pasaporte y el billete en la funda de la cámara. En el control policial me recepcionó el mismo agente al que había dejado plantado la vez anterior. Torció el gesto con desaprobación al observar el lamentable aspecto que traía, empapado de pies a cabeza. Se tomó un tiempo de reflexión, como ponderando la posibilidad de no dejarme pasar; por fin emitió un resignado suspiro y, sin mirarme siquiera, hizo un ademán con la cabeza indicándome que pasara y desapareciera de su vista. La situación me pareció bastante cómica, pena que no había podido retratar la expresión del agente con mi cámara.

Me encontraba en la tarea de buscar la puerta de embarque cuando, para mi

sorpresa, escuché a alguien pronunciando mi nombre y apellidos por la megafonía del aeropuerto, con indicaciones de presentarme en el mostrador de mi compañía aérea. Lo hacía con insistencia, como si hubieran estado llamándome en balde durante varios minutos. Acudí al mostrador temiendo haber hecho algo impropio —la verdad es que mi conciencia estaba cargada con muchas acciones impropias—, casi dispuesto a soportar un justo castigo por un supuesto pecado y ya asumiendo lo peor (¿me buscaba la policía por lo que había hecho en el Comercial Pagé?). Una vez allí, y tras provocar la admiración de la chica encargada por mi empapado e impresentable aspecto, mis peores temores empezaron a confirmarse cuando me informó de que se había producido un error con mi pasaje y que, a consecuencia de ello, no disponían de asiento para mí, se había generado una situación de *overbooking*, ella me miró muy compungida. El alma se me cayó al suelo; ¿qué significaba eso?, ¿que me iba a quedar varado en el aeropuerto hasta el próximo vuelo? «No disponemos de asiento para usted», repitió la chica, «salvo que... acceda a ir en la clase *business*, para lo cual debe darnos su consentimiento y rellenar unos papeles». Sentí un subidón, ¿de verdad era necesario dar el consentimiento para una cosa así? Fue como un regalo del cielo. Me hicieron una tarjeta especial y todo.

Pertenecer a la clase *business* me daba derecho a acceder a una lujosa sala VIP. Era justo lo que necesitaba; bueno, me dije, no tengo tan mala suerte después de todo. Aún faltaban unos quince minutos para que se anunciara el embarque, de modo que pensé en ir allí para ver si podía usar una toalla y quizá disponer de un secador. Pasé mi tarjeta exclusiva por el lector óptico y se me abrió una puerta corrediza parecida a las que se ven en las películas de ciencia ficción, estaba fascinado. No tenía ni idea de adónde dirigirme ni con quién debía hablar, pero bastó poner un pie en la mullida alfombra de la recepción para que varias azafatas tan guapas como modelos de revista vinieran a recibirme efusivamente con rostros en exceso asombrados y afligidos ante el estado en que me encontraba, desde luego la medida de compasión manifestada hacia mí debía correr a la par de la importancia que me presuponían, pero, vamos, no sería yo quien las sacara de su error.

—Oh, estimable señor —me dijo una azafata al borde del llanto, o eso se esforzaba en aparentar (lo de «estimable señor» me pareció tan ridículo que casi me da la risa)—, no sabe lo mucho que sentimos lo que le haya podido ocurrir...

Bueno, pensé, tampoco hacía falta ser un genio para deducir que sencillamente me había empapado de arriba abajo.

—Ah, no se preocupe —contesté, sin embargo, con el aplomo que se suponía en alguien con los bolsillos forrados—, solo me he mojado un poco. ¿Cree usted que habría una forma de...?

—Oh, desde luego, desde luego, no podemos permitirnos dejarle en esa situación. Acompañeme —yo alucinaba en colores.

Me condujeron a un vestuario donde había camillas para dar masajes y hasta un jacuzzi. Escuché como una de las chicas se comunicaba con alguien a través de *walky*

talky solicitando urgente que le providenciaran prendas de ropa para un cliente, le bastó un rápido vistazo para adivinar a la perfección la talla que usaba, era impresionante. Inmediatamente me pusieron en las manos un comfortable albornoz — su tacto era maravilloso— y un estuche de cuero con un completísimo neceser, que incluía desde una colonia carísima hasta un kit de aseo íntimo. Me dijeron que podía ir duchándome mientras me traían la vestimenta, ya en camino. La ducha tenía varios chorros de hidromasaje, así que nadie podrá culparme si me demoré más de lo debido. Y, sí, cuando salí de la ducha me habían dejado un traje *sport* muy estiloso de una marca conocida, calcetines y calzoncillos. Me sentía como un verdadero *gentleman*, pero me dio una pena terrible no poder compartir una experiencia tan admirable y divertida con alguien.

Las chicas de la recepción tocaron discretamente la puerta para avisarme de que el vuelo estaba preparado para salir y me sugerían con muchas formalidades y risas falsas —se sentían obligadas a hacerme la pelota— que me diera prisa. Cuando volví a pasar por la recepción preguntaron solícitas si podían hacer algo más por mí; vislumbré un mueble bar servido con lo más selecto, de modo que les pedí un whisky añejo de una de esas marcas con las que uno ni sueña pagarse una copa. Absolutamente exquisito, me di un homenaje en toda regla, y eso que no soy bebedor asiduo de whisky.

Los de la clase *business* accedíamos a la puerta de embarque bajo la atenta y rencorosa mirada de los pasajeros de clase turista, condenados a la masificación y obligados a embarcar después que nosotros y una vez nos hubieran acomodado y agasajado convenientemente. La situación era tan novedosa para mí, al mismo tiempo tan absurda, que no podía evitar la risa, los de la clase turista me habrían linchado de haber podido, seguro que pensaban que me mofaba de ellos.

Era una auténtica delicia, una sensación absolutamente desconocida para mí poder embarcar en un avión en un estado tal de despreocupación y relax, incluso lo hacíamos desde un pasillo exclusivamente reservado para nosotros, la guagua que nos llevaba a la aeronave también era más comfortable. Era increíble, tenía ganas de pellizcarme para estar seguro de que no soñaba.

Ya en el interior de la cabina, las azafatas nos recibían con la mejor de sus sonrisas; luego pude comprobar que las azafatas de la clase *business* eran más guapas que las de la clase turista. Nada más sentarme, la sensación de confort fue abrumadora. La butaca era amplísima, tanto como el espacio que disponía para los pies, algo inimaginable en un vuelo convencional, donde lo que prima por encima de todo es la incomodidad y el hecho de tener que estar comprimido durante incontables horas en una angostura tan extrema que más parece haberse concebido para la tortura. Y lo mejor de todo: aquel asiento maravilloso podía ponerse en horizontal. No pude esperar para comprobarlo, apreté un botón y se deslizó suavemente hasta esa posición; era comodísimo, tanto como estar en mi propia cama. Cuando una azafata vino a ofrecerme la carta de bebidas me encontró estirado como un lagarto. «¿Ya va a

dormir, señor?». «Oh, no, solo estaba comprobando si...». La señorita se había acercado a comprobar si deseaba tomar algo; yo, muy compungido, no sabía cómo preguntárselo: «¿cuesta muy caro?», me atreví a inquirir por fin en tono confidencial, casi en un susurro. La azafata al principio no entendió la pregunta; luego se dio cuenta y me contestó con una sonrisa contenida que podía pedir toda la bebida que quisiera. «¿Toda?», le contesté incrédulo; ella se limitó a asentir divertida. Además me informó que la cena la servían a la carta, acompañada de una carta de vinos... Empezaba a sentirme abrumado, tanto que preferí no pedir nada en ese momento.

Sin embargo, llevaba dentro demasiadas emociones acumuladas, y aún no había tenido tiempo de digerirlas. «Marlí, Marlí, ¿dónde estás?», me sorprendí preguntándome asaltado por un vértigo terrible, consciente de que una vez despegara el avión la dejaría irreversiblemente atrás, para siempre. «Ah, para siempre», me decía, «¡qué palabra tan demoledora!». La echaba tanto de menos que llegaba a dolerme, no sospechaba aún que sería una nostalgia de la que no me recuperaría jamás. «Ya está bien», me dije a mí mismo, «creo que toca emborracharme». Solo tenía que pulsar un botón y una azafata acudiría solícita a mi asiento —«todos los ciudadanos son iguales», recordé de pronto como un eco lejano cargado de cruel ironía la Declaración Universal de los Derechos Humanos—. Sí, por supuesto, todos iguales... Más whisky, y ron, y coñac. Todo, como no podía dejar de ser menos, de lo mejor y más selecto. Y la cena, acompañada de un buen y maravilloso Burdeos.

Después de eso no recuerdo nada más, todo empezó a darme vueltas y caí pesadamente en los brazos de Morfeo. Dormí con la misma inconsciencia que un bloque de cemento.

Veintidós

Pensé que volver a casa, reanudar mi rutina en el trabajo y volver a relacionarme con mis amistades me ayudaría a encontrar el equilibrio perdido en mi viaje a Brasil. Eso hubiera sido cierto de tener algún equilibrio que restablecer, pero lo que de verdad había sucedido era que ahora parecía más consciente de las cosas, ya no podía seguir engañándome a mí mismo. Mi trabajo se me antojaba ahora una actividad insulsa e insufrible; mis amigos solo parecían capaces de interesarse por los detalles secundarios del viaje, sobre todo en lo mucho que debí follar por aquellos lares, etc. Descubrí con tristeza que no tenía a nadie con quien sincerarme, con quien hablar de mis sentimientos más íntimos. Otra decepción consistió en lo poco interesantes que le resultó a la mayoría las fotos del viaje, a pocos parecía importarles los detalles técnicos, los contrastes de colores o de luz, el dramatismo de ciertos primeros planos. Me sentía como un extranjero en mi propia tierra, sabía que nunca más volvería a ser el mismo.

Mi vida empezó a deslizarse por una pendiente de melancolía y desencanto hasta que me di cuenta de que debía aferrarme a lo único que aún conservaba: la fotografía. Empecé a realizar salidas por mi cuenta, buscando sobre todo soledad en la naturaleza. Empecé a documentarme sobre las especies vegetales y animales autóctonas y a realizar estudios fotográficos sobre algunas de ellas, prestando atención a la época del año, a las lluvias, a las peculiaridades de cada pequeño ecosistema. Eso me empujó a ir perdiendo contacto paulatino con mis amigos y conocidos, muchos en mi trabajo me echaban en cara que mis cada vez más frecuentes encuentros con la naturaleza me estaban «embruteciendo», notaban que cada vez era más callado y opinaba menos, tan solo me dedicaba a hacer mi trabajo y a marcharme a casa, incluso uno de mis jefes llegó a recriminarme mi manifiesta falta de implicación con la empresa.

Una de mis pocas satisfacciones consistía en la constatación de ciertos pequeños avances personales en el terreno de la fotografía, sentía que cada vez era mejor fotógrafo. Mis modestos progresos me hicieron plantearme la idea de comprarme una cámara réflex. Se me ocurrió pasarme por la tienda de Jacob, el cual se alegró mucho en verme. Le conté someramente mis últimas aventuras y su interés me llevó a mostrarle algunas fotos que llevaba en una tarjeta de memoria, entre ellas algunas fotos de mi viaje a Brasil, se quedó gratamente impresionado, «por Dios que te has depurado como fotógrafo, es evidente que necesitas una cámara nueva», dijo. También me dio a entender lo urgente de que hiciera un curso de fotografía profesional, «quién sabe puedes dedicarte a esto, es más, creo con toda sinceridad que deberías dedicarte a esto», y se me quedó mirando pensativo. Por momentos pareció buscar las palabras para decirme algo, como si parlamentara consigo mismo en su fuero interno, finalmente me dijo: «hace tiempo que estoy buscando un colaborador... suelo aceptar encargos para fotografiar bodas y primeras comuniones

—cosas muy finas y exclusivas, no todo el mundo está a la altura de lo que hago—, tengo mi clientela, ¿sabes?, aunque últimamente me estoy viendo apurado. Me pregunto si tú... además, necesito a alguien que me ayude con los artículos de segunda mano, conseguir buenas ofertas, o incluso cámaras que podamos reparar fácilmente, para luego revenderlas aquí en la tienda». Me agradó que la última parte de la propuesta la formulara en primera persona del plural, no me costó ningún esfuerzo imaginarme trabajando para Jacob, había buena química entre nosotros. «¿Cuánto crees que puedes pagarme?», le pregunté sin rodeos. «Vas directo al grano, ¿eh?»; Jacob se rascaba el cogote, «la verdad que no mucho... la cosa iría a comisión, aunque si todo va bien es posible que...». Concretó una cantidad por cada reportaje, aunque al principio tendría que ir con él para aprender (y en consecuencia cobraría menos), no solo aspectos técnicos, también el estilo y sello personal que debía imprimir a los álbumes y reportajes fotográficos por una cuestión de «marca», si bien me dejó claro que yo también tendría libertad para ir creando mi propio estilo, aunque para eso hiciera falta un poco de tiempo, «el mundo de la fotografía es muy vasto y complejo, pero con paciencia y perseverancia todo acaba llegando». Me invitó, asimismo, a que visitara su página web para que me hiciera una idea de su trabajo, «he conseguido incluso un par de reseñas —muy breves, claro— en alguna revista especializada», comentó con una mirada llena de orgullo, era evidente que le apasionaba su trabajo. En cuanto a los artículos de segunda mano, podía disponer de una tercera parte de los beneficios, aquellos que yo hubiera conseguido negociando por mi cuenta; «de ese modo», me dijo, «yo me quedaría con otra tercera parte, reservando la proporción restante para cubrir los costes de garantía, y suelo conceder para esto último un periodo bastante generoso —son cosas que fidelizan a la clientela extraordinariamente—, de esa forma los beneficios quedarían repartidos de forma equitativa».

—Acepto —dije absolutamente convencido de que el trato era justo.

Jacob se quedó bastante sorprendido de la rapidez de mi respuesta, contaba con que me tomara un tiempo para pensármelo, «¿aceptas así sin más?, no estarás loco o algo parecido». Le contesté con una carcajada que sí, que estaba más loco que una cabra, y hasta cierto punto no mentía, aunque lo más justo hubiera sido admitir que lo que estaba de verdad era harto de la vida que venía llevando. A él le costaba creérselo, me confesó que llevaba meses perdiendo el sueño por el asunto de contratar a un colaborador, y que yo le había caído como del cielo, «¡es increíble!». Eso sí, hacer un curso de fotografía profesional también formaba parte del acuerdo, él pagaría la mitad.

Empezaría con un contrato a tiempo parcial, aunque por otro lado me lo currara por mi cuenta localizando ofertas para la sección de segunda mano de la tienda. Hice mis cálculos y, sí, iba a ganar bastante poco, pero confiaba plenamente en mis capacidades para la fotografía y que en un futuro más bien próximo me haría merecedor de una retribución más razonable. No tenía miedo, había tenido la suerte

de adquirir una hipoteca antes de la ebullición demente de la burbuja inmobiliaria, allá por el año 97, y la verdad es que pagaba mensualmente una cantidad bastante asequible, mucho más baja de lo que podría costar cualquier alquiler, no necesitaba mucho dinero para sufragar mis gastos, podría arreglármelas.

El resto fue bastante fácil. Mis jefes acogieron con evidente satisfacción la noticia de que me marchaba de la empresa, el desinterés que mostraba en mis últimos tiempos, decían, se había convertido en una carga para todos, ellos necesitaban gente estresada e infeliz, gente «comprometida», como a ellos les gustaba denominarlo, lo cual consistía en sacrificar la propia salud y bienestar para hacer aún más ricos a los accionistas y directivos, que, por otro lado, ya tenía más que suficiente. Yo también me sentí aliviado de marcharme, mucho más que ellos, me preguntaba por qué no lo había hecho antes. Mucho antes. Me sorprendió constatar la singular y arraigada propensión de uno a malgastar la vida, tanta infelicidad en el mundo, tantas vidas rotas, tanta gente alienada en el hastío diario de trabajar en cosas que detestan o con las que no sienten la más mínima afinidad. La infelicidad se había convertido en una especie de cultura asumida por todos, inculcada a hierro y fuego desde nuestros años más tiernos. Dios, ¡cuánta crueldad y sinrazón! ¡Cuántos siglos tirados a la basura! ¿Por qué?, no cejaba en preguntarme, ¿por qué ponemos tanto empeño y gastamos tantísimos recursos —la propia sangre de nuestras venas— en una cosa tan inútil? Parecía claro que todo estaba del revés.

Me apunté a un curso de fotografía a distancia, Jacob me hacía de tutor implacable, era un perfeccionista, se empeñaba siempre en intentar sacar lo mejor de cada situación, «cada momento que se presta a ser retratado es único, nunca más volverá a repetirse, ¿te das cuenta de la responsabilidad tan grande que implica una cosa así?, no podemos permitirnos el lujo de desperdiciarla», era una de sus enseñanzas favoritas. Lo mejor de todo era que lo demostraba con hechos, y unos conocimientos que hubieran dejado asombrados a los mejores fotógrafos del mundo, el hombre era una enciclopedia abierta, una verdadera bendición. Bajo su tutela fui adquiriendo consciencia paulatina de lo complejo que puede llegar a ser el oficio de la fotografía, tuve que estudiar mucho y a veces gastar días enteros en la tarea de poner en práctica los conceptos que había asimilado. En ocasiones la cantidad de cosas que debía recordar para sacar una buena instantánea, es decir, una fotografía perfecta, me paralizaba y me sumía en la desesperación e impotencia, pero poco a poco, a través de una práctica tenaz, fui incorporando de forma natural todo ese acervo de conocimientos a mi trabajo. Sin embargo, las nociones técnicas eran tan solo una parte, importante aunque insuficiente, de la ecuación. La otra parte del aprendizaje, la más difícil sin lugar a dudas, consistía en desarrollar ciertas capacidades humanas, que, además de mejor persona, convierten a uno en un mejor profesional: la empatía —con el sujeto u objeto—, la discreción, la paciencia, la pasión, la humildad y hasta la generosidad —en el esfuerzo y en el afán de compartir los pequeños logros. Casi nada, suponía nada menos que reinventarme desde los

cimientos (o desde las cenizas). Aunque, eso sí, nunca he renunciado a ese poco de locura, que nunca he dejado de llevar encima, tan imprescindible en los procesos creativos; detesto eso que se da en llamar «la normalidad».

Contaba ahora con una réflex Pentax, Jacob me explicó que no hacía falta irse a las típicas marcas elitistas que costaban mucho más caras, según él, por toda esa tontería del marketing y del miedo escénico a que nos critiquen por no tener una. «Este modelo Pentax», se refería al modelo que le acababa de comprar (con un descuento especial en atención a nuestra relación profesional), «es lo mejor que se puede encontrar en el mercado en cuestión de calidad». También aprendí a manejarme con más soltura entre la amplísima gama de objetivos propios de las cámaras réflex. Jacob me había conminado a no caer en la trampa consumista de adquirir no sé cuántos objetivos, cuando lo único racional que había hacer era seleccionar dos o tres que se ajustaran fielmente a nuestras necesidades, y no necesariamente los más caros, «no te imaginas la cantidad de memos que van por ahí con objetivos carísimos sin tener ni puñetera idea», decía en tono burlón y algo despectivo —era uno de sus temas preferidos de conversación—.

En los meses sucesivos realicé grandes avances, Jacob insistía en que tenía un don natural, ahora me encargaba en solitario de la mayoría de los reportajes fotográficos, y la verdad es que me salían francamente bien, aunque aún intentaba imitar el estilo de Jacob y no me atrevía tanto a ensayar el mío propio —para culminar dicha aspiración debía seguir trabajando duro y tener paciencia. A la gente en general le gusta que le cuenten historias, en eso consistimos básicamente los seres humanos: no somos más que un cúmulo de historias superpuestas que confluyen en un único punto— el presente, tan terriblemente fugaz como eterno—; una historia bien contada contribuye a reforzar esos lazos que la memoria y nuestra estructura mental van tejiendo para conformar ladrillo a ladrillo todo eso que hace a cada uno un ser único. Una buena historia consigue que elementos en apariencia caóticos de repente conjuguen unos con otros y cobren sentido, es entonces cuando, en ese reconocimiento, también nosotros cobramos un renovado sentido: es el mismo proceso que permite a la consciencia y a la imaginación crear mundos nuevos (¿podría existir el mundo si no lo hubiéramos imaginado primero?). Cuando se celebra un evento importante, ya sea una boda o una convención de negocios, un buen fotógrafo debe hacer algo más que sacar buenas instantáneas aquí y allí; debe, por encima de todo, contar una historia, y no necesariamente la historia que todo el mundo espera. En eso consiste la magia: en sorprender, en encontrar un punto de vista distinto, en sacar a la luz esas pequeñas cosas que suceden en segundo o tercer plano y luego tienden a olvidarse pero que, sin embargo, ayudan a darle una dimensión más amplia al acontecimiento principal, de una forma más viva, más humana; esas pequeñas cosas que, en realidad, conforman la salsa misma de la vida.

El fotógrafo es un ser extraño dentro de un evento. No necesita presentaciones, se le permite vagar a sus anchas con su minucioso sentido de la observación sin que

nadie se sienta incómodo, sin que nadie se vea invadido en su intimidad, es un comodín fuera de la baraja. De él se espera que *no esté*, pero justamente porque se da por hecho que estará siempre en el preciso lugar donde se requiere su atención, como un ser incorpóreo, como un fantasma con el don de la ubicuidad. Es curioso constatar cómo el hecho de llevar una cámara al cuello te convierte en alguien invisible. Esa es la mejor baza de un fotógrafo. Y su instinto. El buen fotógrafo está dotado de una curiosa sabiduría interior que le permite adivinar el momento justo en que debe pulsar el botón de disparo. No existe una ciencia exacta para este tipo de habilidad: simplemente se sabe, se siente en la piel como un cosquilleo, tal y como me ocurrió a mí hace ya tanto tiempo delante del Cristo Redentor en Río de Janeiro.

También he ampliado mis actividades dentro de la tienda de Jacob, con su benevolencia habitual me ha permitido poner una pequeña sección de venta de pósters, la cual voy nutriendo con las fotografías de mis escapadas a la naturaleza. Como es lógico la isla se me ha quedado pequeña, luego también las demás islas del archipiélago. He empezado a hacer algunos viajes por la Península y Europa visitando parajes tan extraordinarios como los Picos de Europa, el norte de Escocia, la Toscana o la Bretaña francesa. Ahora tengo el proyecto de irme a África, estoy arreglando las cosas para marcharme un par de meses, quizá más. No suelo ahorrar esfuerzos a la hora de sacar una buena foto: levantarme a las tres de la mañana, estar sentado varias horas a la intemperie a la espera de la ola perfecta rompiendo contra unos acantilados o a que aparezca determinada ave, emprender caminatas de varias decenas de kilómetros, noches al raso bajo cero, pasar hambre o sed. Jacob teme que si me voy solo a África me suceda algo malo —mi capacidad para meterme en líos me está haciendo tristemente famoso—, dice, manifestando una sincera preocupación, que intuye en mi comportamiento una búsqueda inconsciente de la muerte. Creo que se equivoca. Agudizar mis sentidos, martirizar mi cuerpo, invertir lo más importante de mi vida en captar el momento de mayor belleza, de los colores y matices más delicados y profundos es una especie de búsqueda de lo Absoluto, tiene más que ver con lo espiritual. A lo mejor la muerte no está exenta de esa búsqueda, pero la verdad es que ya no me importa.

Por fin me he encontrado a mí mismo, por fin sé quien soy.

* * *

P. D.: Algunos meses después de regresar, envié al correo electrónico de Julival la foto que saqué en el Comercial Pagé. Quizá no tenga mucho sentido después de todas las desavenencias que tuvieron lugar durante el viaje, pero por algún motivo estoy convencido de que ha sabido valorar este gesto como una muestra inequívoca de afecto —nunca me ha contestado, tampoco sé con seguridad si debería hacerlo—, porque creo que es capaz de entender que se trata de un sentido homenaje a nuestra

antigua amistad, también a él mismo, al amor de Marlí y a todo lo que fuimos en nuestra juventud. Y fuimos, después de todo, muy felices. Vivimos, sin que nunca pudiéramos sospecharlo, los mejores años de nuestras vidas.



IVÁN BETHENCOURT (Las Palmas de G. C., España, 1970). Es autor de varias obras de ficción, la mayoría de las cuales aún por publicar. Pasó su infancia y juventud a caballo entre Uruguay y Brasil, hecho que ha marcado su trayectoria literaria con abundantes referencias autobiográficas.

Su primera novela, *El fotógrafo imprescindible*, es un intenso relato cuyas vivencias en Brasil le sirven de inspiración para forjar unos personajes que se debaten entre un pasado que se resisten a dejar definitivamente atrás y un presente que se niegan a asumir con todas sus consecuencias. El protagonista se embarca en un viaje iniciático plagado de aventuras, en el que participan los más insólitos personajes. Una fuga frenética hacia adelante cuyo desenlace no puede ser otro que un conocimiento más profundo de la realidad y las circunstancias, a veces aciagas, que acechan a la condición humana.

Otra de sus facetas es la creación de historias ambientadas en las Islas Canarias inspiradas en las experiencias un tanto singulares y poco comunes de muchos de sus familiares cercanos y antepasados.

También es autor de una serie de relatos de corte humorístico, aún por reunir en una sola obra, y de numerosos artículos en su blog personal *El jardín del exilio* (Wordpress).

Notas

[1] En portugués, pelirroja (N. del A.). <<

[2] En portugués, vaqueros (N. del A.). <<

[3] *Ashé, ashe, aché, ache* o *axé* son términos provenientes del misticismo africano, como todos los demás que aparecen en el capítulo anterior, relacionados con la ceremonia de umbanda. Significa algo así como «energía positiva del universo». (N. del A.). <<

[4] En portugués, *sertaneja*. Música regional oriunda de las zonas rurales (N. del A.).

<<

[5] Juego de cartas muy popular en Brasil, según la Wikipedia, originario de Valencia, aunque, por lo visto, muy difundido por muchos países de Sudamérica (N. del A.). <<

[6] Campesino, persona de modales y habla rústica (N. del A.). <<

[7] Sitio donde tocan y se baila música típica de las zonas rurales (N. del A.). <<